El presente

LLEVA TU NOMBRE

Trilogía Rancho 2

AITOR FERRER



El presente

LLEVA TU NOMBRE

Trilogía Rancho 2

AITOR FERRER

El presente LLEVA TU NOMBRE

Trilogía Rancho 2

AITOR FERRER

Primera edición.

El presente lleva tu nombre. Trilogía Rancho nº2

©Aitor Ferrer

©Septiembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

El presente lleva tu nombre. Trilogía Rancho nº2

©Aitor Ferrer

©Septiembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Mis redes sociales

Capítulo 1



Habían pasado dos meses desde que nos dieron la noticia y la vida continuó en el rancho.

Las especulaciones fueron máximas y, salvo personas de la confianza de Derek de toda la vida, como Molly y Thomas, que no despegaron sus labios para decir nada al respecto, la mayoría especuló con diversas teorías de las más variadas.

Ninguna de ellas me parecía demasiado lógica, ¿o quizás una sí? Puede… Se dijo desde que ella misma hubiese mantenido una relación paralela y en nuestros días de ausencia se lo hubiese pensado mejor, optando por la otra persona, hasta que la chica no estuviese bien de la cabeza y, pese a que la relación con Derek parecía hacerla feliz, terminase por superarla… Se decían tantas cosas… No faltó quien dijo que, pese a no demostrarlo, sintiese celos de la relación que surgió entre Derek y el binomio formado por mi hermana y yo (lo que me hizo sentir culpable). Y ya, por último, y eso sí que me cuadraba dada la fama que precedía a Derek, había quienes afirmaban que ella se enterase de alguna infidelidad por su parte en ese par de días en el que él se ausentó del rancho y alguna amante despechada pudo irle con el cuento (con un cuento que podía ser muy real).

Las posibilidades eran muchas, y ninguna de ellas descartable al cien por cien, aunque insisto en que esta última cobraba algo más de fuerza en mi cabeza.

En principio, reconozco que no supe cómo actuar. Lo primero que hizo Derek fue volver a ausentarse unos días del rancho, tras recibir el mazazo, lo que me dio más la razón en el sentido de que su pajarito hubiese volado al nido de esa otra tercera en discordia que acabase con su relación. No, muy mal expresado, con su relación solo habría acabado él…

En cualquier caso, solo eran meras especulaciones porque él no habló al respecto, sino que, como digo, se marchó de viaje. Y no, no es que aprovechara su luna de miel para compartirla con nadie más, que eso ya hubiese sido el remate de los tomates, sino que emprendió un viaje de negocios.

Sé que, por su parte, podría haber sonado a excusa barata, la más fácil de todas, pero entendí que era cierto cuando días después volvió con una serie de caballos nuevos que había adquirido y con otros tantos contratos algunos de los cuales tenían que ver con la carrera profesional de Ylenia.

No hace falta decir que, ya por aquel entonces, y más después de lo que le sucedió, mi hermanita le adoraba ¿cómo no le iba a adorar si ese hombre se había volcado en su carrera?

He de decir que me equivoqué, eso es cierto. Y me equivoqué con respecto a mis miedos iniciales, los que sentí cuando llegué al rancho, ya que ni Ylenia (por muy guapo que le viese) podría haberse enamorado de un hombre tan mayor para ella (que no era más que una niña) ni tampoco puedo decir que un solo detalle me indicase que él la mirase con ojos que no fuesen protectores.

Cuando descubrí todo eso, lo cierto es que suspiré aliviada. En realidad, nada de lo que malpensé sucedió tampoco de lo que pensé… Me explico un poco, que no es mi deseo confundiros, ninguna relación perversa surgió entre mi hermanita (quien estaba enamoradísima de su Hayden) y Derek, pero sí profesional, cuando lo cierto es que yo había previsto que la patrocinara alguien de su entorno y no él.

La vida es eso que te va sucediendo mientras tú proyectas. Eso fue lo que yo aprendí en aquel rancho, un rancho en el que ya me sentía como en familia, porque el ambiente no podía ser mejor. Sí, tú eres dueño de tus proyectos, pero no de tus realidades, no de lo que te va sucediendo. Y así lo asumí en unos días de mi vida que recuerdo como felices.

Por cierto, también me ocurrió, y eso no lo advertí yo sola, pues sé que Molly se percató de ello, del interés de Kevin por mí. El veterinario sería muy profesional, pero de quien se preocupaba verdaderamente era de mí

persona.

Yo me sentía halagada, las cosas como son, aunque también os cuento que, pese a todo, y contra todo pronóstico, yo estaba más pendiente de que Derek volviese o de que me hiciera una llamada telefónica para preguntarme cómo seguía todo por el rancho que de él.

Va a ser verdad eso que dicen de que la cabra tira al monte, porque yo me había llevado un buen puñado de años odiándole, pero bastó con que nos acercásemos para que el odio desapareciera… Y desaparecido el odio ¿podría volver a surgir el amor?

Lo veía bastante improbable, dado que no confiaba en él y, aun así, ya os adelanto que la atracción entre ambos era tan evidente que hacía peligrar esa idea por mi parte.

Como ya he relatado, él volvió unos días después, cargado de proyectos para el rancho. Como el Ave Fénix se sobrepuso al palo recibido, surgiendo de sus cenizas.

De Kate no hablaba. Lo que hubiese ocurrido entre ellos, los motivos que le hubiese dado para que una chica que parecía enamoradísima de él le hubiese plantado en el altar en el último momento, quedaron para ellos.

Hasta donde yo sabía, él siguió sus instrucciones y no la buscó. Eso olía a culpabilidad por su parte o, a menos, así me lo parecía a mí.

Yo tampoco me sentía con valor para sacarle el tema. No cuando él regresó al rancho y trató de renovar su ánimos, sacando fuerzas de flaqueza para que la existencia de ninguno de nosotros sufriera un vuelco debido a la inesperada noticia.

La vida siguió su curso y todos pusimos los ojos en el entrenamiento de mi niña para el Derby de Kentucky que se celebraría la siguiente primavera.

Lo primero era que Pegaso pudiera calificar para participar, algo que solo lograríamos gracias a un minucioso esfuerzo que todos estábamos dispuestos a hacer… Y cuando digo todos, digo todos, porque Derek también haría lo posible y lo imposible porque mi hermana viera cumplido su sueño.

No me engaño cuando digo que él pensaba que, si ella lo cumplía, era como si lo hubiese cumplido yo, y entonces… Entonces sería como si la desgracia acaecida años atrás fuese menos desgracia, como si el dolor se viese amortiguado.

persona.

Yo me sentía halagada, las cosas como son, aunque también os cuento que, pese a todo, y contra todo pronóstico, yo estaba más pendiente de que Derek volviese o de que me hiciera una llamada telefónica para preguntarme cómo seguía todo por el rancho que de él.

Va a ser verdad eso que dicen de que la cabra tira al monte, porque yo me había llevado un buen puñado de años odiándole, pero bastó con que nos acercásemos para que el odio desapareciera… Y desaparecido el odio, ¿podría volver a surgir el amor?

Lo veía bastante improbable, dado que no confiaba en él y, aun así, ya os adelanto que la atracción entre ambos era tan evidente que hacía peligrar esa idea por mi parte.

Como ya he relatado, él volvió unos días después, cargado de proyectos para el rancho. Como el Ave Fénix se sobrepuso al palo recibido, surgiendo de sus cenizas.

De Kate no hablaba. Lo que hubiese ocurrido entre ellos, los motivos que le hubiese dado para que una chica que parecía enamoradísima de él le hubiese plantado en el altar en el último momento, quedaron para ellos.

Hasta donde yo sabía, él siguió sus instrucciones y no la buscó. Eso olía a culpabilidad por su parte o, al menos, así me lo parecía a mí.

Yo tampoco me sentía con valor para sacarle el tema. No cuando él regresó al rancho y trató de renovar sus ánimos, sacando fuerzas de flaqueza para que la existencia de ninguno de nosotros sufriera un vuelco debido a la inesperada noticia.

La vida siguió su curso y todos pusimos los ojos en el entrenamiento de mi niña para el Derby de Kentucky, que se celebraría la siguiente primavera.

Lo primero era que Pegaso pudiera calificar para participar, algo que solo lograríamos gracias a un minucioso esfuerzo que todos estábamos dispuestos a hacer… Y cuando digo todos, digo todos, porque Derek también haría lo posible y lo imposible porque mi hermana viera cumplido su sueño.

No me engaño cuando digo que él pensaba que, si ella lo cumplía, era como si lo hubiese cumplido yo, y entonces… Entonces sería como si la desgracia acaecida años atrás fuese menos desgracia, como si el dolor se viese amortiguado.

Capítulo 2



Y así, tras ese par de meses después de que su boda se fuera a pique (yo todavía alucinaba después de conoce a Kate y a sus padres), el acercamiento entre Derek y yo era evidente.

A mí, no voy a negarlo, me seguía dando miedo que me hiciese daño, que me hiciese daño una vez más, per he de reconocer que él se lo estaba currando como nadie.

Tras la marcha de Kate, también voy a aclararlo, mi hermana y yo no nos trasladamos a ninguna de las cabaña del rancho, sino que nos quedamos en el dormitorio de invitadas de la casa principal.

Todo tiene su razón: yo les habría dejado con todo el gusto del mundo intimidad a la parejita (sobre tod porque no me hubiera apetecido ver sus edulcoradas muestras de amor a todas las horas), pero con Kate fuera d la casa, lo cierto es que allí nos sentíamos muy cómodas en el sentido de que estábamos de lo más mimadas po Molly, Thomas y demás.

Aquel fin de semana se celebraría una de las carreras puntuables para el *Derby* y mi hermanita tenía sus cinc sentidos puestos en ella. He de decir en su favor y en el de Hayden, que el amor que se profesaban no la distraí en absoluto de sus obligaciones.

En esos dos meses, Ylenia había avanzado una barbaridad, y pese a que era consciente de que la hazaña d querer ganar el Derby de Kentucky no era moco de pavo, a ella no le podía la presión.

Derek parecía muy contento, ya que se encontraba repuesto del varapalo que le supuso la marcha de Kate.

Yo no quiero ser presuntuosa, jamás lo he sido y esa es una falta que me mata, pero me daba la impresión d que, en el fondo, la marcha de Kate le había supuesto la posibilidad de acercarse a mí.

No sabía qué pensar. Por un lado, me sentía tan atraída hacia él y por el otro… Por el otro pensaba en cosa como esa y me daba terror pensar en que él fuera capaz de sustituir tan fácilmente a una mujer por otra, ¿qu representábamos realmente para Derek? Y luego... Luego llegaba con esa sonrisa y yo me veía a mí mism devolviéndosela sin pensar en nada.

Decir que quiso aprovecharse de mí durante aquel tiempo sería mentir. La realidad es que Derek activó e «modo conquista» y lo hizo con todas sus armas, pero en ningún momento, ni en uno solo de ellos, me vi n medianamente forzada a precipitarme.

Puede que Derek pensara en eso de que «el que espera lo mucho espera lo poco», y nosotros llevábamos lo suficientes años distanciados como para no poder esperar a que yo cayera nuevamente en sus brazos… porqu solo era cuestión de tiempo.

Mientras, como digo, tampoco Kevin perdía el tiempo. Era evidente que yo le gustaba y, sin querer tocarle la narices a su jefe, también jugaba sus cartas conmigo. En definitiva, que solo le faltaba medírsela para ver quién l tenía más larga, aunque, al margen de los centímetros, mi corazón se inclinaba por aquel que un día me lo partió pidiéndole a todos los santos que la historia no se repitiese.

Siendo honesta, yo miraba a Derek y no me parecía que fuese así. O igual era que, simplemente, querí contemplar verdad en sus ojos… El asunto era que esos ojos oscuros volvían a desafiar mi cordura a tan poc tiempo de haber llegado al rancho, ¿poco tiempo? En realidad, a mí se me hacía un mundo, en cierto modo sentí como si nunca hubiese salido de allí, como si mi vida de adulta hubiese transcurrido ligada a la de Derek. Y as era, porque de una forma u otra, para recordarle o para odiarle, yo a ese hombre no me lo pude sacar jamás de l cabeza.

Ese fin de semana, como digo, tocaba competición. Eran ocasiones en los que viajábamos los cuatro, ya qu Hayden no dejaba a mi hermana ni a sol ni a sombra, y en las que yo me hacía a la idea de que éramos do

parejitas, creando una ficción que me hacía feliz.

Mientras estás soñando, aunque sea despierta, vives las cosas y experimentas la felicidad sin el riesgo de sufri
Igual eso es una tontería, igual estoy teorizando y punto porque, aunque Derek y yo no hubiéramos vuelto
consumar, yo ya estaba de nuevo perdida e irremediablemente enamorada de él.

En la carrera, el binomio Pegaso-Ylenia volvió a demostrar la madera de la que estaba hecho y aunque Ava n
participaba en ella, porque no tenía unas miras tan altas, sí vino a verla con Martín, el argentino que también se l
había pegado como una lapa.

Derek rezumaba felicidad cuando vio que Pegaso seguía sumando puntos, y entonces les ofreció a los chicos l
posibilidad de celebrar una fiestecita en el rancho el siguiente fin de semana.

A mí me pareció que estaba tan contento, que habría hecho cualquier cosa porque los chicos también l
estuviesen, y a mí me sucedía lo mismo.

r

o

s

o
e
r

o
a

e

e

s
é
a

l
i

s
e

s
a
,

a
o
a
í
a

e
s

parejitas, creando una ficción que me hacía feliz.

Mientras estás soñando, aunque sea despierta, vives las cosas y experimentas la felicidad sin el riesgo de sufrir. Igual eso es una tontería, igual estoy teorizando y punto porque, aunque Derek y yo no hubiéramos vuelto a consumar, yo ya estaba de nuevo perdida e irremediablemente enamorada de él.

En la carrera, el binomio Pegaso-Ylenia volvió a demostrar la madera de la que estaba hecho y aunque Ava no participaba en ella, porque no tenía unas miras tan altas, sí vino a verla con Martín, el argentino que también se le había pegado como una lapa.

Derek rezumaba felicidad cuando vio que Pegaso seguía sumando puntos, y entonces les ofreció a los chicos la posibilidad de celebrar una fiestecita en el rancho el siguiente fin de semana.

A mí me pareció que estaba tan contento, que habría hecho cualquier cosa porque los chicos también lo estuviesen, y a mí me sucedía lo mismo.

Capítulo 3



Ylenia y Hayden recibieron con total entusiasmo a sus amigos el siguiente fin de semana en el rancho.

La alegría lo inundaba todo, y entonces Derek me dio un abrazo y un beso en la mejilla. A esos sí que estab yo acostumbrada, a sus abrazos y a sus besos en las mejillas, que eran constantes.

Molly lo tenía todo preparado para que pasáramos un precioso fin de semana, aparte de que el mismo Derek s ofreció para preparar una barbacoa.

—¿Tú? ¿La vas a preparar tú? —le pregunté yo, un tanto asombrada.

—Sí, ¿qué pasa? —rio él.

—Que yo no era consciente de que los ricos preparasen barbacoas, solo eso —le comenté entre risas también.

—Ya, o sea, que los ricos no tenemos dos manitas…

—Sí, pero para firmar contratos millonarios. No te veo yo entre hamburguesas y salchichas…

—¿No? Pues a mí la carne me gusta —afirmó con segundas.

—Sí, sí. De eso doy yo fe, de que te gusta demasiado, menudo golfo. Hasta Kate creo que la daría —se m escapó y entonces sí que me sentí cortada, porque no tenía ningún pensamiento de agraviarle—. Oye, que l siento, que igual me he colado, no tenía derecho…

—Sí, sí lo tienes. Algún día te hablaré de Kate y de mí, pero cuando esté preparado —me indicó.

Entendí que hay heridas que tardan en cicatrizar y no quise ahondar más. Todavía el tiempo permitía darse u chapuzón en la piscina, y más en aquel final de verano que amenazaba con extender bastante la temporada estival.

Los chicos no tardaron en estar remojándose, cuales garbanzos, en la piscina. Derek había acogido a Hayden pese a que fuese uno de sus trabajadores, como a uno más de aquella peculiar familia que estábamos formando. Y eso era algo que le honraba.

Ava también parecía muy feliz con el zalamero de su Martín y yo pensaba que el amor es verdaderament bonito cuando es auténtico, como les sucedía a ellos. Luego miraba a Derek y soñaba despierta con que nosotro también pudiéramos vivir un amor parecido… Porque comenzaba a tener claro que, para bien o para mal, era e hombre de mi vida.

A la hora del almuerzo, Derek preparó la prometida barbacoa, si bien allí había carne para parar el tren y podríamos preparar otra similar por la noche.

Yo le ayudé y lo cierto es que me lo pasé de vicio. Los chicos iban a lo suyo, entre risas y juegos, mientras qu nosotros nos coordinábamos para que no les faltase de nada.

Hay familias que se crean improvisadamente y en el lugar que menos te imaginas, y eso fue lo que nos sucedi a nosotros aquel día en el que todo era felicidad.

En torno a la gran mesa del jardín, compartimos la barbacoa mientras que Ava, que era la portavoz del mund del caballo, nos comentaba todos los chascarrillos, incluido lo mucho que se comentaba al respecto de l precipitada salida de él por parte de John.

—Y encima, Tris y David también lo han dejado —nos comentaba contenta, con risa malévola, porque eso d que digas «que te vaya bonito» y lo digas de corazón a tu pareja cuando te la ha pegado con otra persona, no se v más que en las películas.

—Eso estaba cantado, pues anda que no se tiene que estar arrepintiendo nada —repuso Ylenia, mirándola co cariño.

—Pues ese boludo que no crea que vendrá ahora de nuevo a por vos —le decía Martín, que tenía claro que e otro había perdido su puesto, y que él había sabido ocuparlo, de eso no había duda.

Al caer la tarde, y antes de la hora de la cena, a la fresquita, Derek les propuso a los chicos dar una vuelta a caballo por el rancho, y a ellos les pareció una idea sensacional.

Lo normal es que él hubiera comandado el grupo, pero les cedió el lugar a Ylenia y a Hayden, quienes ya se lo conocían como la palma de su mano, y que hicieron los honores con sus amigos.

En cuanto a nosotros, ambos íbamos tranquilamente tras ellos, hablando sonrientes, gastando bromas…

Aquella situación ya se parecía demasiado a la que un día vivimos a espaldas de mi padre. En esa nueva ocasión con la diferencia de que ya no debíamos escondernos de nadie, aunque yo todavía estaba refugiada tras un escudo que él, poco a poco, luchaba por apartar.

Tanto Ava como Martín quedaron realmente alucinados con un lugar que no era para menos, que era para alucinar, y en el que se lo estaban pasando genial.

Cerca del río, todos desmontamos y, mientras los chicos jugaban con el agua, él y yo dimos un paseo. Mientras lo hacíamos, sus inquietos dedos avanzaron hacia los míos y los agarraron, para terminar dándome la mano.

Su sonrisa en mi sonrisa, su mano en mi mano… Yo me estremecía por completo paseando así con él, como lo hiciera antaño, lejos de las miradas de todos. Nuestro paseo, esa vez, continuaba siendo furtivo, como si yo temiera darle a entender a Ylenia que algo estaba surgiendo entre Derek y yo, fiel reflejo de mi propio temor.

—¿Estás bien? —me preguntó Derek a los pocos minutos, mientras me acariciaba la mano, porque hasta ese momento no habíamos cruzado ni una sola palabra, limitándonos a cruzarnos la mirada.

—Estoy… estoy temerosa —balbuceé y entonces vi su rostro, ese que deseaba complacerme tanto como convencerme—, pero a la vez estoy feliz. No sé qué es esto que estamos viviendo y, si te digo la verdad, no creo volver a vivir nada similar contigo, pero también te confieso que en este momento estoy en el lugar y con la compañía que quiero.

Di un paso adelante porque la vida me habría asestado buenos palos, pero yo era valiente y estaba más que acostumbrada a luchar. Lo haría una vez más, lo estaba viendo. Al final, resultaría haber nacido para apostar… y apostaría por el amor. Una vez más lo haría, ocurriese lo que ocurriese.

Lo decidí con él de la mano, sentados ambos en la orilla del río, refrescándonos… Pese a que era difícil hacerlo cuando la cercanía de nuestros cuerpos nos producía un intenso calor… Ese calor infernal que procede de lo más interno y que arrasa a su paso, arrasa con todo.

Al caer la tarde, y antes de la hora de la cena, a la fresquita, Derek les propuso a los chicos dar una vuelta a caballo por el rancho, y a ellos les pareció una idea sensacional.

Lo normal es que él hubiera comandado el grupo, pero les cedió el lugar a Ylenia y a Hayden, quienes ya se lo conocían como la palma de su mano, y que hicieron los honores con sus amigos.

En cuanto a nosotros, ambos íbamos tranquilamente tras ellos, hablando sonrientes, gastando bromas…

Aquella situación ya se parecía demasiado a la que un día vivimos a espaldas de mi padre. En esa nueva ocasión con la diferencia de que ya no debíamos escondernos de nadie, aunque yo todavía estaba refugiada tras un escudo que él, poco a poco, luchaba por apartar.

Tanto Ava como Martín quedaron realmente alucinados con un lugar que no era para menos, que era para alucinar, y en el que se lo estaban pasando genial.

Cerca del río, todos desmontamos y, mientras los chicos jugaban con el agua, él y yo dimos un paseo. Mientras lo hacíamos, sus inquietos dedos avanzaron hacia los míos y los agarraron, para terminar dándome la mano.

Su sonrisa en mi sonrisa, su mano en mi mano… Yo me estremecía por completo paseando así con él, como lo hiciera antaño, lejos de las miradas de todos. Nuestro paseo, esa vez, continuaba siendo furtivo, como si yo temiera darle a entender a Ylenia que algo estaba surgiendo entre Derek y yo, fiel reflejo de mi propio temor.

—¿Estás bien? —me preguntó Derek a los pocos minutos, mientras me acariciaba la mano, porque hasta ese momento no habíamos cruzado ni una sola palabra, limitándonos a cruzarnos la mirada.

—Estoy… estoy temerosa —balbuceé y entonces vi su rostro, ese que deseaba complacerme tanto como convencerme—, pero a la vez estoy feliz. No sé qué es esto que estamos viviendo y, si te digo la verdad, no creí volver a vivir nada similar contigo, pero también te confieso que en este momento estoy en el lugar y con la compañía que quiero.

Di un paso adelante porque la vida me habría asestado buenos palos, pero yo era valiente y estaba más que acostumbrada a luchar. Lo haría una vez más, lo estaba viendo. Al final, resultaría haber nacido para apostar… y apostaría por el amor. Una vez más lo haría, ocurriese lo que ocurriese.

Lo decidí con él de la mano, sentados ambos en la orilla del río, refrescándonos… Pese a que era difícil hacerlo cuando la cercanía de nuestros cuerpos nos producía un intenso calor… Ese calor infernal que procede de lo más interno y que arrasa a su paso, arrasa con todo.

Capítulo 4



—Nos vamos a poner redondas hoy, Tiffany —me decía Ylenia durante la barbacoa nocturna, en la que dimo buena cuenta de la carne otra vez.

—Tú te lo puedes permitir, mi niña —le decía yo—, te aseguro que Pegaso no notará nada. Un día es un día – le comentaba porque de normal controlaba mucho su alimentación, aunque lo cierto es que se trataba de una chic muy responsable y eso no era necesario.

—Pues anda que tú. Estás preciosa, hermanita —me confesó mirándome contenta.

—Estoy… estoy como siempre, ¿no? —le pregunté yo, un tanto asombrada de que me viera tan especialment guapa esa noche.

A esas horas ya sí que comenzaba a refrescar y sobre mi vestido me había colocado un pañuelo que dejé cae sobre mis hombros, los mismos hombros que abrazó Derek, quien vino enseguida a meterse en la conversación.

—¿Preciosa? Decir que está preciosa es quedarse muy corta —le indicó.

A todo esto, vimos marcharse a Kevin, quien vio la escena y en su cara apreció un atisbo de pena. Él ya er consciente del acercamiento que se estaba produciendo entre Derek y yo, y supongo que pensaba que, en est vida, para que unos ganen otros han de perder.

No solía marcharse tan tarde, pero aquel día tuvo que atender a una yegua que sufrió ciertas complicacione postparto, días después de dar a luz a un precioso potrillo.

Ese tipo de cosas, como el nacimiento de las crías, eran alicientes adicionales de un rancho. Yo siempre m había imaginado viviendo en uno así de mayor, y el rancho Miller cumplía sobradamente con todas mi expectativas.

No podía imaginarme un mejor lugar para quedarme a vivir (y eso que meses atrás la idea me asustó mucho) pero es que todo había cambiado… Y esa vez para bien.

De todos modos, yo ya, conociendo a Derek, prefería disfrutar del momento y no pensar demasiado en e futuro porque con él me ocurría que me encontraba en una montaña rusa de emociones; tan pronto estaba en l más alto, como me venía abajo pensando en que el sueño pudiera en cualquier momento caerse y llevar mi alm directa de nuevo al subsuelo. No, prefería no pensar en eso porque entonces se me cortaba el rollo.

Los chicos llamaron a Derek porque estaban haciendo una de esas absurdas demostraciones de fuerz juveniles, para que les hiciera de juez, mientras que Ava silbaba y vitoreaba.

Mi hermana se quedó a mi lado y me miró. Primero permaneció en silencio y luego lo rompió.

—¿Y ahora tampoco tienes nada que contarme? ¿Me has tomado por tonta? —rio.

—¿Yo? Absolutamente nada —le contesté entre bromas, dándole un pellizco en el costado.

—Os he visto antes en el río…

—Vaya, qué buena vista tienes. Se nota que tus ojos cuentan con muy poquitos años —bromeé.

—Tú tampoco tienes mala vista ni mal gusto. Me encanta para ti, es el que te pega. Y te lo has encontrad como caído del cielo, no me digas que no…

—¿Lo dices por lo de Kate?

—Ya ves, ni en *Novia a la fuga*. Vinimos aquí para una boda y me da que la novia terminarás siendo tú, ya l verás.

—No corras tú tanto, mi niña —Le di un beso en la frente.

—Soy amazona, estoy acostumbrada a correr…

—Ya, pero yo pretendo tener los pies sobre el suelo. Al menos el máximo tiempo posible…

—Ya, si ya lo sé. Se lo he dicho antes a Ava, que a ti te sucede como a Barbie en la peli, cuando ve que ya n
los tiene de puntillas —rio.

—Así es. Yo prefiero tener los pies en el suelo, cariño —le recordé entre otras cosas porque no me considerab
ninguna muñeca, sino una mujer de carne y hueso que vivía sentía y temía.

—Nadie los tiene más que tú, ¿fue él? ¿Fue Derek Miller? —me preguntó y entonces, mientras miraba cóm
medía las fuerzas de los chicos, supe que me venía una conversación de las buenas.

—¿Qué quieres decir, pequeñaja? Anda, corre con tus amigos, ¿o acaso no quieres ver a Hayden en acción? —
le pregunté.

—Es que yo a Hayden ya le he visto en acción —me respondió pícara.

—¡No! ¡No era eso lo que quería escuchar! —Me tapé los oídos porque la seguía viendo como mi niña y habí
cosas que prefería no oír.

—Y yo tampoco quiero escuchar otras cosas y me está dando la impresión de que van a ser. Dímelo, ¿fu
Derek?

—Pero ¿qué es lo que quieres que te conteste exactamente?

—Si fue él quien te partió la juventud en dos, porque yo recuerdo, por mucho que fuese una niña, a un
Tiffany antes y a otra después…

—Pero eso fue por la caída. A mí lo que se me rompió fue la rodilla, ¿no lo recuerdas?

—Y el corazón, también se te rompió el corazón —añadió ella.

No la podía engañar, aparte de que hay secretos que no pueden permanecer escondidos toda la vida, y ese er
uno de ellos.

—¿No le odiarás si te lo confirmo? —le pregunté porque no deseaba que ese bonito mundo que habíamo
creado a su alrededor se desmoronase.

—No le odio, y ya tengo tu confirmación —me indicó porque, ciertamente, no era necesario que dijese nad
más.

—Supongo que ahora entenderás muchas cosas…

—Ahora valoro más el sacrificio que hiciste al traerme aquí para reflotar mi carrera, cariño. Te dedicaré a ti m
triunfo —me prometió mientas me daba un beso.

—Es cierto que entonces le odiaba…

—Casi tanto como ahora comienzas a quererle de nuevo. Si ya lo veo, no hace falta que lo jures. Solo hay qu
ver cómo le miras…

—¿Y cómo le miro, petarda?

—Pues como yo miro a Hayden, con mirada chorreante —rio con esa bonita y franca risa suya, con una ris
que me contagió, como tantas veces en su vida. El cariño que sentía por mi hermana me había salvado de muchas
me había salvado de las más gordas.

—Ya, si ya lo sé. Se lo he dicho antes a Ava, que a ti te sucede como a Barbie en la peli, cuando ve que ya no los tiene de puntillas —rio.

—Así es. Yo prefiero tener los pies en el suelo, cariño —le recordé entre otras cosas porque no me consideraba ninguna muñeca, sino una mujer de carne y hueso que vivía sentía y temía.

—Nadie los tiene más que tú, ¿fue él? ¿Fue Derek Miller? —me preguntó y entonces, mientras miraba cómo medía las fuerzas de los chicos, supe que me venía una conversación de las buenas.

—¿Qué quieres decir, pequeñaja? Anda, corre con tus amigos, ¿o acaso no quieres ver a Hayden en acción? —le pregunté.

—Es que yo a Hayden ya le he visto en acción —me respondió pícara.

—¡No! ¡No era eso lo que quería escuchar! —Me tapé los oídos porque la seguía viendo como mi niña y había cosas que prefería no oír.

—Y yo tampoco quiero escuchar otras cosas y me está dando la impresión de que van a ser. Dímelo, ¿fue Derek?

—Pero ¿qué es lo que quieres que te conteste exactamente?

—Si fue él quien te partió la juventud en dos, porque yo recuerdo, por mucho que fuese una niña, a una Tiffany antes y a otra después…

—Pero eso fue por la caída. A mí lo que se me rompió fue la rodilla, ¿no lo recuerdas?

—Y el corazón, también se te rompió el corazón —añadió ella.

No la podía engañar, aparte de que hay secretos que no pueden permanecer escondidos toda la vida, y ese era uno de ellos.

—¿No le odiarás si te lo confirmo? —le pregunté porque no deseaba que ese bonito mundo que habíamos creado a su alrededor se desmoronase.

—No le odio, y ya tengo tu confirmación —me indicó porque, ciertamente, no era necesario que dijese nada más.

—Supongo que ahora entenderás muchas cosas…

—Ahora valoro más el sacrificio que hiciste al traerme aquí para reflotar mi carrera, cariño. Te dedicaré a ti mi triunfo —me prometió mientas me daba un beso.

—Es cierto que entonces le odiaba…

—Casi tanto como ahora comienzas a quererle de nuevo. Si ya lo veo, no hace falta que lo jures. Solo hay que ver cómo le miras…

—¿Y cómo le miro, petarda?

—Pues como yo miro a Hayden, con mirada chorreante —rio con esa bonita y franca risa suya, con una risa que me contagió, como tantas veces en su vida. El cariño que sentía por mi hermana me había salvado de muchas, me había salvado de las más gordas.

Capítulo 5



—¿Tango? ¿Nos quieres enseñar tango? —le preguntó Derek a Martín unas horas después, cuando alguna qu otra copita nos hacía actuar con total naturalidad.

—Pues claro, pelotudo, no habrás bailado nada más sensual en tu vida —le decía él—. Ava y yo os haremo una demostración.

De lo más sensuales, comenzaron a bailar el susodicho tango, mientras que Ylenia y Hayden les seguían tratando de acertar con unos pasos que no eran fáciles.

A Derek y a mí nos gustaba bailar, así que nos unimos en un santiamén. Martín daba las pautas en tod momento. Quien más y quien menos hacía lo que podía, aunque nos quedábamos todavía lejos de la destreza de argentino.

Innegable fue que la temperatura del ambiente subió hasta el punto de que me sobrara el pañuelo y me sobrar hasta el vestido. Para colmo, al acabar el primer tema, ambas parejitas se besaron. Entonces Derek y yo no miramos y supe que había llegado el momento… Yo me eché hacia atrás y él me sujetó la cabeza mientras en mi labios depositó el más sugerente de todos los besos…

Hacía tanto tiempo que no notaba el calor de sus labios… Tanto tiempo que se volvió puro sofoco. Su bes apasionado me elevó hasta la tensión y supe también que no podría esperar para volver a hacer el amor con él.

En pocos segundos, fue como si el tiempo no hubiese pasado y él volviese a entrar en ese dormitorio… con l diferencia de que en esa nueva ocasión ocurrió en el suyo y que mi ropa interior estaba cuidadosament seleccionada, siendo mucho más sexy y en color negro.

Yo tampoco era la misma. No le esperaba con deseo inexperto, sino con ese que caracteriza a mujeres má maduras. Por esa razón, salí del baño en ropa interior, con el pelo alborotado y con gesto de leona.

Nada de eso se lo esperaba él, que estaba bastante más acostumbrado a mi candidez. Con lo que no cont Derek fue con que yo luché con uñas y dientes por olvidarlo y, dado que no lo logré, lucharía con las misma armas por él, y esas no eran precisamente las de una pazguata.

He de confesar que en mi cabeza se unían demasiadas ideas, entre las que sobresalía el hecho de que Derek n se fijara nunca más en ninguna otra mujer, que solo lo hiciera en mí.

Dentro de mi sexy cuerpo seguía albergando el temor a que él volviese a pasar de mí, una vez me hubies conseguido. Es imposible retener a nadie con las cadenas del sexo, pero yo no lo sabía en ese momento… En u momento en el que deseaba tenerle atado y bien atado.

Como cuento, no me amilané en absoluto a la hora de entregarme a él. Más bien salí pisando fuerte acompañé mi sensual ropa interior con unos zapatos de tacón que alargaban aún más mis piernas.

Su impresionante envergadura avanzó hacia mí cuando me vio, tan irresistible como sus ojos me decían que é me veía.

—Quiero beber de ti —me indicó mientras elevaba una de mis piernas, subiéndola a la cama al mismo tiemp que la otra continuaba en el suelo.

Fueron los dedos de una de sus manos los que apartaron mi minúsculo tanga para que su lengua pudier saborear esas partes íntimas que rezumaban humedad para él.

Notar el ardor de su lengua separando mis labios vaginales fue realmente sublime… Aunque para sublime e movimiento de esta cuando entró en mí, buscando el sabor de mi esencia, a la vez que con sus manos comenzaba masajear mis senos desde abajo, pellizcando mis pezones y endureciéndolos a la par que me sentía más y má lubricada.

Yo sentía que me iba a derretir entre sus dedos y su lengua, nunca me encontré tan acalorada como en una noche donde los gemidos se encadenaban uno tras otro, aliviándome en tiempo récord.

Sí, en nada de tiempo ya tenía mi sabor en su lengua y en su cara se formaba la más lujuriosa de las sonrisas.

El sexo de aquella noche se parecía en parte al de aquella otra, muchos años atrás, pero con notables diferencias… Yo ya no era la chica virgen que se entregaba a un hombre por primera vez, la chica que temía al mismo tiempo que deseaba.

En la cama, lo que deseaba en tal ocasión era volverle totalmente loco y para ello no dudé, una vez me llegó ese infinito alivio, en hacer que se levantase y echar mano a su bóxer, liberando ese pene suyo que tampoco dudé en masajear unos segundos antes de introducírmelo en la boca.

Entonces fui yo quien, acuclillada, permaneció delante de él. Sus ojos denotaron el más infinito de los placeres cuando recorrí su pene al completo con mi lengua, saboreando hasta el último de sus recovecos, manteniéndolo todavía en mi mano y disfrutando de su ardor y grosor.

A partir de ese momento, una vez entendí que deliraba de placer, me lo introduje en la boca, y entonces fui cuando quise comprobar cuánto de lejos podía llevar aquel juego, cuánto podía introducírmelo en la garganta.

Comencé a jugar al límite y sus ojos me demostraban que él también estaba al límite… Al límite, pero con una destreza absoluta a la hora de controlarse.

Como suele decirse, Derek tenía ya muchos tiros dados. Yo no dudaba que hubiese disfrutado mucho del sexo oral durante aquellos años (aunque prefería no pensarlo), y ello igual que el resto de los sexos, pero tampoco dudé que esa noche le llevaría a lo más alto, haciendo que la dureza de su pene fuese incontenible.

Con mis ojos en los suyos, él acariciaba mi pelo.

—Si supieras cuántas veces he soñado con esto —murmuró mientras una surgente mordida de labio por su parte me indicó, a través de uno de esos gestos de lenguaje no verbal, que me decía la verdad.

—¿Has soñado con que te limpiaba el sable, guarrillo? —le pregunté con gesto irresistible de nuevo, por lo que me pareció notarle.

—He soñado con que volvías a estar en mis brazos, con eso he soñado —me decía él.

—Suena romántico, y suena genial. Pero yo ahora mismo no estoy en tus brazos, tú estás en mis manos y en mi boca —le indiqué.

—Y tú volverás a estar en las mías…

En un gesto sorpresivo, se agachó y me cogió en brazos, tumbándome sobre la cama. Sentí tanto calor y tan repentino que él lo notó, por lo que no dudó en soplar sobre mi cara, la cual fue refrescando poco a poco. Y eso que no era fácil…

No, no es fácil que la temperatura baje cuando el pene del hombre al que amas hace fricción con tu vagina, la cual vibra por acogerle en su interior.

Habíamos esperado demasiado y no había lugar para la precipitación en esa tórrida noche en la que el calor lo envolvía todo.

Con sus manos agarrando las mías, la aludida fricción provocaba que mi temperatura fuese prácticamente febril, y todo ello antes de que tuviese la gloriosa idea de volver a bajar hacia mi vagina, introduciendo de nuevo en ella la lengua para llevarse el trofeo que le supuso mi segundo orgasmo, que se dejó sentir gracias a esa química que lo envolvía todo.

Con el éxtasis por bandera, me abrí de piernas para él y entonces le dejé entrar, que era lo que más deseaba en el mundo.

Su pene se fue abriendo camino a través del ardoroso canal que le llevase al interior de mi cavidad más cálida y esa que no mostraba calidez esa noche, sino verdadero ardor.

Me poseía entre besos, con las manos entrelazadas y haciéndome al mismo tiempo el amor con su pene y con sus ojos, lo cual me derretía, casi literalmente, entre sus manos.

Yo notaba que chorreaba para él, lo que provocaba que entrase y saliese de mí con tremenda facilidad. Derek estaba cien por cien entregado a la causa de provocarme un placer tan desmesurado que chillé, chillé para él tanto que su endurecimiento, ese que yo creía impensable y que siguió aumentando, me provocó hasta taquicardia, de lo mucho que deseaba que me poseyera con fiereza.

Ese aspecto también le llamó la atención de mí; yo deseaba un sexo salvaje y descomunal con él que me hiciera sentir de golpe cuanto no sentí durante aquellos años.

Cada vez que yo daba uno de esos gritos, él me regalaba un beso o una mirada llameante que me hacían coronarme más como la reina de esa cama suya en la que parecía que estábamos jugando una partida, cada uno con sus cartas, tratando de sorprender al otro al ir a más.

Derek se movía en mi interior y en todas las direcciones. Cada una de sus embestidas me suponía un estallid de placer tal que volvía a gritar para él, y así la espiral continuaba, y así todo indicaba que llegaríamos a fundirno el uno con el otro en esa noche en la que no tardó en darme la vuelta, para explorar otros territorios en los que stodavía, no pensaba adentrarse.

A cuatro patas delante de él, y mirándome en el espejo, me veía tremendamente sexy, con esos senos turgente y ese sexo perfectamente depilado. Él, detrás de mí, exhibía un ancho torso con unos musculados brazos que ápenas yo miraba, ya me notaba chorrear más.

Con sus dedos, como ya he adelantado, exploró otros campos posteriores, provocándome un tercer orgasm dado que con los de la otra mano masajeaba mi clítoris.

Me volví en ese momento y no me pude contener; mordí su cuello. Deseaba morderle, deseaba chillarle odeseaba hacerle correrse… Lo deseaba todo con él y lo deseaba en ese mismo momento.

No fue en esa postura. Él tenía tremendo aguante y así me lo quiso demostrar en una noche en la que fuimo erepasando otras muchas posturas hasta que, a horcajadas sobre él, y estrechando adrede mi canal para aprisiona su pene, vi en sus ojos que le pasaría y entonces también me pasó a mí.

A la vez, ambos, le entregamos al otro nuestra mayor intimidad. Y no lo digo porque nos acostásemos, porqu hiciéramos el amor, sino porque en ese momento final nos regalamos una mirada apasionada que decía mucha ocosas, en ausencia de palabras.

En el abismo de sus oscuros ojos, yo encontré una claridad y una transparencia que no habría sospechado, y eso me hizo abrazarme con fuerza a él. Sus ojos me decían que me quería y yo quería agarrarme a ese amor com a un clavo ardiendo, puesto que me había vuelto a enamorar de Derek Miller como una colegiala, ¿o quizás nunc udejé de estarlo?

No lo podría saber… No lo podría saber porque todo eso formaba parte del pasado y ese pasado quer oenterrarlo. Con él solo existía el presente y, si la suerte me acompañaba y su amor era verdadero, si esa vez lo era disfrutaríamos de un precioso futuro.

Sé que esperó a que yo me durmiese para dormirse él. Sé que no quiso, que en ningún caso quiso que m nsintiera sola en una noche que fue especial hasta decir basta, en una noche en la que estaba cantado que haríamo el amor… Pero en la que descubrí que era mucho el amor que había entre ambos.

Los ojos se me cerraban en sus brazos y él me animaba a que así fuera. Derek Miller, ese hombre que era pur nfuego, se convirtió en un remanso de paz para trasladármela, para que descansara, para que me dejase llevar por é oy confiase en que esa vez no viviríamos una pesadilla al día siguiente, porque todo pasaba por algo y porque nosotros nos había tocado esperar una serie de largos años para demostrarnos que nos queríamos.

Al final iba a resultar que las personas sí cambiaban, y eso dibujaba en mi rostro la más bonita de las sonrisas la hora de caer rendida.

Derek se movía en mi interior y en todas las direcciones. Cada una de sus embestidas me suponía un estallido de placer tal que volvía a gritar para él, y así la espiral continuaba, y así todo indicaba que llegaríamos a fundirnos el uno con el otro en esa noche en la que no tardó en darme la vuelta, para explorar otros territorios en los que, todavía, no pensaba adentrarse.

A cuatro patas delante de él, y mirándome en el espejo, me veía tremendamente sexy, con esos senos turgentes y ese sexo perfectamente depilado. Él, detrás de mí, exhibía un ancho torso con unos musculados brazos que, apenas yo miraba, ya me notaba chorrear más.

Con sus dedos, como ya he adelantado, exploró otros campos posteriores, provocándome un tercer orgasmo dado que con los de la otra mano masajeaba mi clítoris.

Me volví en ese momento y no me pude contener; mordí su cuello. Deseaba morderle, deseaba chillarle, deseaba hacerle correrse… Lo deseaba todo con él y lo deseaba en ese mismo momento.

No fue en esa postura. Él tenía tremendo aguante y así me lo quiso demostrar en una noche en la que fuimos repasando otras muchas posturas hasta que, a horcajadas sobre él, y estrechando adrede mi canal para aprisionar su pene, vi en sus ojos que le pasaría y entonces también me pasó a mí.

A la vez, ambos, le entregamos al otro nuestra mayor intimidad. Y no lo digo porque nos acostásemos, porque hiciéramos el amor, sino porque en ese momento final nos regalamos una mirada apasionada que decía muchas cosas, en ausencia de palabras.

En el abismo de sus oscuros ojos, yo encontré una claridad y una transparencia que no habría sospechado, y eso me hizo abrazarme con fuerza a él. Sus ojos me decían que me quería y yo quería agarrarme a ese amor como a un clavo ardiendo, puesto que me había vuelto a enamorar de Derek Miller como una colegiala, ¿o quizás nunca dejé de estarlo?

No lo podría saber… No lo podría saber porque todo eso formaba parte del pasado y ese pasado quería enterrarlo. Con él solo existía el presente y, si la suerte me acompañaba y su amor era verdadero, si esa vez lo era, disfrutaríamos de un precioso futuro.

Sé que esperó a que yo me durmiese para dormirse él. Sé que no quiso, que en ningún caso quiso que me sintiera sola en una noche que fue especial hasta decir basta, en una noche en la que estaba cantado que haríamos el amor… Pero en la que descubrí que era mucho el amor que había entre ambos.

Los ojos se me cerraban en sus brazos y él me animaba a que así fuera. Derek Miller, ese hombre que era puro fuego, se convirtió en un remanso de paz para trasladármela, para que descansara, para que me dejase llevar por él y confiase en que esa vez no viviríamos una pesadilla al día siguiente, porque todo pasaba por algo y porque a nosotros nos había tocado esperar una serie de largos años para demostrarnos que nos queríamos.

Al final iba a resultar que las personas sí cambiaban, y eso dibujaba en mi rostro la más bonita de las sonrisas a la hora de caer rendida.

Capítulo 6



Me desperté con una extraña sensación de miedo, como si todo fuera a torcerse de nuevo…

Ya había amanecido. Se trataba de una preciosa mañana de domingo en la que, sin embargo, fue como si d pronto las nubes tapasen el sol y todo se oscureciera de nuevo, como oscuros eran sus ojos… Oscuros, per preciosos.

Derek lo vio venir. A él no le cogió en absoluto de sorpresa mi reacción pues, pasada la noche anterior, ideal cabía la posibilidad de que los temores comenzaran a asaltarme. Y así sucedió.

—Pequeña, tranquila —Me besó en la frente, en señal protectora, antes que en los labios.

—¿Qué hemos hecho, Derek? ¿Y si ahora todo vuelve a salir mal? ¿Y si de nuevo das la callada por respuest ante nuestro amor? Aunque no sé si entonces me amaste —le confesé casi entre lágrimas.

Fue tan bonito lo vivido la noche anterior que el miedo también fue proporcional, así que iba a necesita muchos mimos por su parte. Y, sobre todo, muchas acciones de esas que valen más que las palabras, las cuales e ocasiones carecen de total valor.

—Te amé más que a mí vida entonces, y te amo mucho más aún ahora —me confesó con voz pausada, com queriendo que cada una de esas palabras se me fueran metiendo poco a poco en la cabeza.

—Y entonces, ¿entonces por qué te apartaste de mí? ¿Sabes lo que ocurrió? ¿Sabes lo que ocurrió aquell mañana?

—Ocurrió que tu padre fue a buscarte y tuviste el accidente. No imaginas cuánto lo lamenté, cuántas veces h pensado que debí sufrirlo yo. Habría dado una de mis dos piernas por tu rodilla, o las dos…

—Pero si ni siquiera viniste a verme al hospital, no volví a saber de ti. No quieras decir que lo lamentaste tant entonces porque te olvidaste de mí.

De pronto, toda la amargura que sufrí durante años salió, porque estuvo aprisionada en mi interior durant demasiado tiempo, y porque las dudas seguían ahí, intactas, pese al amor que volvía a sentir por él.

—No, fue en coherencia con lo que hablé con tu padre. Debí defender lo nuestro, no creer en sus palabras — murmuró.

—¿Estás diciendo que mi padre tuvo la culpa? Ya no está aquí para contradecirte y yo sé que no quería qu tuviéramos nada, pero de ahí a culparle…

—No, estoy diciendo que yo entonces, y hasta ahí tenía razón, era un mujeriego. Nunca me había enamorad de verdad hasta que te conocí, Tiffany, y te garantizo que fui el primer sorprendido. Es normal que tu padre no m quisiera a tu lado, yo tampoco habría querido al Derek de entonces como yerno. Me acusó de haberm aprovechado de tu juventud y me asusté, porque me aseguró que yo no podría mantenerme fiel a ti, que te haría u daño atroz, que él sabía muy bien del pie que yo cojeaba, y maldijo el día que te trajo a este rancho.

—Pero tú pudiste decirle que se equivocaba, estabas en todo tu derecho…

—Y no te falta razón. El problema es que yo, sobrepasado como estaba por la situación, no supe ver que n tenía razón. No te digo que no fuesen normales sus dudas, pero te amaba con el corazón… El mismo corazón qu él negaba que yo tuviese y el que me advirtió que te había partido. Todavía resuenan sus palabras en mi cabeza «Jamás serás capaz de hacerla feliz, solo le harás daño. Cuando más te quiera… la destrozarás. Apártate ahora apártate y permite que yo recoja sus trozos, los trozos del corazón que le has partido, porque mientras permanezc cerca de ti solo le ocurrirán desgracias».

Supe que reprodujo una a una las palabras de mi padre. Cuando eso sucede es porque el paso de los años no h podido borrarlas de tu memoria, y tiene un significado.

Supe también que las lágrimas que Derek derramó en ese momento fueron sinceras.

—Yo ya tenía unos años, pero no tantos como hoy. Hoy le habría dicho a tu padre que se equivocaba, y que t haría feliz por encima de todo y de todos, que no te traicionaría. De hecho, nunca he traicionado a una mujer porque cuando he flirteado con unas y con otras ha sido porque no tenía nada importante con ninguna.

—¿Y entonces? ¿Entonces qué pasó con Kate?

—Lo de Kate es algo distinto, pero no tuvo que ver con ninguna infidelidad por mi parte.

—Dijiste que me lo contarías…

—Y te lo contaré, pero todo a su debido tiempo. No puedo con tantas cosas a la vez, yo también tengo u límite emocional.

—¿De verdad me amabas? ¿De verdad me amas? —le pregunté mirándole a los ojos.

—De verdad te amaba y de verdad te amo con todo mi corazón. No he dejado de amarte nunca, nunca en todo estos años —me confesó mientras me besaba.

—¿Y por qué no fuiste a verme? Al menos eso…

—Cuando sucedió el accidente, pensé que tu padre tenía razón. Entonces él vino a buscarme y, por si no m sentía lo suficientemente mal, me lo echó en cara: «Te lo dije, te dije que mientras permaneciera cerca de ti solo l ocurrirían desgracias, ¿ahora qué? Ahora la has dejado también sin la ilusión de competir, porque yo he visto l rodilla de mi hija y no volverá a hacerlo».

—¿Te lo dijo esa misma mañana?

—Me lo dijo mientras la ambulancia te llevaba. Y también me hizo sentir lo suficientemente culpable com para pensar que era el causante de todos tus males. Pensé en ir a buscarte, te lo prometo, pensé incluso en raptart —me sonrió.

—No sabes la de noches que soñé con que venías a por mí, no tienes ni idea…

—Igual sí, porque debieron ser más o menos las mismas que yo soñé con que iba y te encontraba, trayéndote a rancho.

—Y al final recibo una carta con una invitación a tu boda. Esa fue la siguiente vez que supe de ti, tantos año después y ya con mi padre fallecido.

—No debió ser fácil para ti, lo siento.

—¿Por qué lo hiciste?

—Sé que tienes muchas ganas de saber, pero hay cosas que son difíciles de explicar.

—Va, ya da igual. En realidad, ¿sabes qué? Que me alegro mucho de que lo hicieras.

—Y yo me alegro infinito de que aceptaras, pensé que no lo harías.

—Lo hice por Ylenia y lo sabes…

—Lo sé, lo sé, ¿y tú sabes que yo haré cuanto esté en mi mano porque llegue tan alto como debiste llegar tú?

—Creo que sí, creo que lo sé, pero necesito que vayamos despacito —le pedí.

—¿Despacito? —enarcó una ceja—. Lo que hemos hecho esta noche ha sido dar un paso de gigante, ¿o no?

—Sí, pero esta noche nos hemos entregado nuestros cuerpos. Lo que es el alma debemos hacerlo más poquit a poquito, construyendo la relación sobre la base de la confianza. Y esa te la vas a tener que currar, no creas que t regalaré nada —le advertí.

—Ya me lo regalas. Me lo regalas cada vez que me miras y cada vez que intuyo el perdón en tus ojos. Me l regalas cada minuto que pasas conmigo y me lo regalas también con cada risa que compartimos.

Supe también que las lágrimas que Derek derramó en ese momento fueron sinceras.

—Yo ya tenía unos años, pero no tantos como hoy. Hoy le habría dicho a tu padre que se equivocaba, y que te haría feliz por encima de todo y de todos, que no te traicionaría. De hecho, nunca he traicionado a una mujer, porque cuando he flirteado con unas y con otras ha sido porque no tenía nada importante con ninguna.

—¿Y entonces? ¿Entonces qué pasó con Kate?

—Lo de Kate es algo distinto, pero no tuvo que ver con ninguna infidelidad por mi parte.

—Dijiste que me lo contarías…

—Y te lo contaré, pero todo a su debido tiempo. No puedo con tantas cosas a la vez, yo también tengo un límite emocional.

—¿De verdad me amabas? ¿De verdad me amas? —le pregunté mirándole a los ojos.

—De verdad te amaba y de verdad te amo con todo mi corazón. No he dejado de amarte nunca, nunca en todos estos años —me confesó mientras me besaba.

—¿Y por qué no fuiste a verme? Al menos eso…

—Cuando sucedió el accidente, pensé que tu padre tenía razón. Entonces él vino a buscarme y, por si no me sentía lo suficientemente mal, me lo echó en cara: «Te lo dije, te dije que mientras permaneciera cerca de ti solo le ocurrirían desgracias, ¿ahora qué? Ahora la has dejado también sin la ilusión de competir, porque yo he visto la rodilla de mi hija y no volverá a hacerlo».

—¿Te lo dijo esa misma mañana?

—Me lo dijo mientras la ambulancia te llevaba. Y también me hizo sentir lo suficientemente culpable como para pensar que era el causante de todos tus males. Pensé en ir a buscarte, te lo prometo, pensé incluso en raptarte —me sonrió.

—No sabes la de noches que soñé con que venías a por mí, no tienes ni idea…

—Igual sí, porque debieron ser más o menos las mismas que yo soñé con que iba y te encontraba, trayéndote al rancho.

—Y al final recibo una carta con una invitación a tu boda. Esa fue la siguiente vez que supe de ti, tantos años después y ya con mi padre fallecido.

—No debió ser fácil para ti, lo siento.

—¿Por qué lo hiciste?

—Sé que tienes muchas ganas de saber, pero hay cosas que son difíciles de explicar.

—Va, ya da igual. En realidad, ¿sabes qué? Que me alegro mucho de que lo hicieras.

—Y yo me alegro infinito de que aceptaras, pensé que no lo harías.

—Lo hice por Ylenia y lo sabes…

—Lo sé, lo sé, ¿y tú sabes que yo haré cuanto esté en mi mano porque llegue tan alto como debiste llegar tú?

—Creo que sí, creo que lo sé, pero necesito que vayamos despacito —le pedí.

—¿Despacito? —enarcó una ceja—. Lo que hemos hecho esta noche ha sido dar un paso de gigante, ¿o no?

—Sí, pero esta noche nos hemos entregado nuestros cuerpos. Lo que es el alma debemos hacerlo más poquito a poquito, construyendo la relación sobre la base de la confianza. Y esa te la vas a tener que currar, no creas que te regalaré nada —le advertí.

—Ya me lo regalas. Me lo regalas cada vez que me miras y cada vez que intuyo el perdón en tus ojos. Me lo regalas cada minuto que pasas conmigo y me lo regalas también con cada risa que compartimos.

Capítulo 7



Nos levantamos y nos fuimos juntos a la cocina.

Los chicos alborotaban por allí, alrededor de Molly, quien les hacía tortitas. Todos se habían levantado tarde excepto ella que siempre madrugaba, y que parecía encantada con la algarabía de la casa.

Cuando de golpe se dio la vuelta con el plato de las tortitas y nos vio allí, juntos, mientras Derek rodeaba m cintura, casi se le cae.

Martín estuvo ágil y cogió el plato al vuelo, lo que evitó que todas acabasen en el suelo.

—No me seas boluda y no me tires los panqueques, que esto ya se veía venir —le dijo causando la risa de l mujer.

—Y tanto que se veía venir, chaval, tú no te imaginas desde cuándo. Hoy es un día de fiesta en este rancho. O voy a hacer una comida que os chuparéis los dedos…

—Pues entonces, igual que la de todos los días, Molly —le comentó Derek, que no podía estar más contento.

También mi hermana parecía eufórica.

—Yo anoche con dos copitas ya sabía que habría tema entre los dos, pero que fuera tan oficial, ¿soy ya mu mayorcita para portar las alianzas de la boda? —preguntó y entonces se llevó un gran pisotón por mi parte, per sin disimulo y sin nada.

—Por Dios, que me vas a dejar el pie como una loncha de queso fundido, y encima querrás que gane carrera así —se quejó.

—Y las ganarás, por la cuenta que te trae, las ganarás —le advertí.

—La verdad es que, con mi entrenadora y mi patrocinador, mánager y hasta ángel de la guarda juntos, más m vale. O se me caerá el pelo…

Todos se rieron. El desayuno lo tomamos fuera, y nosotros compartimos las tortitas que los chicos le pidiero a Molly.

—Las tuyas con sirope de fresa y frutas del bosque —recordó él mientras me las preparaba, haciendo que m diera un vuelco el corazón.

Hay cosas que las recuerdas o no las recuerdas. Y yo quería pensar que si él recordaba tantos detalles de l nuestro era por algo. Otra cosa no tenía ningún sentido porque, al bajar conmigo de la mano, acababa de hace oficial lo nuestro.

Derek no tenía la más mínima intención de esconderlo ni yo lo hubiese consentido. A esas alturas de la vida ya tenía claro lo que debía ofrecerme el hombre que me quisiera, ¡y ese hombre era Derek Miller!

Teníamos un maravilloso domingo por delante, uno que nos tomaríamos libre y en el que también librarí Ylenia.

Era un día para festejar y para pasar todos juntos, además de que mi hermanita no podía entrenar a *full* todo los días.

Miraba a mi alrededor y me sentía feliz. Unas horas después, cuando Molly sirvió aquel delicioso asado, qu debió aromatizar varios kilómetros a la redonda, me sentí más feliz todavía.

Derek me sirvió un buen trozo y se encargó de saber si me apetecía más. Olía que alimentaba y sabía que er gloria bendita, pero si tomaba más habría salido rodando.

—Es que tengo que cuidarte, recuerda que he de demostrarte muchas cosas, tú misma lo dijiste —se excus cuando me quejé.

—¿Tú conoces la diferencia entre cuidarme y engordarme? Porque no soy un pavo —le recordé yo.

—No, eres un poco pava —rio mi hermana, que ella sí que parecía no haber salido de esa edad que llaman así.

—Ay, pequeñaja, ¿qué vamos a hacer contigo?

—Con ella no sé, pero de ella sí: una campeona —me respondió Derek con tal certeza que supe que no habrí ninguna circunstancia en el mundo que pudiera cambiar eso.

Mi niña llegaría a lo más alto del firmamento hípico y yo… Yo ya rozaba el cielo con la yema de los dedos e lo personal. Mi vida, inexplicable y sorpresivamente, se volvió a unir a la de Derek y eso era algo qu celebraríamos ese día y que, si todo iba bien, seguiríamos celebrando durante los siguientes años… y durante lo otros y hasta los últimos.

No soy de las que creen que la vida son etapas, sino más bien de las que se ilusiona con el amor para toda l vida. Si pienso que algo tendrá fin, no lo disfruto… Y para no disfrutarlo, no lo comienzo. Esa es mi filosofía esperaba que fuera también la de Derek, poco sentido tendría que me hiciera una serie de promesas que otra no l exigiría para estar allí.

Guapísimo y forrado, le sobrarían conquistas con fecha de caducidad que se sucedieran en el tiempo y si embargo… Sin embargo, yo veía en su rostro la misma sonrisa que se dibujaba en el mío.

—No, eres un poco pava —rio mi hermana, que ella sí que parecía no haber salido de esa edad que llaman así.

—Ay, pequeñaja, ¿qué vamos a hacer contigo?

—Con ella no sé, pero de ella sí: una campeona —me respondió Derek con tal certeza que supe que no habría ninguna circunstancia en el mundo que pudiera cambiar eso.

Mi niña llegaría a lo más alto del firmamento hípico y yo… Yo ya rozaba el cielo con la yema de los dedos en lo personal. Mi vida, inexplicable y sorpresivamente, se volvió a unir a la de Derek y eso era algo que celebraríamos ese día y que, si todo iba bien, seguiríamos celebrando durante los siguientes años… y durante los otros y hasta los últimos.

No soy de las que creen que la vida son etapas, sino más bien de las que se ilusiona con el amor para toda la vida. Si pienso que algo tendrá fin, no lo disfruto… Y para no disfrutarlo, no lo comienzo. Esa es mi filosofía y esperaba que fuera también la de Derek, poco sentido tendría que me hiciera una serie de promesas que otra no le exigiría para estar allí.

Guapísimo y forrado, le sobrarían conquistas con fecha de caducidad que se sucedieran en el tiempo y sin embargo… Sin embargo, yo veía en su rostro la misma sonrisa que se dibujaba en el mío.

Capítulo 8



Unos días después la vida me sonreía y yo hacía por devolverle la sonrisa a cada minuto.

Como no podía ser de otra manera, ya estaba instalada en el dormitorio de Derek, y bajé para desayunar. Es mañana él tenía que ir a la ciudad por negocios y se levantó casi al alba.

Ylenia llegó a la cocina con las pilas cargadas.

—Hoy lo pienso dar todo y más. Tenemos otra carrera a la vuelta de la esquina y esos son puntos que ha d sumar Pegaso —me indicó y me eché a reír.

—Sí, vale, sé que es lo que dirías tú y me he adelantado, ¿cómo estás, hermanita? Qué tontería acabo d preguntar, ¿verdad, Molly? Está enamorada…

—Molly, lo dice como si yo fuera la única, como si ella no lo estuviera —repuse.

—Es un gusto veros enamoradas a las dos —afirmó ella mientras nos servía un nutritivo desayuno.

Esa mujer nos cuidaba mucho, era un amor.

—Es verdad, Molly, ya solo faltas tú —le indicó Ylenia mientras cogía su tazón de leche con cereales con l intención de dar buena cuenta de él.

—Querida, no provoques mi risa… Yo en el amor no he vuelto a pensar nunca.

Ambas conocíamos la triste historia del fallecimiento de su marido e hijo, pero Ylenia no la recordaba en es instante. Su cabeza hueca hizo de las suyas.

—Ya, cariño —añadí condescendiente.

—¿Y desde cuándo no piensas en el amor? —le preguntó mi hermana.

—Desde que murió el amor de mi vida. Yo soy de la opinión de que amor en la vida solo hay uno, y que lo demás son apaños —nos comentó.

—Pero hay personas con varios matrimonios, por ejemplo —argumentó Ylenia.

—Pero solo una de esas personas es la de su vida. Cada cual que piense como quiera, yo a mi marido no le h olvidado nunca, porque el amor verdadero no se olvida —nos contó.

Me dio mucha pena de ella porque hablaba de ese hombre como si hubiese fallecido el día anterior, con e mismo pesar. No es que Molly fuese una mujer triste, todo lo contrario, pero cuando salía ese tema sí que lo sentí así.

—Ya, por eso mi hermana ha terminado con Derek —añadió.

—Y yo siempre creí que estaban hechos el uno para el otro. Sé que Derek nunca la olvidó —me confirm Molly y eso me gustó.

No es que me sintiera especialmente insegura esa mañana, porque Derek me estaba demostrando su amor cada segundo, pero que alguien que le conocía así de bien corroborara sus palabras me hacía sentir genial.

—Si es que aquí huele a boda, Molly —bromeaba Ylenia.

—Dios te escuche. Ojalá pronto haya boda y niños. Este rancho necesita alegría y vosotras la habéis traído Después de lo de Kate, yo creí que ya no podían venir más desgracias. Y no, han venido alegrías —insistió.

Alegres estábamos Ylenia y yo esa mañana camino de las cuadras cuando me encontré allí a Kevin.

Él estaba muy pendiente de la yegua que había parido a Nevado, el potro que nos tenía a todos encantados d la vida, y la cual seguía sufriendo algunas complicaciones.

Al vernos pasar, me sonrió. Yo tenía claro que Kevin seguía sintiendo por mí, si bien ya sabía lo que habí entre Derek y yo.

Aprovechando su ausencia, esa mañana se acercó a mí.

—Se va a quedar buen día —le dije mientras me ponía las manos a modo de visera y miraba al cielo.

—Sí, el día se quedará precioso. Aparte de que todo se ve mucho más bonito cuando uno está enamorado Sobre todo, si se trata de un amor correspondido —añadió la coletilla y yo le sonreí.

—Te deseo lo mejor, Kevin, me caes genial —añadí, entendiendo que yo no podía decir otra cosa y que n deseaba entrar al trapo.

—Lástima que solo sea eso, que te caiga bien. Claro que yo no puedo compararme con Derek Miller, soy u simple trabajador, y él un crac de los negocios.

—No es eso lo que me importa de él, me habría enamorado de Derek igual. Lo hice cuando era una niña cuando no hubiese mirado ni su posición económica ni nada parecido.

—¿Cuando eras una niña? —eso le intrigó, no podía sospecharlo.

—Sí, y he permanecido enamorada durante muchos años, solo que ni yo misma lo sabía, Por eso creía odiarl —le conté porque era cierto que me caía bien y me desahogué. Aparte, Kevin era un encanto conmigo y quería explicarle por qué yo no le hacía ningún caso.

—¿Y entonces? ¿Por qué no funcionó entonces? ¿Acaso te dio miedo lo vuestro? ¿Eras demasiado joven?

—No, no fue así. Fueron las circunstancias, y quien terminó con miedo fue Derek —le comenté y él pareció n entenderlo, dado su gesto de desconcierto—. Es que todo fue mi complicado, mi padre se opuso frontalmente, y sufrí un accidente que dio al traste con mi carrera…

—¿Y qué más? —me preguntó.

—¿Te parece que haga falta algo más? ¡Si fue todo un desastre!

—Ni un tsunami me habría separado a mí de tu lado, cuanto y más un desastre —me confesó y yo me quedé d piedra.

—Perdona, igual estamos entrando en demasiadas honduras, Kevin. Debo ir con Ylenia, ha de comenzar entrenar.

—Yo solo te digo, Tiffany, que quien te la hace una vez te la puede hacer muchas más. Derek es mi jefe y s conociera estas palabras quizás me pusiera en la calle. Eres libre de contarle si quieres, a mí me da igual. Yo, co tal de advertirte, estoy dispuesto a asumir las consecuencias.

De nuevo me dejó petrificada porque estaba entrando hasta el fondo en el asunto, y a él no parecía importarl en absoluto. Kevin me habló con el corazón en la mano y con la intención de desearme lo mejor.

Mientras iba en busca de Ylenia, sus palabras me rondaban la mente, e incluso me hacían daño. No podí permitirme interferencias, no si quería confiar en Derek y que nada ni nadie enturbiase nuestra felicidad. Derek era el hombre de mi vida, todos lo veían… Normal que él no lo viese, pero eso tenía una explicación de lo má lógica.

—Se va a quedar buen día —le dije mientras me ponía las manos a modo de visera y miraba al cielo.

—Sí, el día se quedará precioso. Aparte de que todo se ve mucho más bonito cuando uno está enamorado. Sobre todo, si se trata de un amor correspondido —añadió la coletilla y yo le sonreí.

—Te deseo lo mejor, Kevin, me caes genial —añadí, entendiendo que yo no podía decir otra cosa y que no deseaba entrar al trapo.

—Lástima que solo sea eso, que te caiga bien. Claro que yo no puedo compararme con Derek Miller, soy un simple trabajador, y él un crac de los negocios.

—No es eso lo que me importa de él, me habría enamorado de Derek igual. Lo hice cuando era una niña, cuando no hubiese mirado ni su posición económica ni nada parecido.

—¿Cuando eras una niña? —eso le intrigó, no podía sospecharlo.

—Sí, y he permanecido enamorada durante muchos años, solo que ni yo misma lo sabía, Por eso creía odiarle —le conté porque era cierto que me caía bien y me desahogué. Aparte, Kevin era un encanto conmigo y quería explicarle por qué yo no le hacía ningún caso.

—¿Y entonces? ¿Por qué no funcionó entonces? ¿Acaso te dio miedo lo vuestro? ¿Eras demasiado joven?

—No, no fue así. Fueron las circunstancias, y quien terminó con miedo fue Derek —le comenté y él pareció no entenderlo, dado su gesto de desconcierto—. Es que todo fue mi complicado, mi padre se opuso frontalmente, yo sufrí un accidente que dio al traste con mi carrera…

—¿Y qué más? —me preguntó.

—¿Te parece que haga falta algo más? ¡Si fue todo un desastre!

—Ni un tsunami me habría separado a mí de tu lado, cuanto y más un desastre —me confesó y yo me quedé de piedra.

—Perdona, igual estamos entrando en demasiadas honduras, Kevin. Debo ir con Ylenia, ha de comenzar a entrenar.

—Yo solo te digo, Tiffany, que quien te la hace una vez te la puede hacer muchas más. Derek es mi jefe y si conociera estas palabras quizás me pusiera en la calle. Eres libre de contarle si quieres, a mí me da igual. Yo, con tal de advertirte, estoy dispuesto a asumir las consecuencias.

De nuevo me dejó petrificada porque estaba entrando hasta el fondo en el asunto, y a él no parecía importarle en absoluto. Kevin me habló con el corazón en la mano y con la intención de desearme lo mejor.

Mientras iba en busca de Ylenia, sus palabras me rondaban la mente, e incluso me hacían daño. No podía permitirme interferencias, no si quería confiar en Derek y que nada ni nadie enturbiase nuestra felicidad. Derek era el hombre de mi vida, todos lo veían… Normal que él no lo viese, pero eso tenía una explicación de lo más lógica.

Capítulo 9



Le tenía que querer porque le tenía que querer…

No solo era que Derek tuviera un físico portentoso, que evidentemente lo tenía, era el resto… Era esa sonris suya, la más sugerente del mundo y era su forma de mirarme; esa que ponía mi corazón a mil.

Yo estaba cada día más encantada con él. Derek se mostraba como el tipo más detallista del mundo. Me dab la impresión de que deseaba compensar todos esos años de ausencia, todos esos años en los que yo pensé que er un mezquino, un miserable y un cobarde.

Hay que ponerse en los zapatos de la otra persona para comprender cómo actúa en determinados momentos Hay que hacerlo porque tampoco debió ser nada fácil para él. Por lo que yo veía, mientras en mi caso viví con u sentimiento de odio durante todos aquellos años, él lo hizo con uno de culpabilidad, y no sabría decir cuál er peor.

Tampoco podría precisar, en honor a la verdad, qué momento del día era mejor con él, ya que había dónd elegir; desde cuando nos metíamos en la cama y era capaz de hacerme el amor durante horas, hasta cuando m despertaba comiéndome a besos… Pasando por esos otros momentos, los de después del almuerzo, dond refugiados en nuestro dormitorio me ofrecía los más sugestivos de los masajes, que regalaba a todo mi cuerpo.

Se me daba una circunstancia curiosa. Cuando acariciaba mi rodilla, esa que cambió mi vida a raíz de accidente, cuando llegaba a su cicatriz (apenas perceptible por el paso del tiempo y porque los cirujanos tuviero unas manos de oro), la acariciaba y la besaba de un modo muy particular, casi con devoción, como deseand poder cambiar el tiempo y lo que ocurrió…

Los días se iban sucediendo y entramos en la más maravillosa de la rutina. El verano llegaba a su fin, aunqu en aquellos días apenas lo parecía, pues las temperaturas seguían siendo muy elevadas, casi tanto como la qu producían nuestros cuerpos cada vez que estaban el uno cerca del otro.

Me gustaba mucho comprobar la forma en la que presumía de mí, la forma en la que le contaba a Molly, cad vez que se acercaba a la cocina, que tenía a su lado a la chica más bonita del mundo, la forma en la que me mirab como si fuera lo más preciado que poseyera, pero no en plan trofeo, que él no parecía apuntarse medallas.

Si soy sincera, y creo además ser objetiva, con Kate le había visto cercano y cariñoso, en una actitud qu consideré edulcorada y que me empalagó en más de un momento, pero no creía recordar que la mirase así.

Quizás sí estuviese siendo objetiva o quizás es lo que quisiera ver… Me daba lo mismo, aunque esa era m sensación, tampoco era lo más importante. Lo realmente importante era que Derek parecía fascinado por esta conmigo, y yo por estar con él.

Los días se nos pasaban en un suspiro, y más cuando compartíamos tantas actividades en el rancho. U hombre como él, con tanto poderío económico, no tenía la más mínima necesidad de mancharse las manos co nada, pudiendo delegar en todo, pero a él parecía gustarle meterse hasta en adobo, no paraba en todo el día…

Daba igual que se tratase de domar caballos o de conducir vacas o bueyes, le gustaba estar en contacto con l naturaleza y con todos esos animales que conformaban el rancho.

A menudo, Kevin le daba instrucciones sobre alguna cura o tratamiento que necesitara alguno de ellos, y é mismo se encargaba. A mí me enternecía muchísimo verle en esa actitud.

Durante los años que permanecimos separados, a Derek me lo imaginé poco menos que como a un ogro, verle agachado acariciando a Nevado, por ejemplo, era una estampa que me hacía enamorarme todavía más de él.

Esa mañana estaba con el potrillo porque decía tener un mal presentimiento. Kevin atendía a su madre, quie no parecía mejorar. La preciosa yegua era una campeona, una verdadera pura sangre que le había dado mucha

satisfacciones y por la que él sentía gran cariño.

Nevado parecía inquieto, como si compartiera ese mal presentimiento, y él trataba de calmarlo, teniéndolo fuera, al primer sol de la mañana, ese que no asfixia, pero sí que reconforta. Ese que da vida.

Yo les observaba de lejos y se me caía la baba, poco a poco me fui acercando cuando Kevin salió de la cuadra negando con la cabeza.

—Lo siento mucho, Derek, no he podido hacer nada por ella.

No hubo sorpresa en su rostro, pero este se le acongojó por completo. Le escuché tragar saliva ruidosamente, y entonces acarició al animal que pareció adivinar en los empañados ojos de su dueño la desgracia.

—No te preocupes, pequeño. Yo me encargaré de que no te quedes solo, crecerás sano y feliz. Lo siento mucho —le dio un entrañable abrazo.

Si enamorada estaba de él, no digamos ya lo que me enamoré en ese momento en el que comprendí que era ese tipo de hombre en el que puedes confiar para que sea el padre de tus hijos, en el caso de que algo malo te suceda. Si trataba así a un potro, no digamos ya el nivel de entrega que podría alcanzar con sus propias crías…

Le amaba, amaba a Derek Miller y me uní al abrazo al animal, al que también traté de consolar. Kevin se dio media vuelta y se metió en las cuadras de nuevo. Supongo que ese tipo de estampa familiar, con Derek y yo a un no eran de su total agrado, y cada cual ha de poner límites a aquello que le hace daño, estando en todo su derecho.

satisfacciones y por la que él sentía gran cariño.

Nevado parecía inquieto, como si compartiera ese mal presentimiento, y él trataba de calmarlo, teniéndolo fuera, al primer sol de la mañana, ese que no asfixia, pero sí que reconforta. Ese que da vida.

Yo les observaba de lejos y se me caía la baba, poco a poco me fui acercando cuando Kevin salió de la cuadra negando con la cabeza.

—Lo siento mucho, Derek, no he podido hacer nada por ella.

No hubo sorpresa en su rostro, pero este se le acongojó por completo. Le escuché tragar saliva ruidosamente, y entonces acarició al animal que pareció adivinar en los empañados ojos de su dueño la desgracia.

—No te preocupes, pequeño. Yo me encargaré de que no te quedes solo, crecerás sano y feliz. Lo siento mucho —le dio un entrañable abrazo.

Si enamorada estaba de él, no digamos ya lo que me enamoré en ese momento en el que comprendí que era ese tipo de hombre en el que puedes confiar para que sea el padre de tus hijos, en el caso de que algo malo te suceda. Si trataba así a un potro, no digamos ya el nivel de entrega que podría alcanzar con sus propias crías…

Le amaba, amaba a Derek Miller y me uní al abrazo al animal, al que también traté de consolar. Kevin se dio media vuelta y se metió en las cuadras de nuevo. Supongo que ese tipo de estampa familiar, con Derek y yo a una no eran de su total agrado, y cada cual ha de poner límites a aquello que le hace daño, estando en todo su derecho.

Capítulo 10



La muerte de la madre del potro me dejó un tanto triste. Igual era que mi reloj biológico comenzaba ya a sona por ese tiempo y todo lo que tuviera que ver con la maternidad me afectase especialmente.

Yo no tenía demasiado tiempo para pensar en otra cosa que no fuera la preparación de Ylenia, lo que m llevaba la mayoría de las horas del día, lo cual no quiere decir nada, porque si tienes un runrún en la cabeza t sonará de fondo y hagas lo que hagas.

No es que yo estuviera obsesionada con ser madre ni mucho menos. Tampoco me había llegado aún es momento para el que todavía debería esperar un poco, pero sí comenzaba a estar en ese otro en el que l maternidad me emocionaba.

Por esa razón, dada la pérdida, solía acudir varias veces al día a ver a Nevado, a quien teníamos que alimenta con biberones, y a veces ya me lo encontraba a él dándole uno cuando yo llegaba. En momentos así, es que me l comía, ¡y en otros también!

Derek combinaba un lado rudo y masculino con otro mucho más tierno. Y yo no sabía cuál de los dos m gustaba más. En el mejor de los casos, sería la combinación de ambos la que le hiciera tan tremendamente especia a mis ojos.

Ese día era sábado y, tras alimentar a Nevado, me propuso coger un par de caballos e ir a dar un paseo por e rancho. Esa era una de mis actividades favoritas y él lo sabía. De hecho, en muchas ocasiones yo solita cogía u caballo y lo recorría, aunque lo cierto era que me gustaba mucho más hacerlo con él, porque con Derek todas la emociones se potenciaban.

—Llévate traje de baño —me pidió y eso me encantó, porque pocas cosas me gustaban más que bañarme co él, en la intimidad que nos proporcionaban las aguas del rancho, lo que a menudo terminaba con tintes eróticos e el agua. Y quien dice eróticos dice mucho más…

No dudé en hacerlo, y montamos juntos como tantas veces solíamos hacerlo. Eran momentos de calma y d relax total, verdaderos regalos en los que el verdor del entorno y la transparencia de las aguas contrastaban con e oscuro de sus ojos… Los ojos que para mí eran los más bonitos del mundo.

Imaginaba que su idea era llegar a la pequeña catarata y así fue. Existían rincones con encanto en el rancho existían a montones, pero ningún otro como la catarata, en la que yo sentía la máxima de las libertades bajo e agua y con él, habitualmente aprisionando mi cuerpo y haciendo que sintiese por igual su fuerza desmedida y l del agua cayendo sobre mí.

Ese día no sería menos. Y más cuando llegamos tremendamente acalorados. Con anterioridad, nos habíamo ido refrescando en el río, en ciertos lugares por los que podía merodear algún trabajador del rancho, razón por l cual me pidió que me pusiera la ropa de baño.

Una de las mejores cosas que tenía la pequeña catarata era que nos ofrecía una privacidad total, puesto qu estaba no en el quinto pino, sino en el siguiente… en un lugar del rancho en el que no había labor alguna por hace y en la que, por tanto, nos encontrábamos totalmente a salvo de miradas indiscretas, pudiendo lucir nuestro desnudos cuerpos.

En cuanto bajamos del caballo supe que me amaría allí mismo y no me equivoqué. Antes que después m despojó de cualquier prenda que pudiera llevar encima, mientras la lujuria salía de sus ojos para internars directamente en los míos.

Me gustaba, me gustaba tanto que hiciera eso… Que me mirase de aquel modo que yo sabía que er predecesor de ese acto que, más que sexual, era un verdadero ritual.

Tumbados sobre una piedra y con el agua cayendo a chorros sobre nosotros, él me tomó por la cintura haciendo que le diese la espalda. De ese modo, podría poseerme mientras que toda esa verde y libre naturaleza entraba por mis excitados ojos.

Era el mejor de los parajes, un paraje de ensueño para amarnos, mientras recibíamos la fuerza de las aguas a mismo tiempo que yo percibía la de esas embestidas con las que, una a una, él me iba haciendo suya.

Adoraba hacerlo allí con él y me excitaba de un modo indescriptible. En ese entorno, el sexo era más salvaje porque también lo éramos nosotros.

Ningún otro lugar del mundo podría haberme excitado tanto y, por supuesto, tampoco ningún hombre. A veces vives cosas y entiendes que, de antemano, es que estabas predestinada a vivirlas. Yo estaba viviendo tantas y tantas con Derek, en tan poco tiempo, que me sentía inmensamente plena y feliz.

Sobre aquella piedra me deslizaba con la fuerza de sus embestidas, y entonces él me agarraba… Cuando eso sucedía yo tenía la certeza de que no me dejaría caer, y eso lo hacía extensivo al resto de nuestra existencia; Derek no estaba dispuesto a que nada malo me sucediera, a que nada malo me volviese a suceder, y mucho menos por intervención suya.

Allí, recibiendo la fuerza del agua, me corría para él, haciendo que esa agua que caía fría se calentase de inmediato sobre esos cuerpos nuestros que parecieran echar humo.

Sobre la piedra, inmensamente dura, yo percibía que la vida, en puro contraste, podría vivirse entre algodones porque así me lo demostraba él mientras me embestía de una manera salvaje, como yo le pedía, y al mismo tiempo me regalaba una batería de besos de esos que recargan las pilas. Yo ladeaba la cabeza y observaba esa masculinidad tan suya que me lubricaba una auténtica barbaridad.

Con Derek no podría precisar cuántas veces me corría cada vez que hacía el amor. Enseguida perdía la cuenta y eso que él la llevaba mentalmente. Lo sé porque la alegría de sus ojos sugerentes me lo decía cada vez que me pasaba. Lo sé porque hay cosas que no se pueden ni se quieren disimular.

Tumbados sobre una piedra y con el agua cayendo a chorros sobre nosotros, él me tomó por la cintura haciendo que le diese la espalda. De ese modo, podría poseerme mientras que toda esa verde y libre naturaleza entraba por mis excitados ojos.

Era el mejor de los parajes, un paraje de ensueño para amarnos, mientras recibíamos la fuerza de las aguas al mismo tiempo que yo percibía la de esas embestidas con las que, una a una, él me iba haciendo suya.

Adoraba hacerlo allí con él y me excitaba de un modo indescriptible. En ese entorno, el sexo era más salvaje porque también lo éramos nosotros.

Ningún otro lugar del mundo podría haberme excitado tanto y, por supuesto, tampoco ningún hombre. A veces vives cosas y entiendes que, de antemano, es que estabas predestinada a vivirlas. Yo estaba viviendo tantas y tantas con Derek, en tan poco tiempo, que me sentía inmensamente plena y feliz.

Sobre aquella piedra me deslizaba con la fuerza de sus embestidas, y entonces él me agarraba… Cuando eso sucedía yo tenía la certeza de que no me dejaría caer, y eso lo hacía extensivo al resto de nuestra existencia; Derek no estaba dispuesto a que nada malo me sucediera, a que nada malo me volviese a suceder, y mucho menos por intervención suya.

Allí, recibiendo la fuerza del agua, me corría para él, haciendo que esa agua que caía fría se calentase de inmediato sobre esos cuerpos nuestros que parecieran echar humo.

Sobre la piedra, inmensamente dura, yo percibía que la vida, en puro contraste, podría vivirse entre algodones, porque así me lo demostraba él mientras me embestía de una manera salvaje, como yo le pedía, y al mismo tiempo me regalaba una batería de besos de esos que recargan las pilas. Yo ladeaba la cabeza y observaba esa masculinidad tan suya que me lubricaba una auténtica barbaridad.

Con Derek no podría precisar cuántas veces me corría cada vez que hacía el amor. Enseguida perdía la cuenta, y eso que él la llevaba mentalmente. Lo sé porque la alegría de sus ojos sugerentes me lo decía cada vez que me pasaba. Lo sé porque hay cosas que no se pueden ni se quieren disimular.

Capítulo 11



El siguiente fin de semana tocaba competición. Pegaso ya estaba a un nivel muy alto, lo mismo que m hermana, y ya solo competía con los mejores.

Ava, que competía a un nivel menor, acudía siempre a verla con Martín. Daba igual el lugar que fuera, ella eran amigas y, además, decía aprender mucho de esas carreras. En cuanto a Martín, la apoyaba en todo y, como é decía entre risas, no solo con «ll», sino también con «y».

Era un aliciente más de la carrera el ver a las dos parejitas juntas, porque Hayden no se habría perdido ningun de las de mi hermana por nada del mundo.

En aquella quien sí competía también era Tris, a quien la cara le llegaba a los pies siempre que nos veía. Ell nos culpaba de haber tenido que prescindir de John.

Tris no era una chica fácil de llevar ni que se entendiera con casi ningún entrenador. Con John todo iba sobr ruedas porque ambos eran dos bichos y hablaban el mismo idioma, pero con el resto las estaba pasando canutas. Y hablo «del resto» porque ya llevaba varios desde que John desapareciera del mapa. El que más, le duraba uno días. Y ostentaba el ridículo récord de haber despedido a una chica en horas.

Ava pasaba totalmente de ella y más de David, quien siempre aparecía también por las competiciones. La malas lenguas (aunque probablemente bien informadas en este caso), decían que el chico estaba destrozado tras l cagada de haber corneado a Ava con Tris, perdiéndola irremediablemente.

Esa mañana, tras la carrera, en la que mi hermanita nuevamente sumó puntos con Pegaso y estaba exultante, y me fijé en que el chico no estaba bien.

—Ava, ¿no es David ese que va haciendo eses cerca de la pista? —le pregunté preocupada.

—Madre mía, sí que es él. Y lleva una cogorza como un piano, ¿es que se lo ha bebido todo esta noche o se l ha comenzado a beber por la mañana?

—Pues no lo sé, chica, pero todo se lo ha bebido, doy fe.

—El tío ese pilló una curda de mil demonios —añadió Martín, quien le tenía ojeriza, como no podía ser de otr manera, ya que David no estaba haciendo las cosas bien e incluso iba hablando mal de Ava por ahí. Resultaba qu era él quien se sentía corneado por su ex y el argentino, obviando el detalle de que él fue quien comenzó l competición de cuernos hacia Ava con Tris. De hecho, cuando Ava conoció a Martín ya tenía la cabeza bie decorada, como ella solía decir.

En fin, que más corre el galgo que el mastín, pero que cada cual cuenta la fiesta según le da la gana y, por l visto, David veía las cosas a su manera. Suele pasar cuando uno lleva indecentes cantidades de alcohol en sangre como le sucedía a él ese día.

Quien tampoco le quitaba ojo de encima era Derek.

—Tiffany, cariño, ese tío quiere camorra. Si ves que se acerca, me haces el favor y te quitas de en medio…

—Oye, que yo no te he necesitado en todos estos años para que me defendieras —le dije mientras, picante, l sacaba la lengua.

—Y yo sé que te sabes defender divinamente solita, pero si tiene la mala suerte de que se le escape u puñetazo y te dé a ti, entonces… Entonces es que no tendrá piedra bajo la que esconderse.

Lo dijo con tal naturalidad que supe que sería mejor que no se le escapara, porque no sabía con quién estab tratando. Fuera como fuese, era evidente que a mí solo me podría dar de rebote, puesto que yo no era el blanco d su ira ni tenía nada que ver con aquello: él iba a por Martín, a quien buscaba y a quien, pese a ir ciego (como suel decirse), vio de lejos.

El argentino lo estaba esperando porque también decía tener mucha calle y no se le escapaba que el otro quería saldar sus diferencias con él con los puños.

—El pibe lo que quiere es que le agarre a trompadas —decía en alto porque sabía que no se equivocaba.

—Pues tú no le hagas ni caso, mi amor, te lo pido por favor —le decía Ava.

—Pero si es requetepelotudo, ni dos trompadas tiene. Y menos como va. Se va a librar por eso, porque no quiero que diga que me aproveché de él por ir en un estado tan lamentable.

Pese a su juventud, Martín tenía la cabeza bien puesta sobre los hombros, algo que yo agradecía, porque lo último que me apetecía era el susodicho espectáculo de las trompadas. Es que solo de pensarlo me ponía mala, y más sabiendo que Derek no se mantendría al margen.

—Muy bien, Martín, así se piensa…

—Salvo que venga a ofender a Ava, que ahí ya no respondo. El pibe puede irse entonces morado…

Ya la estábamos cagando porque la edad es la edad y el chaval se encendía solo de pensarlo.

—Tú ten en cuenta que no ofende quien quiere, sino quien puede —le aconsejé yo.

—Eso está muy bien y suena mejor todavía, pero si le dice algo a mi niña, entonces le responderé con los puños.

Ya estaba servida la ensalada de puños, porque el otro cabeza de alcornoque venía a formar gresca, eso lo sabían hasta los hebreos.

Pues nada, que finalmente se vino para nosotros como si le hubiesen puesto ruedas en los pies.

—Tienes que volver conmigo, Ava, este tío no te merece —le pidió a ella, acuclillándose delante de su persona como si le fuera a pedir matrimonio. Para mí que, de pensar que le hubiese valido, lo habría hecho.

—¿Qué estás diciendo, tarado? Martín me trata como a una reina y encima es argentino, no te digo nada… Menuda parla que tiene —le decía ella mientras trataba de escabullirse de él, que pretendía tomarla de la mano.

—No es más que un vendehúmos, él no te ha demostrado nada. En cambio, yo —decía sin contemplaciones— yo…

—Tú sí que me has demostrado cosas: me has demostrado que eres un "ponecuernos" de libro, de esos que prestan su foto para la definición, ¿me quieres dejar ya en paz?

—¿Dejarte en paz? Eso nunca… Yo no pienso parar hasta que vuelvas conmigo.

—Tú la vas a dejar en paz, pero a la voz del «ya» —le advirtió Martín mientras le tocaba el hombro para que se volviese y le mirase.

—Tú te callas, gilipollas, y te dejas de tocarme, que aquí nadie está tocando a nadie…

—¿Y entonces tú por qué le quieres coger la mano a Ava?

—Porque es mi novia, por eso —le soltó el otro porque no sabía dónde estaba de pie, tan perjudicado como aparecía por el alcohol.

—¿Tu novia? Es mi novia, pibe, ¿de qué estás hablando?

—No, lo ha sido un tiempo, pero ya ha vuelto su hombre: he vuelto para recuperarla.

La frase, si no fuera porque se mascaba la tragedia, tenía su gracia. Yo aguanté la risa, pero Ylenia, que llegó justo a tiempo para oírla, no pudo aguantarla.

—¿Y tú de qué te ríes? —le preguntó él—. Seguro que has tenido mucho que ver en todo esto —la acusó.

—Yo me río de que a cualquier cosa le llaman ahora un hombre —añadió ella mientras Hayden daba y también un paso adelante para defenderla.

Quien observaba la escena desde la madurez de sus años era Derek.

—Bueno, ya está bien, David, ya has tenido tu minuto de gloria, lo has intentado, te ha salido el tiro por la culata y punto. Ahora, coges la poca dignidad que te queda, y te vas a tomar aire fresco —le pidió.

—¿Aire fresco? Oxígeno le tendrán que administrar a este en la Unidad de Cuidados Intensivos si sigue en su puñetero empeño de continuar con mi novia —le dijo mientras, a traición, le asestó un puñetazo a Martín.

Fue rápido, he de decir que fue rápido porque el argentino le estaba esperando y, aun así, no le vio venir. Quien sí le vio venir fue Derek, que saltó sobre él y se lo quitó de encima, porque parecía más que dispuesto a «agarrarlo a trompadas», como diría Martín.

Una nunca sabe cuándo, en una situación de ese calibre, las cosas pueden pasar de castaño a oscuro, como sucedió ese día.

Yo solo vi un resplandor, ya que uno de los rayos solares fue a dar sobre la brillante hoja de la navaja. Cegado por la ira, la rabia y los celos, y reducido a cenizas por todo ello, David sacó y levantó una navaja y, dado que fue Derek quien le hizo frente, estuvo a punto de clavarla en su abdomen.

Martín fue a intervenir, poniendo en juego su vida, si bien no le dio tiempo. El propio Derek fue quien tomó e

abrazo de David y a punto estuvo de partírselo, mientras el otro chillaba y tiraba la navaja.

En realidad, chillar, chillábamos todos, porque yo chillé lo más grande y, sin poder contenerme, me fui hacia é y le di un bocado en el mismo brazo que Derek le retorcía.

No sé, me dio el siroco, y a mi chico se le salieron las bolas de los ojos cuando me vio en esa actitud que, e principio, le resultaría incomprensible, aunque solo tenía que ponerse en mis zapatitos para entender que no e fácil quedarse de brazos cruzados cuando a quien amas le pueden ocasionar un daño… Y más un daño irreparable es que habría sido capaz de comérmelo a bocados.

Como es lógico, la muchedumbre comenzó a mirar, alertada por nuestros gritos, y la seguridad del hipódrom llegó enseguida.

—Yo solo quería estar con ella, que me volviese a querer como antes —argumentaba David mientras se l llevaban.

—Eso, y los cuernos me los meto para dentro, como si no se notaran, ¿no te jode? ¿Tú te crees que yo esto falta de calcio o qué te pasa? —le preguntaba Ava mientras señalaba que le faltaba un tornillo.

A mí me temblaban hasta los dedos meñiques cuando por fin lo perdimos de vista, y entonces Derek m dirigió esa mirada reprobatoria.

—Pero mi vida, ¿cómo se te ocurre meterte?

—¿Y me lo preguntas a mí? Tú sí que te has metido y una navaja te ha sacado el niñato. Suerte que se le h caído de la mano, porque si la atrinco yo, se la meto por…

El resto reía viendo cómo me las gastaba. No era para menos porque yo estaba hecha una furia, mientras Derel me abrazaba.

—Cielo, nunca se puede subestimar a nadie, porque puede ser muy peligroso, pero resulta sumament improbable que un niñato harto de whisky llegue a apuñalarme, eso te lo aseguro.

—Es que solo de pensarlo me da algo, te prometo que me da algo…

—Tienes que tranquilizarte, no ha pasado nada.

—Y piensa que quien más peligro ha corrido ha sido él, que casi le metes la navaja por el orto —me decí Martín causando la risa de todos.

Fue una mañana complicada. Y lo fue porque vi peligrar la vida de Derek y comprendí que cada día pensab que ya no podía estar más enamorada de él y que luego caía en la cuenta de que estaba muy equivocada. Y ese día al ver su integridad física comprometida, me sentí morir. Y me sentí morir porque si al él le pasaba algo… Es qu prefería ni pensar cómo podría llegar a sentirme.

Había permanecido demasiado tiempo separada de él como para perderle, y menos de una manera tan absurda Un bocado fue poco. Yo a David le hubiera hecho pedazos con mis propias manos si llega a dañar a Derek, s llega a dañar a la persona que más quería en el mundo junto con mi hermana Ylenia.

Amor y del bueno se volvía a respirar entre nosotros, y esa no era más que una nueva prueba de ello.

brazo de David y a punto estuvo de partírselo, mientras el otro chillaba y tiraba la navaja.

En realidad, chillar, chillábamos todos, porque yo chillé lo más grande y, sin poder contenerme, me fui hacia él y le di un bocado en el mismo brazo que Derek le retorcía.

No sé, me dio el siroco, y a mi chico se le salieron las bolas de los ojos cuando me vio en esa actitud que, en principio, le resultaría incomprensible, aunque solo tenía que ponerse en mis zapatitos para entender que no es fácil quedarse de brazos cruzados cuando a quien amas le pueden ocasionar un daño… Y más un daño irreparable, es que habría sido capaz de comérmelo a bocados.

Como es lógico, la muchedumbre comenzó a mirar, alertada por nuestros gritos, y la seguridad del hipódromo llegó enseguida.

—Yo solo quería estar con ella, que me volviese a querer como antes —argumentaba David mientras se lo llevaban.

—Eso, y los cuernos me los meto para dentro, como si no se notaran, ¿no te jode? ¿Tú te crees que yo estoy falta de calcio o qué te pasa? —le preguntaba Ava mientras señalaba que le faltaba un tornillo.

A mí me temblaban hasta los dedos meñiques cuando por fin lo perdimos de vista, y entonces Derek me dirigió esa mirada reprobatoria.

—Pero mi vida, ¿cómo se te ocurre meterte?

—¿Y me lo preguntas a mí? Tú sí que te has metido y una navaja te ha sacado el niñato. Suerte que se le ha caído de la mano, porque si la atrinco yo, se la meto por…

El resto reía viendo cómo me las gastaba. No era para menos porque yo estaba hecha una furia, mientras Derek me abrazaba.

—Cielo, nunca se puede subestimar a nadie, porque puede ser muy peligroso, pero resulta sumamente improbable que un niñato harto de whisky llegue a apuñalarme, eso te lo aseguro.

—Es que solo de pensarlo me da algo, te prometo que me da algo…

—Tienes que tranquilizarte, no ha pasado nada.

—Y piensa que quien más peligro ha corrido ha sido él, que casi le metes la navaja por el orto —me decía Martín causando la risa de todos.

Fue una mañana complicada. Y lo fue porque vi peligrar la vida de Derek y comprendí que cada día pensaba que ya no podía estar más enamorada de él y que luego caía en la cuenta de que estaba muy equivocada. Y ese día, al ver su integridad física comprometida, me sentí morir. Y me sentí morir porque si al él le pasaba algo… Es que prefería ni pensar cómo podría llegar a sentirme.

Había permanecido demasiado tiempo separada de él como para perderle, y menos de una manera tan absurda. Un bocado fue poco. Yo a David le hubiera hecho pedazos con mis propias manos si llega a dañar a Derek, si llega a dañar a la persona que más quería en el mundo junto con mi hermana Ylenia.

Amor y del bueno se volvía a respirar entre nosotros, y esa no era más que una nueva prueba de ello.

Capítulo 12



En los siguientes días estuve algo nerviosa. Lo ocurrido en el hipódromo me puso como una moto.

El entrenamiento de Ylenia iba viento en popa, ya que mi hermana se empleaba a fondo todos los días, tant que su fisio me dio un toque.

—Le estás exigiendo demasiado y tiene algunos músculos un tanto sobrecargados, dale un fin de semana larg —me pidió, a sabiendas de que yo confiaba muchísimo en su criterio.

—Tienes toda la razón. Mi hermana se merece un respiro.

Se lo comenté a Derek y a él como que se le encendió la lucecita.

—Hoy es jueves, ¿puedes retomar el entrenamiento el martes? —me pidió.

—Claro, esa es la idea… Hacer un finde largo. Y a ti, ¿a ti por qué se te han puesto los ojitos así d chispeantes?

—Porque voy a lograr que a ti se te pongan igual, por eso. Tú déjalo todo en mis manos, solo prepara e equipaje.

—¿El equipaje? ¿A dónde nos vamos? —le pregunté.

—¿Tú siempre lo tienes que controlar todo? —rio.

—No, no es eso, ¿y quiénes nos vamos?

—Esta vez nosotros dos solos…

—¿Y dejar a Ylenia aquí sola con Hayden? —enarqué una ceja, no sabiendo si era la mejor idea.

—Así es, y por dos motivos: porque tu hermana tiene que reposar un poco y porque no evitarás con t presencia que hagan todo lo que tengan que hacer. Ya te adelanto que no lo puedes controlar todo —insistió.

Tenía toda la razón y nosotros nos merecíamos algo de tiempo libre. Esa misma noche llegamos a Toronto e un vuelo en el que logró plaza de última hora, porque todo lo que deseaba parecía conseguirlo.

Yo en Toronto había estado de pequeña con mi padre y con mi hermana, aunque apenas tenía recuerdos d ello, dado la cantidad de años que habían transcurrido desde entonces.

En la mayor ciudad de Canadá supuse que nos alojaríamos en un hotel, aunque no fue así. Lo intuí cuand llegamos a aquel enorme rascacielos, en uno de los barrios más ricos de la ciudad, y me señaló el ático.

—¿Es tuyo? ¿Esa maravilla es tuya? —le pregunté poniéndome las manos como visera y mirando es interminable edificio que exhibía un ático de esos de portada de revista.

—¿Está mal por mi parte si te digo que es el ático con las mejores vistas de todo Toronto? —me preguntó— Aunque nada que ver con las que tengo ahora mismo delante de mí —Me besó.

—¿Nada que ver? ¡Muero por verlo!

Solo entrar en el edificio, y comprobar cómo nos recibía el conserje, era una verdadera flipada, todo lujo y ostentación.

Cuando nos metimos en uno de los ascensores, que era de película, y él me besó de nuevo, no pude evita preguntarle.

—¿Y qué hace un ranchero como tú en un sitio como este?

—¿Así me ves? ¿Solo como un ranchero? Puedo tener muchos perfiles, muñeca —me contestó con vo burlona.

Derek no era el típico ranchero y ya, en eso tenía razón. Más bien era un millonario que vivía en un súpe rancho porque le encantaba el contacto con la naturaleza, pero a quien también le fascinaba el cambio de registro y tenía inmuebles distribuidos por lugares de lo más variopintos.

No sé cuántos besos nos dio tiempo a saborear camino de ese último piso del rascacielos que nos serviría d morada durante los siguientes tres días.

Me hacía mucha ilusión estar allí con él, ya que al margen de los que solíamos hacer para las competicione era nuestro primer viaje de placer juntos, y para mí tenía un significado muy especial.

Fue abrir la puerta y sentir que, a tan increíble altura, uno se siente el rey del mundo.

Entramos y, tras un inmenso vestíbulo, nos encontramos directamente con el salón, tras cuya vidriera s divisaba ya una enorme terraza. Hablo de muchos cientos de metros cuadrados que, por tener, tenía hasta un cocina al aire libre. Sobra decir que también contaba con una cucada de piscina desde la que contemplar e horizonte era todo un privilegio.

A mí la lengua no se me quedaba quieta, se me desató porque era demasiado. Derek tendría, como todo e mundo, sus defectos, pero entre ellos no se encontraba el presumir de nada. Por eso me parecía tan fabuloso qu no le diera ninguna importancia a sus posesiones, cuando otro hubiese alardeado de ellas.

Situada en una planta que superaba la noventa, desde aquella sublime terraza te sentías por encima de la noches de la ciudad, experimentando una situación única y privilegiada.

Un interior ultramoderno terminaba de convencerme de que ese ático era una verdadera obra de arte en la qu la mayoría de los materiales eran naturales, en un guiño a cómo era el resto de la vida de Derek, a la que yo ya m consideraba tan unida.

Cinco dormitorios, cada uno con cuarto de baño propio más otro común para las visitas, varios vestidores, un segunda cocina (aparte de la situada en la terraza) … Allí te perdías, y lo mejor era que perderme con Derek s había convertido en mi pasatiempo predilecto. Uno que podría practicar allí a placer.

El salón contaba con un inmenso sofá blanco en forma de U, el más lujoso que mis ojos hubieran visto jamás en el que me tumbó.

—¿Ves todo esto? —me dijo.

—No me vayas a decir que todo esto será algún día mío porque lograrás que me corra incluso antes de tocarm —le dije entre bromas porque eso no era de mi interés, yo le quería a él, aunque la fortuna de ese hombre habrí hecho que más de una matara por compartirla.

—Todo esto no tiene ningún valor sin ti, eso es lo que iba a decir —me susurró mientras comenzaba a besar m cuello, haciéndome ver que llevaba demasiadas horas entre el vuelo y demás sin hacerme el amor, y eso no er algo a lo que estuviésemos acostumbrados.

No sé cuántos besos nos dio tiempo a saborear camino de ese último piso del rascacielos que nos serviría de morada durante los siguientes tres días.

Me hacía mucha ilusión estar allí con él, ya que al margen de los que solíamos hacer para las competiciones era nuestro primer viaje de placer juntos, y para mí tenía un significado muy especial.

Fue abrir la puerta y sentir que, a tan increíble altura, uno se siente el rey del mundo.

Entramos y, tras un inmenso vestíbulo, nos encontramos directamente con el salón, tras cuya vidriera se divisaba ya una enorme terraza. Hablo de muchos cientos de metros cuadrados que, por tener, tenía hasta una cocina al aire libre. Sobra decir que también contaba con una cucada de piscina desde la que contemplar el horizonte era todo un privilegio.

A mí la lengua no se me quedaba quieta, se me desató porque era demasiado. Derek tendría, como todo el mundo, sus defectos, pero entre ellos no se encontraba el presumir de nada. Por eso me parecía tan fabuloso que no le diera ninguna importancia a sus posesiones, cuando otro hubiese alardeado de ellas.

Situada en una planta que superaba la noventa, desde aquella sublime terraza te sentías por encima de las noches de la ciudad, experimentando una situación única y privilegiada.

Un interior ultramoderno terminaba de convencerme de que ese ático era una verdadera obra de arte en la que la mayoría de los materiales eran naturales, en un guiño a cómo era el resto de la vida de Derek, a la que yo ya me consideraba tan unida.

Cinco dormitorios, cada uno con cuarto de baño propio más otro común para las visitas, varios vestidores, una segunda cocina (aparte de la situada en la terraza) … Allí te perdías, y lo mejor era que perderme con Derek se había convertido en mi pasatiempo predilecto. Uno que podría practicar allí a placer.

El salón contaba con un inmenso sofá blanco en forma de U, el más lujoso que mis ojos hubieran visto jamás, en el que me tumbó.

—¿Ves todo esto? —me dijo.

—No me vayas a decir que todo esto será algún día mío porque lograrás que me corra incluso antes de tocarme —le dije entre bromas porque eso no era de mi interés, yo le quería a él, aunque la fortuna de ese hombre habría hecho que más de una matara por compartirla.

—Todo esto no tiene ningún valor sin ti, eso es lo que iba a decir —me susurró mientras comenzaba a besar mi cuello, haciéndome ver que llevaba demasiadas horas entre el vuelo y demás sin hacerme el amor, y eso no era algo a lo que estuviésemos acostumbrados.

Capítulo 13



Primer día que me levantaba en Toronto. No fueron los rayos solares los que hicieron que abriera los ojos, pes a que las vistas desde el dormitorio del ático eran únicas. En realidad, el día estaba algo nublado.

Por Dios que esas vidrieras infinitas te hacían sentir que pululabas sobre la ciudad, la cual se mostraba activa mientras que nosotros disfrutábamos de lo que yo consideraba un verdadero remanso de paz; nuestros días d asueto.

No había personal de servicio en el ático ni falta que nos hacía. Derek había pedido antes de nuestra llegad que proveyeran la cocina de todo, y él mismo se ofreció para prepararme el desayuno en la cocina de la terraza todo un lujo…

Yo me levanté desnuda y me fui tras él.

—Si sales así a la terraza no podrás acusar a nadie de convertirte en la principal atracción turística de la ciuda —me indicó y me eché a reír.

Cogí una de sus camisetas. Nada me gustaba más en el mundo que vestirme con ellas. Eso era así y él lo sabía por lo que le hacía mucha gracia.

A mí también me hacía sonreír verle a él con el mandil, en plena terraza, como si fuera un chef… Un chef co unos músculos que hubiera devorado sobre esa mesa en la que serviría el desayuno.

He de decir, y no exagero, que sus tortitas no estaban como las de Molly, pero que tampoco tenían demasiad que envidiarle. El tío se daba trazas para hacerlas, bastante más que yo, que le tenía un poco de inquina a s elaboración.

Por lo demás, huevos revueltos, frutos secos y rojos, chocolate negro, avena, café, zumo de naranja, tostada francesas…

—Pero bueno, ¿esto es un desayuno o el menú de una boda?

—¿El menú de una boda? El de la nuestra dará que hablar durante mucho tiempo, aunque no le hará sombra la novia.

A mí me decía eso y me ponía… Yo prefiero no hablar de cómo me ponía, porque lo cierto es que mu elegante no resultaría.

Después bajamos a la calle, con el estómago bien lleno. Lo hicimos en el ascensor, aunque bien podríamo habernos tirado rodando por las escaleras, la verdad, haciendo la croqueta. Cielo santo, no nos podíamos ni move

Era nuestra primera salida en Toronto y yo estaba ávida de verlo todo, y de llevarme un montón de recuerdo de allí. No recuerdos materiales, sino de esos otros que guardas en la sesera y que son para siempre, que incluso t hacen revivir más momentos que una foto.

La capital financiera de Canadá (su verdadera capital todos sabemos que es Ottawa) se sitúa en la orill noroeste del lago de Ontario, que es ciertamente inmenso.

Al contar con más de seis millones de habitantes, se trata de un lugar muy poblado, tanto que es el área urban que cuenta con mayor densidad de habitantes en todo el país.

—¿Por qué aquí? ¿Por qué comprarte el ático en una ciudad como Toronto? —le pregunté cuando cogimos e imponente coche que tenía aparcado en el garaje, al lado de otro que también era suyo.

—Porque se trata de una ciudad de las más cosmopolitas del globo, por eso… Y aparte por su modernidad, si renunciar a sus espacios verdes, y por la cantidad de planes que aquí puedes hacer.

—Quién te ha visto y quién te ve, ranchero —le dije mientras él me besaba y yo… Yo recibía esos besos com un regalo del mismo tamaño que aquel viaje y que aquella ciudad: inmenso.

Como bien me dijo él, y como yo sabía de oídas, Toronto es una capital cosmopolita, una de las que lo es po excelencia, y eso se nota nada más pisar sus concurridas calles, observando la diversidad de sus gentes.

Nuestro recorrido por ella comenzó por un sitio que me fascinó, y que no fue otro que la Casa Loma, un suerte de castillo de esos que parecen haber sido sacados de la mente de un escritor de cuentos de hadas.

Ver esa gigantesca mansión en la ciudad de los rascacielos resulta cuando menos muy curioso. Lo cierto es qu cuando estás delante de ese portento arquitectónico sientes que te falta la respiración.

Supongo que, a los europeos, que están más acostumbrados a contemplar ese tipo de edificios, su visión no le producirá el mismo pellizco en el estómago que a mí me produjo el palacete canadiense en cuestión.

—Por lo que cuentan, su dueño era un millonario excéntrico —me explicó Derek.

—¿Un millonario? Anda ya, si esto pensaba que yo que lo habría levantado un obrero, así en plan pico pala echándole los sabaditos por la mañana.

—Pues va a ser que no, aquí se deslomaron muchos para que él viera cumplido su sueño de contar con un casa inspirada en uno de los mayores iconos ingleses, ¿acaso no te recuerda a un sitio en particular? —m preguntó él.

—Sí, tengo la respuesta en la punta de la lengua —bromeé—. Que no, hombre, que ni idea, suéltalo ya…

—Pues está inspirado en el castillo de Balmoral, en el de Escocia.

—Anda, y yo sin darme cuenta. Es que resulta que no me codeo con Kate Middleton, la futura reina, que yo n soy una millonaria como tú. Yo solo me codeaba con tu Kate, la que se despidió a la francesa —le dije, causand su risa.

—Si, ¿no?

—Sí, sí, y entre tú y yo también te digo que hizo muy bien la muchacha en irse.

—Ven aquí, anda, que te voy a comer enterita.

—¿En el castillo? Mira que vas a escandalizar a la aristocracia, no me digas eso…

—El escándalo eres tú y ese cuerpo que tienes, que vas escandalizando a diestro y siniestro.

—¿Yo sola? A ti te miran que me dan ganas de ir repartiendo tapabocas, o mejor todavía, vendas para los ojos porque con los tapabocas te van a seguir mirando, por mucho que les arree fuerte.

A mí es que me salían unos instintos que vaya cuando veía con el descaro que algunas le miraban, aunque l cierto es que he de decir que él no devolvía ninguna de esas libidinosas miradas. Menos mal, porque se hubier declarado la guerra allí en Toronto, yo eso no lo soporto.

Total, que me estaba dando por pensar que hubiera cambiado de verdad, y eso me hacía sentir muy feliz. L digo porque un golfo no puede evitar mirar, porque por mucho que lo pretenda es algo superior a sus fuerzas. Y Derek solo me miraba a mí, a la princesa de ese cuento que nos habíamos montado y que ese día tenía com escenario de fondo aquel precioso castillo en el que no paró de tomarme fotografías.

Como bien me dijo él, y como yo sabía de oídas, Toronto es una capital cosmopolita, una de las que lo es por excelencia, y eso se nota nada más pisar sus concurridas calles, observando la diversidad de sus gentes.

Nuestro recorrido por ella comenzó por un sitio que me fascinó, y que no fue otro que la Casa Loma, una suerte de castillo de esos que parecen haber sido sacados de la mente de un escritor de cuentos de hadas.

Ver esa gigantesca mansión en la ciudad de los rascacielos resulta cuando menos muy curioso. Lo cierto es que cuando estás delante de ese portento arquitectónico sientes que te falta la respiración.

Supongo que, a los europeos, que están más acostumbrados a contemplar ese tipo de edificios, su visión no les producirá el mismo pellizco en el estómago que a mí me produjo el palacete canadiense en cuestión.

—Por lo que cuentan, su dueño era un millonario excéntrico —me explicó Derek.

—¿Un millonario? Anda ya, si esto pensaba que yo que lo habría levantado un obrero, así en plan pico pala, echándole los sabaditos por la mañana.

—Pues va a ser que no, aquí se deslomaron muchos para que él viera cumplido su sueño de contar con una casa inspirada en uno de los mayores iconos ingleses, ¿acaso no te recuerda a un sitio en particular? —me preguntó él.

—Sí, tengo la respuesta en la punta de la lengua —bromeé—. Que no, hombre, que ni idea, suéltalo ya…

—Pues está inspirado en el castillo de Balmoral, en el de Escocia.

—Anda, y yo sin darme cuenta. Es que resulta que no me codeo con Kate Middleton, la futura reina, que yo no soy una millonaria como tú. Yo solo me codeaba con tu Kate, la que se despidió a la francesa —le dije, causando su risa.

—Si, ¿no?

—Sí, sí, y entre tú y yo también te digo que hizo muy bien la muchacha en irse.

—Ven aquí, anda, que te voy a comer enterita.

—¿En el castillo? Mira que vas a escandalizar a la aristocracia, no me digas eso…

—El escándalo eres tú y ese cuerpo que tienes, que vas escandalizando a diestro y siniestro.

—¿Yo sola? A ti te miran que me dan ganas de ir repartiendo tapabocas, o mejor todavía, vendas para los ojos, porque con los tapabocas te van a seguir mirando, por mucho que les arree fuerte.

A mí es que me salían unos instintos que vaya cuando veía con el descaro que algunas le miraban, aunque lo cierto es que he de decir que él no devolvía ninguna de esas libidinosas miradas. Menos mal, porque se hubiera declarado la guerra allí en Toronto, yo eso no lo soporto.

Total, que me estaba dando por pensar que hubiera cambiado de verdad, y eso me hacía sentir muy feliz. Lo digo porque un golfo no puede evitar mirar, porque por mucho que lo pretenda es algo superior a sus fuerzas. Y Derek solo me miraba a mí, a la princesa de ese cuento que nos habíamos montado y que ese día tenía como escenario de fondo aquel precioso castillo en el que no paró de tomarme fotografías.

Capítulo 14



No era plan de ir todo el día con la lengua fuera. Me refiero a que nosotros no necesitábamos realizar ningú *tour* de esos turísticos por Toronto, dado que volveríamos cuantas veces quisiéramos, que ese ático habría qu aprovecharlo con escapaditas románticas.

Por esa razón, tras ver el castillo, y unas horas después de desayunar, nos fuimos a almorzar a una terraz fantástica, también perteneciente a otro rascacielos, desde donde la ciudad quedaba a nuestros pies.

Así me sentía yo cuando estaba con Derek, como en un plano superior. Y no lo digo por el tema económico n porque de pronto me hubiese vuelto una de esas personas presuntuosas que miran al resto por encima del hombro Lo digo porque con él todo pasaba a una posición superior, con él vivía en las nubes y desde allí observaba e resto del mundo.

Yo el romanticismo lo estaba desarrollando con él a pasos agigantados, pero es que me lo ponía a huevo. N había momento en el día en el que no tuviese un detalle ni mesa a la que llegáramos a almorzar o cenar en la qu no hubiera unas flores dedicadas por su parte, previamente encargadas.

Me estaba enamorando de él de una manera tan loca que me sacaba la más bonita y continua de las sonrisas, d esas sonrisas tontas que no sabes, en principio, a qué obedecen, y que luego te das cuenta de que lo hacen porqu llevas el corazón tatuado en el rostro.

Tras el almuerzo, él me sugirió que podíamos ir al *Royal Ontario Museum*, un museo de historia natural qu me conquistó desde que entramos hasta que salimos, teniéndome ensimismada durante un buen rato.

—Estás muy callada —observaba Derek porque no estaba acostumbrado a que así fuese.

—Es que me siento entre algodones, todo es muy bonito, pero lo más bonito es vivirlo contigo. ¿Sabes un cosa?

—Dímela, por favor —me pidió mientras me agarraba fuerte por la cintura.

—Durante todos estos años, siempre que estaba en un lugar que me gustaba, no podía evitar acordarme de ti — le confesé.

—¿Eso te pasaba, preciosa?

—Sí, y no te creas que era algo que me gustase, te prometo que me daban ganas de tirarme de los pelo aunque obviamente no podía evitarlo. Te odiaba, sí, pero a la vez te echaba de menos y esa era una situación qu me consumía…

—Tengo mucho por lo que compensarte. No sé si me bastará con una vida para hacerlo, no tengo ni idea, per si no es así, te buscaré en la siguiente…

—Si hay otra vida, yo también quiero vivirla contigo.

—Y si no, viviremos muchas vidas en esta —me aseguró.

Yo me derretía mientras paseaba con él de la mano. El día nos estaba dando de sí, pero es que, a pesar de qu se apreciaban algunos nublados, la temperatura era muy agradable.

De todos modos, al atardecer nos fuimos al ático y él me dio a elegir entre volver a salir a un restaurant selecto y luego dirigirnos a un lugar de copas ambientado o quedarnos allí.

Para ser un primer día, pensé que ya estaba genial.

—Por mí nos quedamos —le sugerí—. Me duelen ya los pies de tanto caminar (a pesar de llevar el coche pateamos lo nuestro).

—Pues si te duelen los pies, lo primero será hacerte un masaje en ellos —me ofreció.

—Estás hablando con mi contestador automático. Yo ya no estoy aquí, me largo volando a darme una ducha

¡muero por ese masaje!

Moría por ese masaje y moría de amor… Él se vino detrás de mí y he de confesar que la ducha, a dúo, s prolongó bastante más de lo inicialmente proyectado por mí. Se prolongó hasta que un orgasmo sonoro por m parte, del que fue el causante la lengua de Derek, debió retumbar en todo el edificio. Hasta el conserje debió oírl en la planta baja.

Luego salimos a la terraza para que yo recibiera ese masaje en la cama balinesa mientras llegaba la cena hind que encargamos.

Derek tenía una fuerza en las manos que me hacía suspirar cada vez que comenzaba a darme uno de eso relajantes masajes, la mayoría de los cuales, por no decir todos, solían culminar en uno de esos finales felices qu más tienen que ver, en ese caso, con el sexo que con comer perdices.

No había prisa y lo podíamos combinar todo en una preciosa noche en la que las luces iluminaban Toronto pero en la que, por encima de todas ellas, brillaban los ojos de Derek mientras me miraba.

—Si me sigues masajeando así, no querré moverme de tu lado en la vida —le aseguré.

—Si quieres moverte, entonces es cando acabas conmigo —me contestó con rapidez.

—¿Estás seguro de que no me buscarías una sustituta? Mira que tú eres muy rápido…

—No para todo, ¿no? Dime que no o mi reputación de buen amante quedará por los suelos —me preguntó e tono burlón.

—¿De dónde viene esa reputación? A ver que me entere yo. Mira que me llevan los demonios, ¿eh?

—Que ni el demonio se atreva a rozarte, amor. A ti solo te llevo yo… y al éxtasis.

No se equivocaba. De seguir así, con ese sensual y relajante masaje de pies, me llevaría de nuevo a otro sonor orgasmo, ¡y con el repartidor por llegar en cualquier momento!

¡muero por ese masaje!

Moría por ese masaje y moría de amor… Él se vino detrás de mí y he de confesar que la ducha, a dúo, se prolongó bastante más de lo inicialmente proyectado por mí. Se prolongó hasta que un orgasmo sonoro por mi parte, del que fue el causante la lengua de Derek, debió retumbar en todo el edificio. Hasta el conserje debió oírlo en la planta baja.

Luego salimos a la terraza para que yo recibiera ese masaje en la cama balinesa mientras llegaba la cena hindú que encargamos.

Derek tenía una fuerza en las manos que me hacía suspirar cada vez que comenzaba a darme uno de esos relajantes masajes, la mayoría de los cuales, por no decir todos, solían culminar en uno de esos finales felices que más tienen que ver, en ese caso, con el sexo que con comer perdices.

No había prisa y lo podíamos combinar todo en una preciosa noche en la que las luces iluminaban Toronto, pero en la que, por encima de todas ellas, brillaban los ojos de Derek mientras me miraba.

—Si me sigues masajeando así, no querré moverme de tu lado en la vida —le aseguré.

—Si quieres moverte, entonces es cando acabas conmigo —me contestó con rapidez.

—¿Estás seguro de que no me buscarías una sustituta? Mira que tú eres muy rápido…

—No para todo, ¿no? Dime que no o mi reputación de buen amante quedará por los suelos —me preguntó en tono burlón.

—¿De dónde viene esa reputación? A ver que me entere yo. Mira que me llevan los demonios, ¿eh?

—Que ni el demonio se atreva a rozarte, amor. A ti solo te llevo yo… y al éxtasis.

No se equivocaba. De seguir así, con ese sensual y relajante masaje de pies, me llevaría de nuevo a otro sonoro orgasmo, ¡y con el repartidor por llegar en cualquier momento!

Capítulo 15



Llamé por teléfono a Ylenia cuando me desperté, a la mañana siguiente. Él parecía dormido, hasta que m escuchó hablar…

—Te ríes y eso es porque te está dando bocaditos en el lóbulo de la oreja o algo todavía peor. No necesit saberlo —me decía ella.

—¿Qué dices, niña? —disimulé porque no me acostumbraba a hablar de esas cosas con mi hermana menor, la que había criado.

—No, si ahora me dirás que te has ido a Toronto de retiro espiritual —le dio a ella la misma risa floja y a mí s me pusieron los vellos de punta.

—¿Y esa risa tuya? ¿Está Hayden en el dormitorio? —le pregunté como si fuese a decirme la verdad, y n cortar la conversación y punto.

—Pues me está yendo genial el reposo, me noto la musculatura mucho mejor, hermanita…

—Hayden, ¿dónde está Hayden? Cuelga y hazme una videollamada, por favor —le pedí ante la risa de Derek.

—No te oigo, te pierdo, Tiffany, te pierdo…

—¿Me pierdes? Ni que estuvieras metida en un botijo, venga, llámame —le pedí mientras ella colgaba.

Derek se moría de la risa…

—¿Y tú de qué te ríes? Es que no sabes lo que es pensar que…

—¿Que ella se lo pasa igual de bien que tú? Eso es una bendición. Porque tú te lo pasas bien, ¿no?

—Bueno, no sé, ya no me acuerdo mucho. Me lo tendrías que recordar y yo ya te voy diciendo, si eso —le dij mientras él se perdía entre las sábanas en dirección al ecuador de mi cuerpo, comenzando a besar mi ombligo dirigiéndose hacia el sur de este.

Salí a la calle, un buen rato después, con la más radiante de las sonrisas en la cara. Ese día sí que lucía el so así que yo llevaba mis gafas, las cuales disimulaban que presentaba unas ligeras ojeras, fruto de lo poco qu descansaba cuando mi cuerpo y el suyo se encontraban por la noche en la cama.

—Tengo ojeras y son por tu culpa, por eso las llevo —le comenté cuando me las quitó para mirarme los ojos porque decía que nada en el mundo le gustaba más que perderse en mi mirada.

—Asumo toda la culpabilidad. Y si son de felicidad, si que no duermas es porque nos amamos a todas la horas, las doy por bien empleadas. Tú eres la más bella del mundo, la más bella…

—Más te vale, porque como yo te pille en un renuncio te lo corto —le amenacé.

—¿El rollo? Puedes estar bien tranquila, en lo último en lo que pienso en el mundo es en ponerte los cuerno —me confesó.

—Genial, porque yo no me refería al rollo, sino al pito —le aclaré.

Él negaba con la cabeza, se reía mucho con todas mis ocurrencias. Nos montamos en el coche y ese día habí sorpresa, porque llegamos a una zona de donde salía un ferry en el que muchos turistas se estaban montando, s bien un precioso barco a motor nos esperaba para llevarnos.

—¿Me haces el honor de subir a bordo? —me preguntó y yo, emocionada, afirmé con la cabeza mientras m apresuraba a subir, porque la idea me encantó.

—¿Dónde se supone que vamos? —le pregunté porque no recordaba en absoluto haber navegado con mi padr cuando estuvimos allí, tantos años atrás.

—Vamos a las islas de Toronto, te van a gustar, o eso creo…

—Seguro que sí, porque tú sabes muy bien qué cosas me gustan —le comenté por lo bajini para que no s

enterase el hombre que vino a recogernos en el barco.

Había botes también a nuestro alrededor, así como un tipo de medio de transporte que llamó mi atención y qu no era otro que el taxi acuático.

Nos estuvimos moviendo por las islas, abrazados y con él explicándome las peculiaridades de cada una d ellas.

—Si te apetece, podríamos visitar la isla central—me ofreció.

A mí me daba lo mismo un tipo de turismo que otro, aunque había de reconocer que ese era muy agradable más en una época del año en el que las temperaturas todavía invitaban a disfrutar del aire libre.

En efecto, bajamos en la isla central, la que cuenta con mayor atractivo para el visitante.

—¿Un paseo en bicicleta? —me ofreció.

—Me vas a dar en el cantito del gusto, porque me encanta montar en bici, pero ¿los ricos también montáis? — le pregunté burlona.

—No, los ricos hacemos como que pedaleamos, pero lo hace otro por nosotros…

—Ya. Mira, me imagino a ti y a mí en un tándem de esos como los que salen en la peli de Barbie camino d e*Barbieland*.

—Yo es que la peli no la he visto —me dijo con retintín.

o —Pues yo fui a verla con Ylenia el día del estreno. Mi hermana preparó el *outfit* de las dos, ya te lo puede imaginar, con nuestros tops y nuestras faldas cortitas en rosa pastel.

a —Por el amor del cielo, necesito evidencias gráficas de ese día —me pedía él mientras yo las buscaba y se la enseñaba. Se partió en dos de la risa, y eso que no podíamos ir más monas e ideales ambas. Con Ylenia me lo pas e genial durante el pase.

—Que sepas y entiendas que tú eres mucho más guapa que Barbie —me dijo.

o —Ya, y no es pasión de novio ni nada… Bueno, tú también me pareces más guapo que Ken, y mucho má interesante, que a ti no te veo dándote un bofetón como se dio el actor, lo que me pude reír en esa escena.

—¿Se pegó? Igual fue porque perdió a Barbie, pobrecillo. Si te soy sincero, a mí tampoco me faltaron ganas d pegarme después de comprobar que te había perdido.

—¿Y lo hiciste? —le pregunté extrañada.

—No, comencé a practicar boxeo, que es más práctico —sonrió.

—Ya, tenías ganas de pegarte, pero desbravabas pegándole a otro…

—También yo me llevé lo mío más de una vez, a ver si te crees que cuando boxeas no encajas golpes.

—Ya, debe ser algo similar a la vida; das, te dan…

e —¿Defines la vida o una peli porno? —me preguntaba entre risas.

y —Venga, busca esa bicicleta que hoy vas a saber lo que es sudar la gota gorda…

—¿Montar? ¿Sudar la gota gorda? ¿Tú en qué estás pensando? —reía divertido.

l, Las islas de Toronto son mucho más que un parque, constituyen el pulmón de la ciudad y un pintoresco luga e en el que perderse, como pude comprobar ese día. A mí es que me encantaba vivir experiencias nuevas con él.

No fue un tándem lo que pudimos alquilar, pero sí un par de bicicletas con las que más de una vez le reté ; seguirme.

La isla central despertó mi expectación, lo confieso, pues hasta un parque de atracciones tenía, así como playa s con zonas habilitadas para el baño.

Muchas familias disfrutaban de ella, en la cual había igualmente una zona de barbacoas en las que alguno aprovechaban para llevarse comida que preparar, ahorrándose la cuenta de los restaurantes que también poblaba s la isla, pero que sin duda resultarían más caros.

—Tú debes flipar con que la gente haga ese tipo de cosas, ¿no? —me burlaba.

—¿Tú crees que yo he vivido en una burbuja? —me preguntó abrazándome en un ratito que bajamos de la a bicis.

i —Un poco sí, reconócelo…

—No, nunca he considerado que ser rico sea lo normal… Lo normal es eso, lo normal es tener que controla e los gastos familiares, tener dificultades para llegar a fin de mes… El resto es todo un privilegio, soy consciente Pero tú lo dices como si vosotros hubierais vivido en una ciénaga rodeadas de podredumbre, cuando siempr e habéis estado rodeadas también de lo mejor —me recordó.

—Ya, si por eso bromeo, porque ahora estoy en la otra parte. Ya sabes que mi padre no nos dejó más que u coche, y encantadas de haber podido evitar que se lo llevaran también, porque no nos quedamos sin bragas d e milagro…

—A mí me gusta cuando no llevas bragas —me contestó sugerente.

—No, si suena hasta bien. Lo complicado es vivirlo, Derek, ver cómo te vas quedando sin nada, tener qu embalar tus cosas y sacarlas de tu casa… Algunas veces le odio —le confesé respecto a mi padre.

—No puedes vivir con odio en el corazón —me aconsejó él.

—Ya, antes te odiaba a ti y ahora que te quiero…ahora le odio a él. Me da igual que me dejara con lo puesto te lo prometo, pero no a Ylenia. Mi hermana no se lo merece.

—Ni a tu hermana ni a ti os faltará jamás nada, te lo prometo. No mientras yo pueda evitarlo, el dinero no no faltará a ninguno. Aparte de que te recuerdo que esa niña se va a convertir en una campeona…

—Pocas veces la he visto tan feliz como cuando le regalaste a Pegaso. Solo por ese gesto debía saber qu habías cambiado.

—No es que cambiase, es que el Derek que un día te dejó ir no era yo. Perdóname, preciosa —me pidió.

—No tengo nada que perdonarte, ya pasó. Cuando me di cuenta de que igual podría llegar a pasar por alto l sucedido, imaginé que, como mínimo, tardaría siglos. Y mira, solo han pasado unos meses y no hay rastro de odi en mi corazón, no hacia ti…

—Ni tampoco debe haberlo para nadie. Todo lo ocurrido nos ha llevado a vivir cuanto vivimos en est momento… En este momento que es el mejor de mi vida, ¿también de la tuya? —me preguntó.

—También de la mía, cariño —le confesé mientras saltaba sobre él, envolviéndole con mis piernas, y tirándol al suelo.

Miré hacia un lado y hacia otro, y vi que no había absolutamente nadie por allí. Me molaba hacerlo con él e sitios así, me daba morbo, y sabía que a él más.

Comencé a moverme para él, intuyendo primero su virilidad y luego notándola a lo grande en esos labio vaginales de los que apenas le separaban unos centímetros de tela.

Derek me desnudó de cintura para abajo, y lo mismo hizo con su propio cuerpo. Sensual, me refregab mientras él me pellizcaba el trasero en el cual recibí una primera nalgada que me puso en órbita.

Cada vez había mayor complicidad entre nosotros en el sexo, igual que en el resto de los ámbitos. Le volví loco que contonease mis caderas para él mientras entraba en mí. Todo lo que vivía con Derek en la intimidad er puro fuego y, si encima teníamos, como en esa ocasión, al astro rey sobre nosotros, cierto que sudaríamos la got gorda.

Nos lo pasamos sensacional, teniendo que escondernos en más de un momento en el que otros turistas, a pasar, amenazaban con hacernos terminar un acto sexual que nos llevó al delirio, pudiendo concluirlo.

Después terminamos el uno al lado de la otra, sonrientes y abrazados. Esos abrazos que me daba a todas la horas valían oro, como todo lo que me regalaba el hombre con el que estaba pasando unos días inolvidables: lo primeros que disfrutábamos totalmente a solas, afianzando cada vez más nuestra bonita relación.

De vuelta al ático concluí que habíamos vivido un nuevo día espectacular, como todos los que pasábamo rjuntos. Yo derrochaba entusiasmo en una noche preciosa, en una más de esas en las que comprobaba que todo l anterior quedaba ya muy lejos, que nuestro presente era sensacional y que ese futuro que estaba por venir lo sería todavía más.

Un nuevo masaje, esa vez en mi espalda y sobre la enorme cama balinesa de la terraza del ático, nos llevó un svez más a la fusión de esos cuerpos candentes que se producía cuando Derek entraba en mí y yo… Yo me sentí la más lujuriosa de todas las mujeres.

—A mí me gusta cuando no llevas bragas —me contestó sugerente.

—No, si suena hasta bien. Lo complicado es vivirlo, Derek, ver cómo te vas quedando sin nada, tener que embalar tus cosas y sacarlas de tu casa… Algunas veces le odio —le confesé respecto a mi padre.

—No puedes vivir con odio en el corazón —me aconsejó él.

—Ya, antes te odiaba a ti y ahora que te quiero…ahora le odio a él. Me da igual que me dejara con lo puesto, te lo prometo, pero no a Ylenia. Mi hermana no se lo merece.

—Ni a tu hermana ni a ti os faltará jamás nada, te lo prometo. No mientras yo pueda evitarlo, el dinero no nos faltará a ninguno. Aparte de que te recuerdo que esa niña se va a convertir en una campeona…

—Pocas veces la he visto tan feliz como cuando le regalaste a Pegaso. Solo por ese gesto debía saber que habías cambiado.

—No es que cambiase, es que el Derek que un día te dejó ir no era yo. Perdóname, preciosa —me pidió.

—No tengo nada que perdonarte, ya pasó. Cuando me di cuenta de que igual podría llegar a pasar por alto lo sucedido, imaginé que, como mínimo, tardaría siglos. Y mira, solo han pasado unos meses y no hay rastro de odio en mi corazón, no hacia ti…

—Ni tampoco debe haberlo para nadie. Todo lo ocurrido nos ha llevado a vivir cuanto vivimos en este momento… En este momento que es el mejor de mi vida, ¿también de la tuya? —me preguntó.

—También de la mía, cariño —le confesé mientras saltaba sobre él, envolviéndole con mis piernas, y tirándole al suelo.

Miré hacia un lado y hacia otro, y vi que no había absolutamente nadie por allí. Me molaba hacerlo con él en sitios así, me daba morbo, y sabía que a él más.

Comencé a moverme para él, intuyendo primero su virilidad y luego notándola a lo grande en esos labios vaginales de los que apenas le separaban unos centímetros de tela.

Derek me desnudó de cintura para abajo, y lo mismo hizo con su propio cuerpo. Sensual, me refregaba mientras él me pellizcaba el trasero en el cual recibí una primera nalgada que me puso en órbita.

Cada vez había mayor complicidad entre nosotros en el sexo, igual que en el resto de los ámbitos. Le volvía loco que contonease mis caderas para él mientras entraba en mí. Todo lo que vivía con Derek en la intimidad era puro fuego y, si encima teníamos, como en esa ocasión, al astro rey sobre nosotros, cierto que sudaríamos la gota gorda.

Nos lo pasamos sensacional, teniendo que escondernos en más de un momento en el que otros turistas, al pasar, amenazaban con hacernos terminar un acto sexual que nos llevó al delirio, pudiendo concluirlo.

Después terminamos el uno al lado de la otra, sonrientes y abrazados. Esos abrazos que me daba a todas las horas valían oro, como todo lo que me regalaba el hombre con el que estaba pasando unos días inolvidables: los primeros que disfrutábamos totalmente a solas, afianzando cada vez más nuestra bonita relación.

De vuelta al ático concluí que habíamos vivido un nuevo día espectacular, como todos los que pasábamos juntos. Yo derrochaba entusiasmo en una noche preciosa, en una más de esas en las que comprobaba que todo lo anterior quedaba ya muy lejos, que nuestro presente era sensacional y que ese futuro que estaba por venir lo sería todavía más.

Un nuevo masaje, esa vez en mi espalda y sobre la enorme cama balinesa de la terraza del ático, nos llevó una vez más a la fusión de esos cuerpos candentes que se producía cuando Derek entraba en mí y yo… Yo me sentía la más lujuriosa de todas las mujeres.

Capítulo 16



El domingo sería nuestro último día en Toronto. El lunes nos iríamos para casa, para el rancho, con l intención de continuar con nuestra vida y con el entrenamiento de Ylenia, quien seguramente ya hubies descansado lo suficiente para que su musculatura estuviera en forma…

—O no haya descansado, pero sí se haya relajado —me recordaba él.

—Cállate, por lo que más quieras, que me pones enferma cada vez que sugieres una cosa así —le pedía yo.

—Lo que más quiero eres tú, ¿eso te queda claro?

—Pues entonces no me hagas rabiar así, ¿eso te queda claro a ti? —le preguntaba yo porque con el tema d Ylenia y Hayden me chinchaba tela. Si era normal, Ylenia había pasado *De niña a mujer* como cantaría Juli Iglesias, pero es que a mí me costaba hacerme a la idea de ciertas cosas.

El día lucía fabuloso y él tenía una sonrisa en los labios de esas que denotan sorpresa.

—¿Dónde vamos a ir hoy? ¿O es que nos quedamos en el ático? —le pregunté.

—No, el ático siempre estará aquí, pero hay algo que quiero que veas conmigo, hay cosas que deseo que se conmigo con quien las disfrutes por primera vez.

—¿No me digas? Porque yo te entregué una cosita en su día, pero tú… Tú ya habías dado más vueltas que u volador por las camas de unas y otras —reí.

—Eso es porque te llevo unos añitos, aunque ahora estoy tirando piedras sobre mi propio tejado, espero que n me veas mayor.

—¿Mayor? Tú has madurado como el vino. Verás, cuando recibí tu invitación de boda y no tuve más remedi que aceptarla deseé con todas mis fuerzas que estuvieras feo, barrigón, calvo y desdentado, entre otras cosas…

—Joder, cariño, mejor podrías haberme deseado que me arrollase el tren —se carcajeó.

—Ah, y también te deseaba que estuvieses decrépito, pero luego te vi y supe que iba a ser que no—reí.

—Pues me alegro, porque vaya, los vellitos de punta me has puesto —me enseñó su brazo.

—No, cuando te vi pensé que estabas todavía más guapo que años atrás, y mira que eso era difícil. Como si l hubieras vendido tu alma al diablo o hubieras encontrado la pócima de la eterna juventud.

—Me gusta que me veas así, ven aquí. Yo solo le habría vendido mi alma al diablo para que tú volviera ¿sabes? —me comentó mientras me ponía a horcajadas sobre él y tuvimos que parar porque si no, no quedábamos en casa, y tanto que nos quedábamos.

Salimos al rato y el destino, de momento, era secreto por su parte. Obvio que, por mucho dinero que tuviese, l que no podría sería ir tapando los carteles de la carretera.

—¡A las Cataratas del Niágara! ¡Vamos a las Cataratas del Niágara! —le chillé yo cuando vi la primer indicación, y me volví loca de alegría.

Él sabía lo mucho que me gustaba el agua, lo mucho que la disfrutábamos en el rancho. Y ver semejant maravilla de la naturaleza, que multiplicaría por mil la que teníamos en nuestros terrenos era un regalo no com cualquier otro, sino mucho mayor aún.

El camino transcurrió de lo más alegre, porque mi entusiasmo crecía conforme nos íbamos acercando a ellas.

—Mis padres me enseñaron a amarlas de niño, era uno de sus destinos preferidos —me comentaba ilusionado al comprobar mi propia ilusión.

—Es que tú ya estabas predestinado a amar, tenías mucho amor para repartir, a la vista está —le saqué l lengua.

—¿Me vas a considerar un golfo toda la vida? —volteó los ojos.

—¡Pon la vista en la carretera, que soy muy joven para morir! —reí.

—Tú no morirás nunca, preciosa…

—No, claro que no. Eso quisiera yo, ser inmortal y que tú también lo fueses. Te llevarías lo tuyo y lo de tu prima durante siglos —me burlaba.

—Ojalá fuese así, pero lo digo porque la energía no se crea ni se destruye, la energía se transforma. Y tú eres pura energía…

—Energía vas a necesitar tú como no mires hacia delante y te concentres, que te veo particularmente distraída hoy —le decía mientras le sonreía, porque me estaba mirando de un modo que me hacía sentir genial, pese a que me quejase.

Él ya me había advertido que me quedaría boquiabierta cuando llegásemos y yo así lo suponía. Lo cierto es que me puse hasta nerviosa, porque la naturaleza también me fascinaba y ver un espectáculo natural como aquel y disfrutarlo en la mejor compañía no es algo que suceda todos los días.

—Vas a ver lo que es bueno y, además, desde el lado canadiense, porque hay distintas teorías al respecto —me contaba—. Verás, hay a quienes les gusta más ver las cataratas desde el lado estadounidense, pero para mí no hay color, desde Canadá es sublime, inmejorable, sobrecogedor…

Llegamos y para mi total regocijo, él me tenía preparada, cómo no, otra fantástica sorpresa.

—¿Vamos a subir en ese helicóptero? —le pregunté.

—Así es, preciosa. Sé que no tendrás miedo a hacerlo…

—¿Y eso por qué? —indagué entre intrigada y emocionada.

—Porque tú no le tienes miedo a nada, así que no tendrás inconveniente en que sea yo quien lo pilote —me guiñó el ojo.

Me quedé helada porque no sabía que él supiera pilotar helicópteros. Siempre lograba sorprenderme y como era habitual, de la forma más modesta posible, porque tampoco le dio la más mínima importancia a eso.

—Aprendí hace unos años y tranquila, que no compré el título, me lo gané —me decía mientras yo inspeccionaba ese curioso aparatejo que nos ofrecería la posibilidad de contemplar las cataratas desde una perspectiva única.

—Ok, ok.

—Venga, monta, no pierdas el tiempo —me pidió.

—Es que todavía no me lo puedo creer. Y menos que vaya a hacerlo contigo…

—Pues mira que ya lo hemos hecho veces, varias al día —se mofó.

—Sabes muy bien a lo que me estoy refiriendo. Lo sabes a la perfección…

Las Cataratas del Niágara son una joya natural enclavada en Canadá que nunca sospeché que vería por primera vez a vista de pájaro y en compañía de mi amado.

Nada más comenzar a sonar el motor del helicóptero, comprendí que estaba ante una de las grandes aventuras de mi vida, y no pude sentirme más dichosa.

Tamaña maravilla, que establece la frontera entre Estados Unidos y Canadá y que, además, sirve también de comunicación entre los Grandes Lagos, nos mostró desde las alturas esa forma de herradura que la caracteriza, a mismo tiempo que su bestial caudal de agua.

Era tanto lo que estábamos disfrutando que podría jurar que, incluso dentro de la cabina del helicóptero, era como si el agua pudiera salpicarnos, mientras Derek me miraba enamorado y yo…

—¡Ahora sí que tienes que mirar hacia delante! ¡Que nos la pegamos! —le chillaba nerviosa, porque estaba tan emocionada ante la magnificencia de la vista de aquel salto natural que hasta los ojos se me empañaban por alguna lagrimita que se empeñaba en salir. Mientras no se le empañaran a él que era quien debía pilotar, todo iría bien.

Por si fuera poco contemplar las famosas cataratas desde el aire, completamos el paseo aéreo ampliando el circuito.

—Ahora volaremos sobre la zona del Niagara on the Lake —me comentó y así lo hicimos, pudiendo observar igualmente desde una privilegiada perspectiva otra de esas zonas imperdibles que nuevamente me dejó ojiplática.

—¡Pon la vista en la carretera, que soy muy joven para morir! —reí.

—Tú no morirás nunca, preciosa…

—No, claro que no. Eso quisiera yo, ser inmortal y que tú también lo fueses. Te llevarías lo tuyo y lo de tu prima durante siglos —me burlaba.

—Ojalá fuese así, pero lo digo porque la energía no se crea ni se destruye, la energía se transforma. Y tú eres pura energía…

—Energía vas a necesitar tú como no mires hacia delante y te concentres, que te veo particularmente distraído hoy —le decía mientras le sonreía, porque me estaba mirando de un modo que me hacía sentir genial, pese a que me quejase.

Él ya me había advertido que me quedaría boquiabierta cuando llegásemos y yo así lo suponía. Lo cierto es que me puse hasta nerviosa, porque la naturaleza también me fascinaba y ver un espectáculo natural como aquel y disfrutarlo en la mejor compañía no es algo que suceda todos los días.

—Vas a ver lo que es bueno y, además, desde el lado canadiense, porque hay distintas teorías al respecto —me contaba—. Verás, hay a quienes les gusta más ver las cataratas desde el lado estadounidense, pero para mí no hay color, desde Canadá es sublime, inmejorable, sobrecogedor…

Llegamos y para mi total regocijo, él me tenía preparada, cómo no, otra fantástica sorpresa.

—¿Vamos a subir en ese helicóptero? —le pregunté.

—Así es, preciosa. Sé que no tendrás miedo a hacerlo…

—¿Y eso por qué? —indagué entre intrigada y emocionada.

—Porque tú no le tienes miedo a nada, así que no tendrás inconveniente en que sea yo quien lo pilote —me guiñó el ojo.

Me quedé helada porque no sabía que él supiera pilotar helicópteros. Siempre lograba sorprenderme y, como era habitual, de la forma más modesta posible, porque tampoco le dio la más mínima importancia a eso.

—Aprendí hace unos años y tranquila, que no compré el título, me lo gané —me decía mientras yo inspeccionaba ese curioso aparatejo que nos ofrecería la posibilidad de contemplar las cataratas desde una perspectiva única.

—Ok, ok.

—Venga, monta, no pierdas el tiempo —me pidió.

—Es que todavía no me lo puedo creer. Y menos que vaya a hacerlo contigo…

—Pues mira que ya lo hemos hecho veces, varias al día —se mofó.

—Sabes muy bien a lo que me estoy refiriendo. Lo sabes a la perfección…

Las Cataratas del Niágara son una joya natural enclavada en Canadá que nunca sospeché que vería por primera vez a vista de pájaro y en compañía de mi amado.

Nada más comenzar a sonar el motor del helicóptero, comprendí que estaba ante una de las grandes aventuras de mi vida, y no pude sentirme más dichosa.

Tamaña maravilla, que establece la frontera entre Estados Unidos y Canadá y que, además, sirve también de comunicación entre los Grandes Lagos, nos mostró desde las alturas esa forma de herradura que la caracteriza, al mismo tiempo que su bestial caudal de agua.

Era tanto lo que estábamos disfrutando que podría jurar que, incluso dentro de la cabina del helicóptero, era como si el agua pudiera salpicarnos, mientras Derek me miraba enamorado y yo…

—¡Ahora sí que tienes que mirar hacia delante! ¡Que nos la pegamos! —le chillaba nerviosa, porque estaba tan emocionada ante la magnificencia de la vista de aquel salto natural que hasta los ojos se me empañaban por alguna lagrimita que se empeñaba en salir. Mientras no se le empañaran a él que era quien debía pilotar, todo iría bien.

Por si fuera poco contemplar las famosas cataratas desde el aire, completamos el paseo aéreo ampliando el circuito.

—Ahora volaremos sobre la zona del Niagara on the Lake —me comentó y así lo hicimos, pudiendo observar igualmente desde una privilegiada perspectiva otra de esas zonas imperdibles que nuevamente me dejó ojiplática.

Capítulo 17



A la ciudad en sí acudimos un rato más tarde, ya en coche, cuando la aventura en helicóptero concluyó con u beso de cine a Derek por mi parte, como expresión de lo mucho que había disfrutado de un viaje aéreo de esos qu no olvidaría en la vida.

La ciudad se ubica en el sur de Ontario, allí donde el río Niágara desemboca en el lago Ontario. Es conocid por su evidente hermosura y por la mucha historia que esconden sus calles.

—Hay impresionantes bodegas aquí, te llevaré a la de mi amigo Sam —me ofreció porque era hora de proba un buen vino, y después de almorzar, algo que haríamos más tarde de lo habitual, debido también a lo distinto d la mañana, que no podía haber estado más cargadita de emociones.

Sam resultó ser amigo de Derek de toda la vida. Sus padres también lo habían sido, y les visitaron en mucha ocasiones en el rancho cuando ellos eran niños. Por esa razón, mantenían una estrecha amistad.

—Ella es Tiffany, amigo —me presentó con enorme alegría, aunque lo que más me llamó la atención fue l reacción de su amigo.

—¿Tu Tiffany? ¿La Tiffany de la que me has hablado toda la vida? ¿Al final la conseguiste? —le preguntó.

Me enorgulleció mucho su reacción porque eso me daba a entender que Derek no me mentía, que sí que fu importante para él durante aquellos años en los que no estuve en su vida, pero en la que le habló a los suyos de mí

—Justo ella, ¿puedes creerlo? —me estrechó entre sus brazos.

—Pues no mucho, la verdad. Cielos, si esa historia no parecía tener ningún tipo de solución.

—Todo la tiene excepto la muerte, amigo, todo…

Me ponía mucho la seguridad de Derek, eso de que cada vez que hablase pareciese que sentase cátedra. M ponía tanto que me cogí feliz a su brazo, presta a recorrer las bodegas mientras su anfitrión, orgulloso, no enseñaba hasta dónde llegaban.

—Que no te engañen, los mejores vinos de la zona salen de esta bodega —me indicó—, mientras me explicab que eran ya varias generaciones de su familia las que se habían dedicado al cultivo de los más selectos caldos hasta que por fin llegaron a sus manos.

Las bodegas eran realmente magnificas y lo que más me gustó de todo fue cuando, tras darnos a probar el vin más exquisito de la casa, Sam nos invitó a una cata y a un picnic frente al lago, en un escenario realmente idílico.

—¿Vino blanco o tinto para la comida? —me preguntó con la intención de que degustara, de entre ellos, lo mejores que pudiera ofrecernos.

—Los que tú nos aconsejes estarán geniales, yo es que me pierdo en esta vista —le comenté mirando al lag mientras Sam se marchaba a dar las pertinentes instrucciones para nuestro almuerzo.

—En ningún momento se me había ocurrido que fuésemos a almorzar en un sitio tan espléndido como este con tales vistas —le indiqué a Derek, poco después, mientras le besaba porque se había empeñado en hacer m vida más bonita y colorida cada día, como mostraba el contraste entre el azul de las aguas y el verde de lo viñedos bajo aquel fastuoso mirador de madera blanca que nos ponía a salvo de los rigores de los últimos rayo del sol de la temporada estival.

Riquísimas ensaladas, sabrosos sándwiches, postres de esos de vicio y varias copas de vino de las que Derek simplemente probaba por tener que conducir luego, mientras que yo me las terminaba, constituyeron un picnic qu fue uno más de los regalos improvisados de un viaje inolvidable que estaba siendo increíble desde su prime minuto hasta el último.

Finalmente, nos despedimos de Sam y entonces nos marchamos a recorrer durante la tarde la ciudad, esa de l

que ya di antes algunas pinceladas y que era verdaderamente pintoresca.

Si algo me llamó la atención de ella fue el mucho esmero que ponían sus habitantes en que sus edificio lucieran impecables, así como el aire romántico que se desprendía de cada uno de sus rincones.

Yo, que me sentía especialmente sensible en aquellos días en los que volvía a comprobar la dulzura del amo me maravillaba con cada uno de sus detalles, entendiendo que se trataba de un lugar realmente único y con un air muy distinto al de una gran capital.

Su arquitectura, con edificios de pocas alturas terminados en buhardillas, poco tenía que ver con los rascacielo de Toronto, En aquel lugar, lejos de la capital financiera, la agricultura era la reina, lo que se dejaba ver en l oferta de las tiendas de alimentación y fruterías, en cuyos escaparates te quedabas pegado.

—No en vano, estas gentes se enorgullecen de que lo que producen sus campos es lo más delicioso de toda l península del Niágara. Muchas de las personas que ves proceden de largas sagas de agricultores, algunas de la cuales, como la familia de Sam, han contado con el privilegio de producir la uva de calidad superior que da lugar los vinos de renombre.

Derek no era un millonario al uso de esos que viven de las rentas y que no aprecian el esfuerzo. Todo l contrario, le gustaba reconocerlo en las personas y más si eran sus amigos, como Sam, con quien parecía unirl una bonita relación.

Poco a poco, yo iba conociendo a más gente de su entorno, y eso me gustaba. Cuando amas a alguien, tambié ansias conocer sus orígenes, sus raíces y su entorno, y él me iba introduciendo poco a poco en el suyo.

En una de las tiendas por las que pasamos, encontré una preciosa estatuilla de un potro mamando de un yegua, era de bronce y como digo, me cautivó.

—Qué cosa más bonita, me encantaría llevársela a Ylenia —le comenté.

Antes de que terminase de decírselo, ya estaba en el interior de la tienda y yo tras él. La pidió para regalo y s empeñó en que nos llevásemos alguna otra cosa para el rancho.

—Quiero que lo vayamos poniendo también a tu gusto. Si vas a vivir allí, y deseo más que ninguna otra cos en el mundo que así sea, lo lógico es que intervengas en la decoración. Es más, ¡ponlo todo como te dé la gana!

Recordé que, al llegar al rancho meses atrás, me resultó llamativo que Kate no hubiese cambiado nada. A mí s que me apetecía poner mi granito de arena. Entonces me fijé en un precioso lienzo, no demasiado grande, per firmado por un pintor que resultó ser el hijo del dueño de la tienda. Las Cataratas del Niágara estaban plasmada en él que parecían salpicar, y no dudé en que era digno de estar en nuestro rancho, como un recuerdo más de aque improvisado y maravilloso viaje.

—Mi hijo ama las Cataratas del Niágara como a su propia vida. Ha crecido con ellas y las plasma de mu diversas maneras en sus lienzos, todas ellas desde distintos prismas, pero todas sublimes, aunque igual piensa que es pasión de padre —nos comentó el hombre.

—No lo es, pero si lo fuera, para eso es su hijo, ¡qué leñe!

Una vez más pude intuir que Derek sería un gran padre, ya que parecía que todo lo que tuviese que ver co serlo le emocionaba. Y a mí eso me ponía muy contenta.

—A Ylenia le va a encantar la figura, muchas gracias —di un saltito y le besé en la mejilla, mientras él l portaba en un brazo y debajo del otro llevaba envuelto el lienzo.

—Es una figura preciosa, me recuerda a Nevado y a su madre —hizo alusión al potrillo y a su fallecida madre y le noté ponerse triste.

Derek era un hombre sensible que, por lo que yo iba viendo, sabía amar tanto a las personas como a lo animales, y eso era algo que también me llenaba mucho de él.

Por fin nos fuimos al coche tras un día plagado de emociones y nos dirigimos al ático de Toronto.

—Te llevo un regalo muy bonito, feíta —le dije a mi hermana entre bromas, porque para mí no la había má bonita.

—El mejor es que vuelvas —me dijo con zalamería.

—Buen intento, pero no cuela, seguro que has estado mucho más a gusto sin mí.

—¿Sin un agente insigne del FBI merodeando por la casa? Qué va, qué va…

—¿Así me ves? Me encanta protegerte, ya lo sabes…

—Ya lo sé, cariño, ya lo sé. Y pese a todo, sí, te he echado de menos.

—Ya mañana llegamos al rancho. Ten en cuenta que pasado comenzamos a entrenar.

—Ya, y ahí me las darás todas juntas, lo veo venir. Mejor cállate…

—Si a ti te gusta que te dé caña, petardita mía, no te quejes…

—Pues también es verdad. Y otra cosa, también me gusta que me cuides, mi agente del FBI.

—Agente del FBI te voy a dar yo a ti. Te quiero, mi niña.

—Te quiero, Tiffany, ¿sabes? Nunca te lo he dicho, pero eres medio hermana y medio madre para mí.

Yo así lo había sentido desde el día que vino al mundo, aunque no lo verbalizase. Pero escucharlo de sus labios, me emocionó muchísimo, me encantó, me dejó con una sonrisa que no se me borraba cuando colgué la llamada que había realizado desde el coche.

—Se te cae la baba con ella, no hace falta que lo digas.

—Es que veo que está madurando, desde que está en el rancho está madurando. Y me ha dicho algo que me ha allegado al alma, me ha dicho que no solo me considera una hermana, sino también una madre.

—Eso es muy grande, y lo has conseguido tú, pequeña…

—Tampoco soy pequeña, aunque no sea tan grande como tú —resoplé y mi flequillo saltó por los aires.

—Por dentro eres mucho más grande. De hecho, por dentro eres el ser humano más grande que conozco —me aindicó.

—No, si entre todos os habéis empeñado en que hoy me salga la lagrimita. Ya lo verás…

Nuestra última noche en el ático y volvíamos al rancho. La aprovechamos en la terraza, donde ambos epreparamos la cena y luego nos tumbamos en la cama balinesa mientras él me hacía cosquillas y yo le daba coces porque me ponía tan nerviosa que actuaba como una mula. Pero como a él le gustaban todos los animales, pues neso… que suponía que también mis coces le gustarían.

—Agente del FBI te voy a dar yo a ti. Te quiero, mi niña.

—Te quiero, Tiffany, ¿sabes? Nunca te lo he dicho, pero eres medio hermana y medio madre para mí.

Yo así lo había sentido desde el día que vino al mundo, aunque no lo verbalizase. Pero escucharlo de sus labios me emocionó muchísimo, me encantó, me dejó con una sonrisa que no se me borraba cuando colgué la llamada, que había realizado desde el coche.

—Se te cae la baba con ella, no hace falta que lo digas.

—Es que veo que está madurando, desde que está en el rancho está madurando. Y me ha dicho algo que me ha llegado al alma, me ha dicho que no solo me considera una hermana, sino también una madre.

—Eso es muy grande, y lo has conseguido tú, pequeña…

—Tampoco soy pequeña, aunque no sea tan grande como tú —resoplé y mi flequillo saltó por los aires.

—Por dentro eres mucho más grande. De hecho, por dentro eres el ser humano más grande que conozco —me indicó.

—No, si entre todos os habéis empeñado en que hoy me salga la lagrimita. Ya lo verás…

Nuestra última noche en el ático y volvíamos al rancho. La aprovechamos en la terraza, donde ambos preparamos la cena y luego nos tumbamos en la cama balinesa mientras él me hacía cosquillas y yo le daba coces, porque me ponía tan nerviosa que actuaba como una mula. Pero como a él le gustaban todos los animales, pues eso… que suponía que también mis coces le gustarían.

Capítulo 18



De vuelta a casa y salí corriendo para ver a mi hermana. Yo gritaba su nombre mientras avanzaba hacia e interior cuando escuché un llanto procedente de la cocina; era de ella.

Molly la consolaba mientras le daba a beber algún tipo de infusión relajante, aunque Ylenia no podía parar d llorar. Hayden, con cara de muerto viviente, nos miró.

—Lo siento mucho, no ha querido que os llamase porque decía que os mataríais corriendo por la carretera —s excusó.

—Y porque al fin y al cabo no ha sucedido nada. Todo ha quedado en un susto, pero qué susto —sollozaba ell mientras venía hacia mí.

Nunca le había visto los ojos tan rojos a Ylenia. Debía llevar horas llorando y no pude reprimir tampoco e llanto al verla así.

—¿Qué ha pasado, Hayden? —le preguntó con voz grave Derek, entendiendo que no debía ser ninguna broma

—Ella… Verás, sé que yo no debía, pero estaba en su dormitorio, me he quedado en él estas noches —no confirmó lo que era un secreto a voces…

—No os enfadéis, ¿vale? —nos pidió Ylenia sin poder dejar de llorar, partiéndome el alma.

—Eso era de suponer, mi niña, pero ¿qué más ha ocurrido?

—Es que yo me levanté. Me levanté a tomar un vaso de agua y entonces…—no pudo proseguir, el llanto s apoderó de ella.

—¿Qué pasó entonces, mi vida? Tienes que contármelo —le pedí.

—Alguien ha entrado en la casa esta noche. Ylenia se levantó justo antes del amanecer y la asaltó en l oscuridad. Suerte que Kevin llegaba muy temprano porque hay una vaca que dejó anoche a punto de parir y se fu muy tarde… tan solo ha descansado unas horas y ha vuelto, encontrándose el percal.

—¿Dónde está Kevin? ¿Qué es lo que ha pasado?

—Está con la vaca, que acaba de parir. Suerte que llegó y escuchó los gritos de Ylenia. Yo nunca me lo voy perdonar, porque anoche bebimos un poco y cuando bebo duermo demasiado profundo, lo siento, no oí nada, n oí nada —nos pidió perdón Hayden sin poder reprimir las lágrimas.

—¿Qué te han hecho? ¿Qué te han hecho? —le preguntaba yo.

—Yo solo vi una sombra en la oscuridad y sentí un golpe, me quedé inconsciente —me contaba Yleni sollozando—. Lo siguiente que recuerdo era que Kevin me despertaba. Él entró veloz por una de las ventanas, l cual partió, e intentó agarrar a ese animal, quien salió volando por la misma ventana. Si no llega a ser por Kevi no sé lo que me hubiera hecho, él mismo me lo contó todo, porque yo es que tras el golpe no recuerdo nada.

Me sentí morir. La primera vez que la dejaba sola y habían estado a punto de hacerle… ¿y si se lo habían hecho? Mis temores iban en aumento en cuestión de minutos. Yo me encontraba cada vez peor, con taquicardias sudores fríos.

—Tenemos que llevarla a un médico, Derek, ha estado inconsciente —le pedí y él entendió la gravedad de asunto lo mismo que yo.

—Por supuesto. Y nos llevaremos a Kevin con nosotros…

—Está con la vaca y el ternero, pero voy a llamarle —nos comentó Hayden.

Kevin no tardó en llegar con él. Traía sangre en los brazos, si bien no se trataba de sangre humana, sino la de parto que acababa de atender.

—Derek, hice todo lo que pude, pero el tipo se escapó. El maldito salió corriendo y yo preferí quedarme co

Ylenia, quien yacía inconsciente. Acababa de escuchar sus gritos, pero ya en ese momento no podía pronuncia palabra y tenía los ojos cerrados, él la había golpeado al gritar…

—Hiciste muy bien, gracias por socorrerla.

—Quise llevarla al hospital, pero es testaruda. Aparte, la vaca no podía aguantar más, tenía un lío de mi demonios y ella solo quería esperaros a vosotros.

—No tienes que disculparte más, ¿podrás ayudar a la policía a hacer un retrato robot de ese tío?

—Apenas pude verle en la oscuridad. Estatura media, pelo oscuro en el cogote, no le vi la cara. Ojalá pudies ayudar más.

Separé a Derek del resto y en ese momento le consulté una duda que también pasó por su cabeza.

—¿David? ¿Puede haber sido él? Está libre a la espera de juicio y prometió venganza. Fuiste tú quien l dejaste en evidencia y quien propiciaste su detención, y él puede haber venido al rancho. Incluso puede qu estuviera al tanto de que no estábamos aquí y quiso atacar a Ylenia, a quien también considera culpable de l actitud de Ava, porque piensa que ha hablado en contra de sus intereses.

—Ese maldito puede que sea el candidato perfecto para haber perpetrado esta fechoría. Joder, si no llega a se por Kevin —le miró—. Estoy en deuda con este hombre…

Kevin me miró desde el otro lado de la cocina. Yo, que ya sentía cierta lástima por ver las ganas con las que s había quedado de mí, también estaba en deuda con él, y más que nadie.

De todos modos, y aunque parecía haber llegado a tiempo para evitar males mayores, no me quedaría e absoluto tranquila hasta que a Ylenia no la viera un médico, de modo que nos trasladamos a la clínica privada e la que siempre atendían a Derek, y en la que nos dieron un trato de preferencia.

Por el camino, Ylenia no podía parar de llorar mientras Hayden, que se sentía extremadamente culpable, l abrazaba. Yo me ponía en los zapatos del chaval y suponía lo mal que lo estaba pasando, de modo que l compadecía.

Lo último que hubiese querido en el mundo era estar en su pellejo. Llegamos a la clínica y me permitiero entrar con ella a la hora de la exploración, cosa que agradecí al cielo.

—No hay ningún síntoma de agresión sexual. Por suerte, quien quiera que detuviera el ataque, llegó a tiemp —me confirmó la médica, satisfecha. Si ella lo estaba, no digamos ya cómo estaba yo.

Lo primero que hice fue abrazar a mi niña, quien tampoco pudo ver al agresor y prácticamente no recordab nada. Después, salí y abracé a Derek.

—Todo ha quedado en un susto, mi amor. Por suerte no la han agredido sexualmente, si llegan a hacerlo… S llegan a hacerle algo malo, si llegan a abusar de ella… Yo me muero.

—Eso no ha pasado, cariño, y te prometo que no pasará…

—No puedes saberlo. Sé que pones todo su esfuerzo en protegernos, Derek, pero no eres Dios, solo eres u hombre y ha estado a punto de suceder una desgracia.

—No puedo tener ojos en todas partes, pero sí puedo ponerlos…

—No te entiendo.

—Voy a poner tanta seguridad en el rancho que parecerá la Casa Blanca, te lo prometo.

—¿Y David? ¿Qué vamos a hacer con él?

—Tengo contactos en la policía, déjalo de mi mano.

Ylenia, quien yacía inconsciente. Acababa de escuchar sus gritos, pero ya en ese momento no podía pronunciar palabra y tenía los ojos cerrados, él la había golpeado al gritar…

—Hiciste muy bien, gracias por socorrerla.

—Quise llevarla al hospital, pero es testaruda. Aparte, la vaca no podía aguantar más, tenía un lío de mil demonios y ella solo quería esperaros a vosotros.

—No tienes que disculparte más, ¿podrás ayudar a la policía a hacer un retrato robot de ese tío?

—Apenas pude verle en la oscuridad. Estatura media, pelo oscuro en el cogote, no le vi la cara. Ojalá pudiese ayudar más.

Separé a Derek del resto y en ese momento le consulté una duda que también pasó por su cabeza.

—¿David? ¿Puede haber sido él? Está libre a la espera de juicio y prometió venganza. Fuiste tú quien le dejaste en evidencia y quien propiciaste su detención, y él puede haber venido al rancho. Incluso puede que estuviera al tanto de que no estábamos aquí y quiso atacar a Ylenia, a quien también considera culpable de la actitud de Ava, porque piensa que ha hablado en contra de sus intereses.

—Ese maldito puede que sea el candidato perfecto para haber perpetrado esta fechoría. Joder, si no llega a ser por Kevin —le miró—. Estoy en deuda con este hombre…

Kevin me miró desde el otro lado de la cocina. Yo, que ya sentía cierta lástima por ver las ganas con las que se había quedado de mí, también estaba en deuda con él, y más que nadie.

De todos modos, y aunque parecía haber llegado a tiempo para evitar males mayores, no me quedaría en absoluto tranquila hasta que a Ylenia no la viera un médico, de modo que nos trasladamos a la clínica privada en la que siempre atendían a Derek, y en la que nos dieron un trato de preferencia.

Por el camino, Ylenia no podía parar de llorar mientras Hayden, que se sentía extremadamente culpable, la abrazaba. Yo me ponía en los zapatos del chaval y suponía lo mal que lo estaba pasando, de modo que le compadecía.

Lo último que hubiese querido en el mundo era estar en su pellejo. Llegamos a la clínica y me permitieron entrar con ella a la hora de la exploración, cosa que agradecí al cielo.

—No hay ningún síntoma de agresión sexual. Por suerte, quien quiera que detuviera el ataque, llegó a tiempo —me confirmó la médica, satisfecha. Si ella lo estaba, no digamos ya cómo estaba yo.

Lo primero que hice fue abrazar a mi niña, quien tampoco pudo ver al agresor y prácticamente no recordaba nada. Después, salí y abracé a Derek.

—Todo ha quedado en un susto, mi amor. Por suerte no la han agredido sexualmente, si llegan a hacerlo… Si llegan a hacerle algo malo, si llegan a abusar de ella… Yo me muero.

—Eso no ha pasado, cariño, y te prometo que no pasará…

—No puedes saberlo. Sé que pones todo su esfuerzo en protegernos, Derek, pero no eres Dios, solo eres un hombre y ha estado a punto de suceder una desgracia.

—No puedo tener ojos en todas partes, pero sí puedo ponerlos…

—No te entiendo.

—Voy a poner tanta seguridad en el rancho que parecerá la Casa Blanca, te lo prometo.

—¿Y David? ¿Qué vamos a hacer con él?

—Tengo contactos en la policía, déjalo de mi mano.

Capítulo 19



Un rato después, Derek nos dejó en el rancho con Hayden, mientras que él se marchó con Kevin a comisaría.

A veces las cosas no son justas, porque yo sabía que Kevin no se sentía demasiado a gusto con Derek, y fue a él a quien le tocó acompañarle y pasar varias horas juntos.

Ylenia se iba calmando poco a poco… El no recordar la ayudaba, pero el susto lo tenía grande en el cuerpo aparte del gran chichón en la cabeza, por el golpe, por la caída, al saber… Tampoco teníamos una clara reconstrucción de los hechos.

Si David había hecho eso, y yo tenía la corazonada de que así era, es que no solo era un degenerado, sino un depravado y un loco más que peligroso que ya era la segunda vez que atentaba contra una de las personas a la que yo más quería.

El problema, como todo en la vida, sería probarlo, porque la primera vez actuó ebrio y en un lugar público pero en aquella ocasión lo hizo en la intimidad del rancho con nocturnidad y alevosía, el muy criminal.

—Ahora lo más importante es que te pongas bien —le decía yo a Ylenia, pensando en que mi hermana había sido víctima de una agresión y que me moría solo de pensar que le pasara factura a nivel mental, que la dejara tocada del ala.

—No, no, yo mañana tengo que volver a entrenar. Si David ha hecho esto, a sabiendas de que lo que más me gusta en el mundo es subirme en un caballo, no se saldrá con la suya, no acabará con nosotras.

—Ya, pero lo más importante ahora es que te pongas bien, cariño.

—Y me pondré bien en cuanto compruebe que no se ha salido con la suya.

Recordé a Ylenia de bebé. Ella no era la típica criatura que cuando comenzaba a andar se asustaba al caerse. Por el contrario, cada vez que daba con sus posaderas en el suelo, se levantaba de golpe y comenzaba a caminar de nuevo, riéndose y dando palmitas.

Hay gestos que nos definen en la vida, y ese siempre fue uno de los que definió a mi hermana; su capacidad para sobreponerse a las desgracias. Es más, ella llegó al mundo envuelta en una de esas desgracias; la muerte de nuestra madre y, aun así, creció sana, fuerte y feliz.

Ningún desgraciado nos arrebataría la posibilidad de que ella se convirtiera en la campeona que iba a ser. La de David estaba comenzando a preocuparme mucho, porque yo no tenía duda de que el asalto había corrido de su maldita mano. Odiaba a ese tipejo con todo mi corazón, porque a cualquiera que quisiera hacerles daño a los míos de buena gana lo aniquilaría, pisándolo como si fuera un vil gusano.

Derek llegó con Kevin horas después. El gesto de ambos hombres denotaba el mismo abatimiento y lo que era peor, la total frustración.

—De momento no han podido localizarle. No hay nada que pruebe que ha estado aquí esta noche. Es normal no va a ser tan tonto de ir dejando pistas por el camino, pero ya le detendrán. La policía no es tonta, sabrán sacarle una confesión. David no es más que un niñato y cederá a la presión. Estaremos mucho más tranquilos cuando se encuentre entre rejas, pero mientras te garantizo que ni tu hermana ni tú estaréis en peligro —insistió en la idea.

—Tampoco quiero que lo estés tú —le abracé—. Porque se me está ocurriendo otra idea, ¿y si ha sido John? También lo dejaste sin trabajo. Sin pretenderlo, te has creado dos enemigos. Yo no había caído en eso hasta ahora, pero puede que estemos pensando en David y sea inocente, lo sea en esta ocasión.

—También lo he tenido en cuenta y hemos estado en ello.

—¿Ya lo habías pensado?

—Sí, desde el primer momento, pero no quería alarmarte más. El caso es que John no puede haber sido porqu

tiene una coartada; está a miles de kilómetros de aquí, es imposible.

—Vaya, pues entonces solo nos queda David, ¿o acaso tienes más enemigos?

—Que yo sepa no, cariño, que yo sepa no…

—Vale, perdona si te parezco un poco paranoica, y es que en realidad lo estoy, lo siento.

—No pasa nada, es normal que estés en todo. Tu hermana ha podido resultar dañada y vuestra seguridad e ahora de vital importancia para mí.

Me fui para el dormitorio de Ylenia, donde estaba en compañía de Hayden. Derek venía conmigo y le pregunt qué tal estaba.

—Mucho mejor, siento haberos alarmado de ese modo. Convence tú a mi hermana de que mañana tengo qu comenzar a entrenar. No falta tanto para la siguiente prueba y Pegaso ha de puntuar, y yo de montarle…

—¿A quién habrá salido tan testaruda esta niña? —le preguntaba yo.

—Eso digo yo, a quién habrá salido —reía él—. Sinceramente, yo creo que deberías esperar un poco más Ylenia —opinó.

—Hayden, te digo yo que dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición, Pero qu mañana entreno, entreno —insistía ella.

tiene una coartada; está a miles de kilómetros de aquí, es imposible.

—Vaya, pues entonces solo nos queda David, ¿o acaso tienes más enemigos?

—Que yo sepa no, cariño, que yo sepa no…

—Vale, perdona si te parezco un poco paranoica, y es que en realidad lo estoy, lo siento.

—No pasa nada, es normal que estés en todo. Tu hermana ha podido resultar dañada y vuestra seguridad es ahora de vital importancia para mí.

Me fui para el dormitorio de Ylenia, donde estaba en compañía de Hayden. Derek venía conmigo y le preguntó qué tal estaba.

—Mucho mejor, siento haberos alarmado de ese modo. Convence tú a mi hermana de que mañana tengo que comenzar a entrenar. No falta tanto para la siguiente prueba y Pegaso ha de puntuar, y yo de montarle…

—¿A quién habrá salido tan testaruda esta niña? —le preguntaba yo.

—Eso digo yo, a quién habrá salido —reía él—. Sinceramente, yo creo que deberías esperar un poco más, Ylenia —opinó.

—Hayden, te digo yo que dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición, Pero que mañana entreno, entreno —insistía ella.

Capítulo 20



A la mañana siguiente, ya estaba subida en el caballo…

Tras el susto inicial, Ylenia se encontraba mucho mejor, la que estaba mal era yo.

—Hermanita, vamos a dejarlo por hoy —le dije un par de horas después de que comenzase el entreno.

—¿Cómo? De eso nada. Tú me quieres dar coba y va a ser que no. Yo no sé quién me asaltaría ayer, lo que s sé es que no va a condicionar mi vida ni hoy ni mañana.

Lo de Ylenia era de traca porque mi hermana contaba con una fortaleza inusitada. Yo la admiraba mucho, y hasta cierto punto me sentía muy orgullosa de haber contribuido a que se convirtiese en la personita en la que s convirtió.

Siguió entrenando duro toda la mañana, así como la tarde, y el siguiente día, y el otro…

La semana fue trascurriendo en la nueva normalidad, que consistía en que la seguridad privada estaba present en la casa.

No puedo decir que fuera demasiado incómoda, ya que Derek había dado órdenes a aquellas personas a las qu contrató para que interfieran lo menos posible en nuestra vida, pero aun así nos teníamos que hacernos a la nuev situación.

Yo no podría decir si era por eso o si era por el asalto en sí, pero no me reponía. Por las noches, me acostab pensando en que algo malo le pudiera suceder a mi hermana y de madrugada me despertaba con pesadillas que m envolvían en sudores fríos, mientras mi amor me abrazaba.

El viernes llegaron Ava y Martín, y lo hicieron por sorpresa. Por sorpresa para el resto, ya que Derek los habí llamado.

Cuando mi hermana y Hayden los vieron, se mostraron encantados, lo mismo que yo, que le miré con inmens amor.

—Nunca para tu cabecita, ¿eh? Parece que estás metido ahí en los negocios y no… Al final resulta que estás e todo. Te amo mucho, ¿lo sabes?

—Y yo te amo infinito, pero además es que vivo para cumplir mi promesa de que seas feliz. Y te prometo qu va a ser así —me decía mientras me cogía en volandas.

Ava y Martín estaban al tanto de lo que le sucedió a mi hermana, y también se sentían un poco culpables po haber llevado a David a nuestras vidas. En particular ella, que fue su novia.

—Es verdad que nunca pareció tener la cabeza demasiado encima de los hombros, más bien la tenía a pájaros pero llegar tan lejos por venganza…

—No han podido detenerle, no todavía. Está en paradero desconocido —le comentó Derek.

—Entre los amigos tampoco se sabe nada. Nadie le ha vuelto a ver. Obviamente, tras cometer esa barbaridad habrá picado billete, al saber dónde —opinaba ella.

—Tú que le conoces, cualquier idea puede ser buena, cualquier pista, por poco importante que pueda parecert —le pedía yo quien rezaba por ver a ese niñato encarcelado y a los míos a salvo.

—Sabes que sí, que me estrujaré la sesera, y que indagaré por allí y por allá. Os adoro y me siento mal por l sucedido…

—Tú no tienes que sentirte mal porque no has hecho absolutamente nada malo, mi niña, ¿me oyes? —la cog por el mentón y se lo aclaré. Me daba mucha pena de que se hubiera creado ese ambiente tan penoso cuando l cierto es que solía ser estupendo cuando nos reuníamos.

—Bueno, ya está bien, que aquí no se ha muerto nadie. Martín, ¿esta noche no nos darás unas clases de tango

algo? —le preguntaba mi hermana al argentino, quien también estaba algo más callado de lo habitual.

—Pues sí que tienes razón, aunque en realidad había pensado en que esta noche es Derek quien nos las podí dar de salsa. Para ser un viejo, se mueve que te cagas y encima es que todas las minas le miran al hacerlo…

—¿Un viejo? ¿Ha dicho un viejo, Tiffany? ¿Me ha visto pinta este boludo —le emuló en lo de «boludo» — d llevar un bastón? Porque si fuera así le arrearía con él.

—¿Dije viejo? Bueno, también se lo digo a mi padre y es una manera cariñosa de hablar, pelotudo, no me l tomes a mal —le pedía él mientras Derek se ponía de pie y con su imponente aspecto le hacía correr.

—Menudo viejo, anda que no está bueno ni nada —escuché que le decía Ava a mi hermana.

—Ya te digo. Con razón ella nunca lo ha olvidado, le gusta desde niña —le decía la otra entre confidencias.

Sí que me gustaba, y sí que era una niña cuando le conocí y comencé a amarle. Con él había formado ya un familia, y con él suspiraba por ampliarla, en el futuro, con hijos.

Sin embargo, sentía como si todos mis planes hubiesen quedado en suspenso mientras que David siguier suelto por ahí. Y eso que también había sueltos por el rancho una serie de mastodontes capaces de reducirle carne picada si volvía a asomar el hocico por allí.

Finalmente, Derek pilló a Martín y ambos se hartaron de reír, entre bromas de manos de esas que me sacaro la risa. Una risa que yo necesitaba más que nunca y que sonó con fuerza en el jardín unida a la de las chicas, pue formábamos un excelente equipo.

Después estuvimos bailando, riendo, bebiendo… Una noche distinta en la que dejar atrás lo pasado, en la qu no pensar en desgracia alguna, y en la que disfrutar de lo mucho y de lo bueno que teníamos.

Lo importante era que Ylenia se había recuperado a la perfección y que ese desgraciado, salvo darnos el sust de nuestras vidas, no le hizo nada malo. Ya caería porque la maldad siempre cae y la bondad triunfa, de modo qu yo deseaba pensar así.

Derek estaba tan pendiente de mí y yo le notaba tan cambiado… Las cosas nos comenzaban a i verdaderamente bien y nadie tenía derecho a hacer que se torcieran, porque a nadie se lo permitiríamos.

algo? —le preguntaba mi hermana al argentino, quien también estaba algo más callado de lo habitual.

—Pues sí que tienes razón, aunque en realidad había pensado en que esta noche es Derek quien nos las podía dar de salsa. Para ser un viejo, se mueve que te cagas y encima es que todas las minas le miran al hacerlo…

—¿Un viejo? ¿Ha dicho un viejo, Tiffany? ¿Me ha visto pinta este boludo —le emuló en lo de «boludo» — de llevar un bastón? Porque si fuera así le arrearía con él.

—¿Dije viejo? Bueno, también se lo digo a mi padre y es una manera cariñosa de hablar, pelotudo, no me lo tomes a mal —le pedía él mientras Derek se ponía de pie y con su imponente aspecto le hacía correr.

—Menudo viejo, anda que no está bueno ni nada —escuché que le decía Ava a mi hermana.

—Ya te digo. Con razón ella nunca lo ha olvidado, le gusta desde niña —le decía la otra entre confidencias.

Sí que me gustaba, y sí que era una niña cuando le conocí y comencé a amarle. Con él había formado ya una familia, y con él suspiraba por ampliarla, en el futuro, con hijos.

Sin embargo, sentía como si todos mis planes hubiesen quedado en suspenso mientras que David siguiera suelto por ahí. Y eso que también había sueltos por el rancho una serie de mastodontes capaces de reducirle a carne picada si volvía a asomar el hocico por allí.

Finalmente, Derek pilló a Martín y ambos se hartaron de reír, entre bromas de manos de esas que me sacaron la risa. Una risa que yo necesitaba más que nunca y que sonó con fuerza en el jardín unida a la de las chicas, pues formábamos un excelente equipo.

Después estuvimos bailando, riendo, bebiendo… Una noche distinta en la que dejar atrás lo pasado, en la que no pensar en desgracia alguna, y en la que disfrutar de lo mucho y de lo bueno que teníamos.

Lo importante era que Ylenia se había recuperado a la perfección y que ese desgraciado, salvo darnos el susto de nuestras vidas, no le hizo nada malo. Ya caería porque la maldad siempre cae y la bondad triunfa, de modo que yo deseaba pensar así.

Derek estaba tan pendiente de mí y yo le notaba tan cambiado… Las cosas nos comenzaban a ir verdaderamente bien y nadie tenía derecho a hacer que se torcieran, porque a nadie se lo permitiríamos.

Capítulo 21



Un par de fines de semana después Ylenia volvía a competir.

Yo había mejorado algo con la ayuda de Derek, pero no estaba para tirar cohetes. De ánimo me sentía mal y e miedo no desaparecía, mientras que la angustia se apoderaba de mí al llegar la noche.

A mi hermana, en cualquier caso, la entrenaba como si nada, porque cada vez estaba más ilusionada con s participación en el famoso Derby de Kentucky, uno que parecía vetado a las mujeres, pues muy pocas habían participado en él a lo largo de su historia.

Ylenia podría hacerlo porque cuando mi hermana se empecinaba en algo era la mejor, de eso no tenía yo dud alguna. Tris también merodeaba por allí, porque ella competía en la misma categoría, aunque con miras distintas ya que sus trayectorias iban por derroteros diversos.

Ese día nos sorprendió, todo hay que decirlo. Corrió el rumor de que la policía estaba buscando a David po algo relacionado con mi hermana y ella llegó a hablar con nosotros antes de la carrera.

—Vengo ahora porque igual Ylenia me gana y luego estaré de peor leche, últimamente está que se sale Veréis, no nos caemos bien, eso es un hecho, pero tampoco soporto que un tío le haga daño a una mujer y qued impune. A mí me llamó borracho, hace un par de noches, igual todavía sigue en el mismo sitio. A través de m teléfono, quizás puedan registrar la llamada y llegar hasta él —me comentó.

Hay gente que tiene el poder de sorprenderte y Tris lo hizo ese día, pero también es que, como ella bien decía determinados comportamientos no pueden quedar sin castigo.

Iba a ser verdad que yo debía ir recuperando la fe en el ser humano, porque aquella chica acababa también d darme una bonita sorpresa que no esperaba para nada.

—Ylenia, mira lo que dice Tris —la llamé antes de que ambas se fueran para sus caballos.

—Si es algo para tocarme las narices me lo puede ahorrar, ¿eh? Yo no tengo ganas de gaitas y menos antes d competir, que le gusta mucho jugar a dar golpes bajos.

—Esta vez no, ven…

—Lo que no quiere decir que no esté segura de que te vaya a ganar —la picó la otra, que no lo estaba, pero qu se lo decía porque como bien comentó mi hermana, le gustaba buscarle las vueltas a todo.

—Ya, claro, en eso estaba pensando ella, en dejar que le ganases —se acercó también Ava, quien le tenía u asco de muerte.

—Chicas, chicas, que Tris ha venido a ayudar en esta ocasión —les aclaré.

—¿Tú qué le has echado en la copa? —le preguntó Ava a Derek, quien se acercaba en ese momento.

—Que yo sepa nada raro, ¿por?

—Porque está alucinando, está alucinando mucho —le comentó ella.

—En serio, chicas, Tris tiene una pista sobre David y ha venido a ofrecérnosla —les pedí calma.

—¿Una pista falsa? Porque eso ya me resultaría más creíble —añadió Ava, que no confiaba en absoluto e ella.

—Mira Ava, puede que en su momento te quitase el novio…

—Y tremendo favor que me hiciste, más todavía a la vista de los acontecimientos —la interrumpió ella.

—Pues también tienes razón. Y puede también que no nos podamos ver, pero yo no puedo dejar que lo que l hicieron a Ylenia quede impune, no se lo merece, igual que no nos lo mereceríamos tú o yo, ¿vale?

Ava se quedó sin apenas reacción, porque eso no lo esperaba.

—Vale, vale. Mira, es lo primero coherente que te escucho decir en la vida. Gracias en nombre de mi amig

Obvio que tú y yo no nos iremos de marcha juntas, pero al menos sí que veo que no eres un gusano rastrero y miserable que se junta con otros de su especie.

—Ok, si esa es tu manera de disculparte, lo acepto. Y ahora me voy, que tengo que darle una lección de cómo se monta a tu amiga.

Ylenia fue quien no despegó sus labios, tremendamente sorprendida también. La otra era chulilla, aunque por lo que me confesó a mí sobre que mi hermana estaba que se salía no era más que una coraza. Según decían, con todo aquello estaba recibiendo una cura de humildad, lo escuché más tarde, y hasta que parecía cuajar con su nuevo entrenador. Todo un logro por su parte.

—Ahora disfruta de la carrera y luego ya haremos lo que tengamos que hacer, ¿estás contenta? —me preguntó Derek mientras depositaba un beso en mis labios.

—Estoy muy contenta, cariño, de veras que lo estoy. Parece que todo se va a ir solucionando y yo sé que Ylenia hoy…

—Ylenia hoy va a ganar, ¿y sabes lo mejor? El público lo sabe y está con ella. Míralo, dime que no se huele en el ambiente.

Derek era un verdadero encanto y siempre sabía cómo animarme. Por si acaso, y por lo sucedido en aquella otra carrera, yo no podía dejar de mirar hacia todos los lados, por si aparecía David. No podía olvidarme de ambos ataques, tampoco del que pudo costarle la vida a Derek a manos de ese insensato borracho, con la brillante hoja de la navaja afilada que se me había metido en la cabeza.

Ese pensamiento provocó que no pudiese disfrutar del todo de una carrera en la que mi hermana se alzó con la victoria, una vez más. En esa categoría en la que ya estaban, Tris destacaba menos y, como ya he dicho, el hecho de que tuviera otras ideas en mente como amazona igual influyera en que no fuera una digna rival para ella.

Sus caminos parecían separarse, pero el cable ya se lo había echado. Mientras todos ellos corrían a felicitar a Ylenia cuando por fin se bajó del caballo como la flamante campeona en la que se estaba convirtiendo, yo solo pensaba en Tris, en su teléfono, en la policía y en esa llamada que podía ser determinante para que a ese maleante le detuvieran.

Obvio que tú y yo no nos iremos de marcha juntas, pero al menos sí que veo que no eres un gusano rastrero y miserable que se junta con otros de su especie.

—Ok, si esa es tu manera de disculparte, lo acepto. Y ahora me voy, que tengo que darle una lección de cómo se monta a tu amiga.

Ylenia fue quien no despegó sus labios, tremendamente sorprendida también. La otra era chulilla, aunque por lo que me confesó a mí sobre que mi hermana estaba que se salía no era más que una coraza. Según decían, con todo aquello estaba recibiendo una cura de humildad, lo escuché más tarde, y hasta que parecía cuajar con su nuevo entrenador. Todo un logro por su parte.

—Ahora disfruta de la carrera y luego ya haremos lo que tengamos que hacer, ¿estás contenta? —me preguntó Derek mientras depositaba un beso en mis labios.

—Estoy muy contenta, cariño, de veras que lo estoy. Parece que todo se va a ir solucionando y yo sé que Ylenia hoy…

—Ylenia hoy va a ganar, ¿y sabes lo mejor? El público lo sabe y está con ella. Míralo, dime que no se huele en el ambiente.

Derek era un verdadero encanto y siempre sabía cómo animarme. Por si acaso, y por lo sucedido en aquella otra carrera, yo no podía dejar de mirar hacia todos los lados, por si aparecía David. No podía olvidarme de ambos ataques, tampoco del que pudo costarle la vida a Derek a manos de ese insensato borracho, con la brillante hoja de la navaja afilada que se me había metido en la cabeza.

Ese pensamiento provocó que no pudiese disfrutar del todo de una carrera en la que mi hermana se alzó con la victoria, una vez más. En esa categoría en la que ya estaban, Tris destacaba menos y, como ya he dicho, el hecho de que tuviera otras ideas en mente como amazona igual influyera en que no fuera una digna rival para ella.

Sus caminos parecían separarse, pero el cable ya se lo había echado. Mientras todos ellos corrían a felicitar a Ylenia cuando por fin se bajó del caballo como la flamante campeona en la que se estaba convirtiendo, yo solo pensaba en Tris, en su teléfono, en la policía y en esa llamada que podía ser determinante para que a ese maleante le detuvieran.

Capítulo 22



Nos llevamos el teléfono con nosotros, mientras que Derek le dio dinero a Tris para que se comprara el último modelo del mercado.

—Pues sí que he salido ganando, parece que las buenas acciones se premian —nos decía ella contando billetes contenta.

—Sí, pero como tú no habías hecho ninguna hasta hoy, descubrimiento al canto por tu parte —le decía Ava que se la tenía jurada y que recelaba de ella, pese a todo.

Yo no la juzgaba porque sé lo que es recelar de alguien durante años sin poder evitarlo. También soy consciente de que nunca verás con buenos ojos a alguien que te robase a tu primer novio, por mucho que ni sea ta robo (que ellos eligen irse libremente) ni el tal novio fuera más que una joyita de esas que es mejor tirar en la gra puñeta.

La policía hizo rápido su trabajo, si bien todavía no terminaron de analizar su llamada cuando sonó la flauta.

Sí, las cosas son así, puede que a veces no suene en meses o años, incluso que ciertos casos queden inconclusos, y puede que en horas todo se alíe para que suene y a lo grande, como estaba sucediendo ese día.

—Está en Cleveland, le han detenido allí por el asalto a una anciana —nos comentaron a Derek y a mí los agentes que llevaban el caso en el momento en el que vinieron al rancho a darnos la noticia.

—¿A una anciana también? Pues sí que es completo el tío, menudo sinvergüenza —me indigné yo porque era lo que me faltaba por escuchar, que también quisiera abusar de una anciana.

—Sí, ha podido partirle la cadera al robarle el bolso.

—¿El bolso? ¿Eso es lo que pretendía de ella? —les pregunté extrañada, aunque más extrañados me respondieron ellos.

—Sí, claro, ¿qué es lo que pensaba usted?

—Nada, nada, y no me miren así que yo no tengo la mente sucia, son las suyas, ¿por quién me toman?

Derek tuvo que aguantar la risa mientras yo me apartaba un poco, porque la cara se me había teñido de roj como si me hubiese tomado un par de botellitas de vino de las de su amigo Sam, cosa que no era el caso, pero qu no descartaba hacer más tarde, gracias a la detención de ese malnacido.

Nos quedaba esperar a que las autoridades judiciales actuasen, y fue horas después cuando vinieron a verno de nuevo.

Por una parte, me puse un poco triste, aunque por otra, entendí que lo importante en la vida son los resultados y daba lo mismo por lo que David fuese a la cárcel, lo importante era que le privasen de una libertad que un tip así no merecía.

—De momento ha sido imposible comprobar que estuvo aquí esa noche, aunque seguiremos en ello. Por l demás, se le ha relacionado con unos cuantos asaltos más ocurridos en Cleveland en estos días a otras ancianas.

—Pues sí que es valiente el tío —negaba yo con la cabeza porque no se podía ser más gusano.

—Sí, es un caso digno de estudio, pero él mismo podrá reflexionar durante una serie de añitos en una celda, n se preocupe —me decían los agentes.

Al parecer, David, tras terminar también con Tris y ver imposible volver con Ava, no solo se había refugiad en la bebida, sino también en las drogas. Y claro, hay vicios que son muy caros, y el de las drogas es uno de ellos obviamente.

Cuando nos quedamos a solas, Derek supo que aquello me ayudaría, y mucho, a superar el trauma que sufr cuando asaltaron a mi hermana.

—Celebraremos una bonita fiesta para dar por concluido este tema, ¿te parece? Quiero ver cómo te arreglas y apareces como la mujer más bonita de todo Ohio.

—Claro que sí, y eso tirando por la parte más corta…

—Te lo digo muy en serio, cariño, quiero celebrar esa fiesta. Conozco a la perfección lo mal que lo has pasado y quiero dejar todo ese malestar en el pasado, ¿estamos de acuerdo? Y si no lo estamos me da igual, ¡así haremos público nuestro amor!

—Pero si ya lo sabe todo el mundo, cariño.

—¿Y qué? Yo quiero proclamarlo, con brindis y demás. Deseo que el rancho luzca no solo como el más esplendoroso, sino también como el más alegre de Ohio.

—Pero es que yo estoy a tope con Ylenia, no sé cómo podría ocuparme de la preparación de una gran fiesta. Amor, de veras que no es necesario…

—Y de veras te digo yo que sí lo es, y también que no tendrás que preocuparte de nada, yo me encargo de todo.

No había manera de llevarle la contraria. Cuando a Derek Miller se le metía algo en la cabeza, no paraba hasta conseguirlo. O el destino se lo terminaba poniendo por delante, como había sido mi caso, para que lo lograra.

Él se definía como un tipo con suerte, con tremenda suerte desde que me tenía a su lado. Y quizás tuviera razón en que la suerte llamara a la suerte y que las cosas buenas había que celebrarlas.

Además, muchos de sus amigos estaban en el mundo de la hípica e Ylenia ya comenzaba a despuntar, de modo que sería genial darla todavía más a conocer.

Total, yo ya podía respirar tranquila y, por el amor del cielo, comenzar a dormir como Dios manda, ya que las ojeras se habían instalado en mi rostro desde aquella noche que a mi hermana pudo sucederle lo peor.

Era hora de reconocer que, pese a todo, nosotras también éramos chicas con suerte. Era hora de darle un giro de tuerca a nuestras vidas, y así sería. Con todo y con eso, nos quedaba mucho por entrenar y mucho esfuerzo por desarrollar antes de verla convertida en mi campeona, si bien todo llegaría, porque todo termina por llegar y ella se lo merecía más que nadie.

—Celebraremos una bonita fiesta para dar por concluido este tema, ¿te parece? Quiero ver cómo te arreglas y apareces como la mujer más bonita de todo Ohio.

—Claro que sí, y eso tirando por la parte más corta…

—Te lo digo muy en serio, cariño, quiero celebrar esa fiesta. Conozco a la perfección lo mal que lo has pasado y quiero dejar todo ese malestar en el pasado, ¿estamos de acuerdo? Y si no lo estamos me da igual, ¡así haremos público nuestro amor!

—Pero si ya lo sabe todo el mundo, cariño.

—¿Y qué? Yo quiero proclamarlo, con brindis y demás. Deseo que el rancho luzca no solo como el más esplendoroso, sino también como el más alegre de Ohio.

—Pero es que yo estoy a tope con Ylenia, no sé cómo podría ocuparme de la preparación de una gran fiesta. Amor, de veras que no es necesario…

—Y de veras te digo yo que sí lo es, y también que no tendrás que preocuparte de nada, yo me encargo de todo.

No había manera de llevarle la contraria. Cuando a Derek Miller se le metía algo en la cabeza, no paraba hasta conseguirlo. O el destino se lo terminaba poniendo por delante, como había sido mi caso, para que lo lograra.

Él se definía como un tipo con suerte, con tremenda suerte desde que me tenía a su lado. Y quizás tuviera razón en que la suerte llamara a la suerte y que las cosas buenas había que celebrarlas.

Además, muchos de sus amigos estaban en el mundo de la hípica e Ylenia ya comenzaba a despuntar, de modo que sería genial darla todavía más a conocer.

Total, yo ya podía respirar tranquila y, por el amor del cielo, comenzar a dormir como Dios manda, ya que las ojeras se habían instalado en mi rostro desde aquella noche que a mi hermana pudo sucederle lo peor.

Era hora de reconocer que, pese a todo, nosotras también éramos chicas con suerte. Era hora de darle un giro de tuerca a nuestras vidas, y así sería. Con todo y con eso, nos quedaba mucho por entrenar y mucho esfuerzo por desarrollar antes de verla convertida en mi campeona, si bien todo llegaría, porque todo termina por llegar y ella se lo merecía más que nadie.

Capítulo 23



Las siguientes semanas fueron de locura total en la casa.

—Derek, ¿se puede saber qué clase de fiesta es la que estás montando? —le preguntaba yo porque cada ve que volvía de entrenar de la pista con Ylenia me encontraba a nuevos obreros.

—Hay que levantar una gran carpa. Ya estamos en otoño e imagínate que le da por llover ese día. Todo s desluciría, ¿no lo has pensado?

—Yo no he pensado mucho, pero tú pareces haberlo pensado todo.

La noche anterior a la gran fiesta llegaron a la casa Ava y Martín.

—¡La concha de tu madre, pelotudo! ¿Qué clase de fiesta montarás mañana? Esto es pura ostentación, vo estás fardando de plata —le decía Martín y él se partía.

—Yo solo quiero fardar de novia, lo de la plata me la trae al pairo —le decía él.

—Pues si te la trae así, me la puedes dar a mí, que yo no tendré ningún inconveniente en guardártela —le decí Martín entre risas.

Quien también estaba de mucho mejor humor era Hayden. Desde la detención de David le veía de nuev relajado, porque él también las pasó canutas con todo lo sucedido.

Cuando quieres a alguien, y no puedes evitarle un mal, el sentimiento de culpabilidad cae sobre ti como un losa, y eso lo ocurrió a él tras el ataque sufrido por Ylenia. Yo lo podía entender muy bien porque también m había culpado por mi viaje a Toronto, dejándola sola en la casa. «Sola», manda narices las malas pasadas qu puede jugarte la cabeza cuando la culpa aparece, porque yo a mi hermana la dejé muy bien acompañada.

Molly sirvió la cena en el salón en una noche en la que la llovizna amenazó con llegar.

—Te lo dije, cariño, aunque a mí me da igual. Si mañana caen chuzos de punta, si llueve a mares, nosotro celebraremos la fiesta igualmente porque para eso estará todo dispuesto —me recordó Derek.

—En este rancho está todo dispuesto mañana hasta para recibir una amenaza nuclear, boludo. Jamás vi mayo dispendio en mi vida, ¿qué es lo que celebramos? —le preguntaba Martín.

—Chaval, celebramos nuestra vida con todas estas chicas, ¿te parece poco? —le preguntaba él.

—No, no me parece poco, cómo me va a parecer poco, no me des la noche, ¿vos quieres verme durmiendo e el sofá? —le preguntó él para risa de las chicas.

—Y ya en particular, celebramos que esta hermosura ha vuelto a mi vida, de la que nunca se fue del todo —le confesó.

—Qué cosa tan romántica le ha dicho, Martín, ¿lo has escuchado? Yo quiero que me digas algo así, cariño —l pidió Ava.

—Soy argentino, ¿vos estás segura de lo que me estás pidiendo? Podría hablar durante horas sin parar —l respondió él.

—Bueno, bueno, entonces mejor lo dejamos que la cena tiene una pinta deliciosa y se va a enfriar. En vez d hablar, si te parece, mejor me haces luego otras cositas durante horas y así lo celebramos, que es una opción.

Las chicas no se cortaban a la hora de hablar así delante de mí y yo ya me estaba acostumbrando, y he d reconocer que me resultaba hasta divertido.

Molly llegó con un asado que olía como si lo hubieran sacado de la mismísima cocina del cielo.

—Con las tortitas puedo hasta hacerte un poquito la competencia, mi querida Molly, pero con el asado ni e broma—le decía Derek mientras lo olía.

—¿Vos sabes hacer panqueques? A mí no me los hiciste —se quejó Martín, quien se tomaba todas la

confianzas, algo que sacaba mi risa.

—Tampoco te hice otras cosas que sé y que igual no te gustarían, así que no te quejes —le contestó él.

—Qué pelotudo eres. Por muy forrado que estés, se me levanta el estómago…

—¿Sí? Pues entonces tocaremos el resto a más asado.

—Tampoco te flipes tú tanto, ¿eh? Que no he dicho que no vaya a cenar. Nadie podría renunciar a este asado Molly, algún día seré rico y te ofreceré que te vengas a mi casa a trabajar.

—Yo no dejaría el rancho ni por todo el oro del mundo, chaval, y menos con la felicidad que se respira ahor aquí y con todo lo bonito que está por venir —me guiñó el ojo la mujer.

Lo normal es que el asado lo hubiese servido alguien del servicio, bajo la supervisión de Thomas, pero fue ell misma quien quiso venir al salón para escuchar las maravillas que diríamos al respecto.

Olía genial y sabía mejor, como le dijimos en cuanto lo probamos.

—Mañana serviremos uno igual, pero a gran escala. Estaremos asando desde por la mañana —decía ella, quie se había negado en rotundo a que la cena que se sirviese viniera de fuera.

Molly era una profesional increíble, una maga de la cocina y no le entraba en la cabeza que quizás fuera hor de que se tomase las cosas con más tranquilidad y se dejase ayudar.

A lo que no pudo negarse, lógico, fue a recibir refuerzos entre fogones, porque no quiero ni imaginar la qu allí habría montada. La fiesta sería multitudinaria y el trabajo titánico, lo cual no asustaba en absoluto a aquell esmerada mujer que cada día se afanaba en cuidarnos más y mejor.

Cuando mi padre murió creí que nos había dejado muy solas, cuando lo cierto es que, en nada de tiempo, e poquísimo tiempo, me sentía mucho más acompañada que nunca, me sentía como miembro de una bonita famili formada por Derek, mi hermana y el resto. Hasta a Molly y a Thomas los consideraba parte de ella. Se ve que er muy numerosa.

El corazón de Derek palpitaba con fuerza cuando nos fuimos a la cama mientras que sus oscuros ojos brillaba como perlas en la oscuridad.

—Te amo, Tiffany —pronunció alto y claro después de hacerme el amor. Y lo hizo de un modo que m estremeció especialmente, que me transmitió mucho, mucho de ese amor que acababa de hacerme.

confianzas, algo que sacaba mi risa.

—Tampoco te hice otras cosas que sé y que igual no te gustarían, así que no te quejes —le contestó él.

—Qué pelotudo eres. Por muy forrado que estés, se me levanta el estómago…

—¿Sí? Pues entonces tocaremos el resto a más asado.

—Tampoco te flipes tú tanto, ¿eh? Que no he dicho que no vaya a cenar. Nadie podría renunciar a este asado. Molly, algún día seré rico y te ofreceré que te vengas a mi casa a trabajar.

—Yo no dejaría el rancho ni por todo el oro del mundo, chaval, y menos con la felicidad que se respira ahora aquí y con todo lo bonito que está por venir —me guiñó el ojo la mujer.

Lo normal es que el asado lo hubiese servido alguien del servicio, bajo la supervisión de Thomas, pero fue ella misma quien quiso venir al salón para escuchar las maravillas que diríamos al respecto.

Olía genial y sabía mejor, como le dijimos en cuanto lo probamos.

—Mañana serviremos uno igual, pero a gran escala. Estaremos asando desde por la mañana —decía ella, quien se había negado en rotundo a que la cena que se sirviese viniera de fuera.

Molly era una profesional increíble, una maga de la cocina y no le entraba en la cabeza que quizás fuera hora de que se tomase las cosas con más tranquilidad y se dejase ayudar.

A lo que no pudo negarse, lógico, fue a recibir refuerzos entre fogones, porque no quiero ni imaginar la que allí habría montada. La fiesta sería multitudinaria y el trabajo titánico, lo cual no asustaba en absoluto a aquella esmerada mujer que cada día se afanaba en cuidarnos más y mejor.

Cuando mi padre murió creí que nos había dejado muy solas, cuando lo cierto es que, en nada de tiempo, en poquísimo tiempo, me sentía mucho más acompañada que nunca, me sentía como miembro de una bonita familia formada por Derek, mi hermana y el resto. Hasta a Molly y a Thomas los consideraba parte de ella. Se ve que era muy numerosa.

El corazón de Derek palpitaba con fuerza cuando nos fuimos a la cama mientras que sus oscuros ojos brillaban como perlas en la oscuridad.

—Te amo, Tiffany —pronunció alto y claro después de hacerme el amor. Y lo hizo de un modo que me estremeció especialmente, que me transmitió mucho, mucho de ese amor que acababa de hacerme.

Capítulo 24



Por la mañana, la casa seguía siendo el caos. Ni en los preparativos de la boda con Kate vi tanto jaleo.

Me acerqué por la cocina por si a la pobre Molly le daba un síncope o algo ya que, sabiendo yo lo mucho qu se esmeraba la mujer en que todo estuviera perfecto, debería estar taquicárdica.

Siempre me sorprendía, porque lo cierto es que me la encontré dando instrucciones a diestro y siniestro, sin e más mínimo atisbo de estrés en su rostro.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo puedes hacerlo? Yo estaría que me daría algo —le confesé.

—Es muy sencillo; la alegría me puede —me contestó junto con un beso porque como ya digo, puede qu fueran nuestros empleados, pero nos considerábamos como familia.

—Ay, Molly, qué suerte tengo de contar contigo. Todo va a salir genial y eso que yo apenas he tenido tiempo de encargarme más que de mi vestido, porque entrenar a Ylenia me lleva el día completo —me excusé.

—Cada uno a lo suyo, en eso también está el truco, cariño. Las cosas funcionan cuando cada uno se ocupa d su parte. Y no te preocupes, que Derek sabía muy bien lo que quería, y él sí que nos ha dado las más precisas d las instrucciones en todo.

Salí al jardín y el resultado estaba siendo fantástico. Cuando Derek habló de celebrar una fiesta, ya me imagin que sería una de la que se hablara en la zona durante un tiempo, porque él todo lo hacía a lo grande, pero lo que n pude imaginarme es que llegase a tanto.

Subí al dormitorio y en mi vestidor (porque teníamos uno cada uno, allí no nos faltaba de nada), colgaba de techo mi precioso vestido. Nunca había lucido uno tan bonito, en tonos ocres, elegantísimo, con escote palabra d honor y ajustado al cuerpo, que me hacía de sirena, en palabras de mi hermanita, quien también estaba encantad con una fiesta que le serviría además para hacer más amistades en el mundo de la hípica.

Derek llegó al dormitorio y yo salí porque no quería que viese el vestido hasta que yo no lo tuviese puesto ¡n que fuese de novia! Lo que sí me puse antes de verle fue la mejor de mis sonrisas, mientras él me agarraba por l cintura.

—Sé que todo esto puede parecerte excesivo, por lo que me has dicho en este tiempo, pero es que no t imaginas la ilusión que me hace mostrarle a todos que tengo a mi lado a la mujer que amo. Estoy procurand hacer las cosas mejor, te lo prometo…

—Y que lo digas, de eso ya me estoy dando cuenta —le aseguré.

—¿De veras? Me ilusiona mucho que así sea…

—De veras, de veras. No tienes nada que ver con el Derek Miller que imaginé durante todos esos años, cariñ —Le besé de puntillas, porque cuando estaba de pie debía hacerlo así.

—Eso intento. Igual tampoco lo he hecho todo bien en los últimos tiempos, pero lo que sí te prometo es qu estoy tratando de hacerlo mejor —me confesó.

—¿Es que tienes algo que contarme? —le pregunté divertida.

—Todos tenemos la sensación de que aún hemos de contar alguna cosa, de que siempre quedan flecos, pero l importante es dar el corazón y entender que, en líneas generales, eres mejor persona y procuras darlo todo por t pareja.

—Así se habla, mi vida, así se habla—le dije porque entendí que perfectos no somos ninguno, que él tendrí todavía sus cosillas dentro, como cualquiera, cosillas que ir echando fuera poco a poco, pero que se mostrab como un hombre sincero… Como un hombre sincero que me demostraba su amor a todas las horas.

Mi hermana llegó al dormitorio y tocó en la puerta.

—Pasa, pasa, cariño —le dije mientras soltaba a Derek.

—¿Interrumpo algo? Jaja, ya veo que sí que lo interrumpo, lo siento. Tiffany, es que me gustaría que vinieses a ayudarme a escoger complementos, estoy hecha un flan, nunca he asistido a una fiesta de estas de alta alcurnia.

—Pues es una fiesta como otra cualquiera —le comentó Derek, deseando tranquilizarla.

—Vale, pero te robo a mi hermana, que tiene muy buen gusto…

—Eso ya lo sé, no hay más que verme —se señaló él de pies a cabeza.

—Tiffany, ¿este hombre no tiene abuela? —me preguntó ella, muerta de la risa.

—Pues eso parece cariño, eso parece. Venga, vamos a ver esos complementos.

Me fui con ella al dormitorio y la noté especialmente nerviosa, más todavía de lo que ella decía.

—Cariño, el truco está en que te lo pases bien. Si no, la fiesta no tiene sentido…

—Si me lo voy a pasar de muerte, aunque recuerda que es tu fiesta —enfatizó al pronunciar ambas palabras— y tú eres la protagonista.

—No digas eso, está pensada para celebrar el amor de todos nosotros.

—No, no, eso dijo Derek ayer porque no solo es rico y está buenísimo, sino que tiene una educación increíbl y una tremenda diplomacia —rio.

—Pues lo mismo da. A ver, ¿qué has pensado en ponerte?

—Pues había pensado en esta gargantilla —me enseñó una de sus preferidas—, ¿o la ves demasiado sencilla Tú dime la verdad, ¿eh?

—¿Sencilla? Te queda divina. Piensa que lo más bonito que vas a llevar puesto es tu juventud, cariño mío.

—Lo dices como si tú fueras mayor, Tiffany.

—A tu lado, sí.

—Ya, una anciana eres tú. No puedes estar más guapa ni vivir un mejor momento. Yo nunca te había visto así tan radiante. Te quiero mucho, hermanita.

—Pues yo a ti te quiero un mundo —la abracé pensando que lo que realmente celebrábamos era que todo estaba bajo control y que por fin comenzábamos una vida nueva y feliz. Y eso, desde luego, era digno de se celebrado.

—Pasa, pasa, cariño —le dije mientras soltaba a Derek.

—¿Interrumpo algo? Jaja, ya veo que sí que lo interrumpo, lo siento. Tiffany, es que me gustaría que vinieses a ayudarme a escoger complementos, estoy hecha un flan, nunca he asistido a una fiesta de estas de alta alcurnia.

—Pues es una fiesta como otra cualquiera —le comentó Derek, deseando tranquilizarla.

—Vale, pero te robo a mi hermana, que tiene muy buen gusto…

—Eso ya lo sé, no hay más que verme —se señaló él de pies a cabeza.

—Tiffany, ¿este hombre no tiene abuela? —me preguntó ella, muerta de la risa.

—Pues eso parece cariño, eso parece. Venga, vamos a ver esos complementos.

Me fui con ella al dormitorio y la noté especialmente nerviosa, más todavía de lo que ella decía.

—Cariño, el truco está en que te lo pases bien. Si no, la fiesta no tiene sentido…

—Si me lo voy a pasar de muerte, aunque recuerda que es tu fiesta —enfatizó al pronunciar ambas palabras— y tú eres la protagonista.

—No digas eso, está pensada para celebrar el amor de todos nosotros.

—No, no, eso dijo Derek ayer porque no solo es rico y está buenísimo, sino que tiene una educación increíble y una tremenda diplomacia —rio.

—Pues lo mismo da. A ver, ¿qué has pensado en ponerte?

—Pues había pensado en esta gargantilla —me enseñó una de sus preferidas—, ¿o la ves demasiado sencilla? Tú dime la verdad, ¿eh?

—¿Sencilla? Te queda divina. Piensa que lo más bonito que vas a llevar puesto es tu juventud, cariño mío.

—Lo dices como si tú fueras mayor, Tiffany.

—A tu lado, sí.

—Ya, una anciana eres tú. No puedes estar más guapa ni vivir un mejor momento. Yo nunca te había visto así, tan radiante. Te quiero mucho, hermanita.

—Pues yo a ti te quiero un mundo —la abracé pensando que lo que realmente celebrábamos era que todo estaba bajo control y que por fin comenzábamos una vida nueva y feliz. Y eso, desde luego, era digno de ser celebrado.

Capítulo 25



Me sentí muy bella con mi elegante vestido. Me dejé la melena suelta, aunque con ligeras ondas que le dieran algo más de volumen y me apliqué un maquillaje de fiesta.

Sí, yo no era mucho de maquillajes de fiesta y, sin embargo, convine en que se trataba de la ocasión ideal para lucir uno, ¡y vaya si me quedó chulo!

Salí del vestidor ya totalmente preparada y entonces me encontré de frente con mi chico. Derek iba de esmoquin y me pareció el más guapo de todos los mortales, aunque a él se le quedaron los ojos en blanco cuando me vio.

—No sé si te merezco —murmuró.

—Yo creo que vas haciendo por merecerme —le besé.

—Si no fuera porque todos nos esperan ya abajo… De veras que celebraríamos un comienzo de fiesta privado en estos momentos.

—Y si no fuera también porque tendría que comenzar a maquillarme de nuevo, y tiene lo suyo —le sonreí mientras nos volvíamos a besar.

La barra de labios era permanente y por eso no le dejé los morros de colores. La idea era ir bajando para saludar a la gente.

Derek me tomó por la cintura y comenzamos a caminar al mismo tiempo. En el vestíbulo me llevé la primera sorpresa de la noche.

—Eres Madeline —le dije a aquella señora, a la madre de Derek, quien vivía en Austria con su marido Klaus.

—Y tú eres la preciosa Tiffany, cuánto me alegro de estar aquí y poder ver la buena pareja que hacéis, cariño —me dio un beso en la mejilla.

Era mi suegra, ¡había venido mi suegra! Y eso era algo con lo que yo no contaba. Recuerdo que se la esperaba para la boda de Kate y Derek, aunque, por motivos profesionales de su marido, tenían prevista la llegada en el último momento. Y no, no hubo ocasión.

—Me alegro tanto de que estés aquí. Por lo que veo, tu hijo es un verdadero liante, ¿no? Porque os ha liado para que vinieseis a la fiesta desde tan lejos.

—En realidad, lo estábamos deseando. No todos los días tiene una la ocasión de contemplar una imagen tan bonita, querida. Si te soy sincera, nunca he visto a mi hijo tan entusiasmado. Se nota que eres el amor de su vida; una persona sabe cuándo lo es.

Madeline también tenía la teoría de que una sola persona es el gran amor de tu vida, y así me lo hizo ver mientras que miraba a Klaus, a su marido.

Yo me sentí muy a gusto con ellos allí, porque también formaban parte de esa gran familia que estábamos formando, y cada vez éramos más.

Ylenia y Ava también bajaron y estaban preciosas con sendos vestidos, mi hermana en tonos rosados y Ava en tonos berenjena, divinas ambas, con esa frescura y esa juventud que dejaron anonadados a Hayden y a Martín, quienes estaban igualmente guapísimos.

Pasé por delante de la cocina y Molly le hizo un gesto de complicidad a Madeline, un gesto que yo identifiqué como un «esta sí» y que le agradecía con una amplia sonrisa.

Salimos al jardín y comprobamos gratamente que la noche se había quedado buenísima, aunque lo cierto es que la carpa lucía extraordinaria y todos los invitados parecían encantadísimos. Entre ellos se encontraban, aparte de la gente VIP de la zona, todos los trabajadores del rancho.

Derek era así. A la hora de currar, todo el mundo al tajo, pero a la hora de divertirse no dejaba a nadie fuera dándole igual que se tratase de un capataz o de un mozo de cuadras, para él las personas no se medían por e prestigio de su trabajo o por el dinero.

De entre todas las caras conocidas que nos recibían destacó la de Kevin, quien pareció quedarse prendado aú más de mí aquella noche. Lo digo por su gesto y no porque él manifestara nada en ningún momento, porque desd que supo lo mío con Derek se apartó con esa elegancia que también era tan suya.

Debajo de la enorme carpa se habían dispuesto gran cantidad de mesas redondas, decoradas de un mod exquisito. Ava y mi hermana no paraban de cuchichear y de darse codazos la una a la otra, puesto que aquell fiesta era para disfrutarla de principio a fin.

—Gracias y gracias, mi amor —le dije de pronto con una lagrimilla deseando alcanzar mi mejilla.

—¿Gracias por qué? —me preguntó agarrándome aún más fuerte de la cintura.

—Porque has hecho posible todo esto, porque siempre logras sorprenderme y porque eres de las cosas má bonitas que me han pasado en la vida.

—Y que te seguirán pasando, porque te prometo que esta vez no volveré a perderte.

—Y yo te prometo que no te dejaré que me pierdas.

Hay promesas que se hacen con el corazón, y esa fue una de ellas. En ese momento estaba ya tan enamorad de Derek que no le dejaría perder por nada del mundo. Y menos viendo hasta dónde era capaz de llegar para pode decirles a todos que estábamos unidos y felices.

En la mesa principal nos sentaríamos con Madeline y Klaus, así como con Ylenia y Hayden. El chico ya s había convertido también en el novio oficial de mi hermana, un título que se había ganado por méritos propios.

Antes de sentarnos disfrutaríamos del sonido de la música en directo y de una serie de exquisiteces que no irían pasando en bandejas el mucho personal de refuerzo que había venido para cubrir también no solo las labore de cocina, sino la atención del evento en sí.

Derek sonreía sin parar viendo cómo la gente le daba el visto bueno a todo, cómo nos decían que era la fiest perfecta para la pareja perfecta… Las luces, la decoración en general… Todo denotaba un gusto exquisito, as como una preparación en la que no solo se derrochó dinero, sino también cariño… Muchísimo cariño.

Por fin llegó la hora de sentarnos a la mesa y en la nuestra los seis nos reímos cantidad. Madeline era un mujer muy divertida que nos contó anécdotas por doquier de otros tiempos en los que el rancho era muy distinto cosas que no podíamos ni imaginar de muchos años atrás.

Ella ya no cumplía los setenta, pero se conservaba que era un primor.

—Me tienes que contar el secreto, porque pasas por una mujer de cincuenta y cinco —le decía yo.

No le hacía la rosca, era la realidad. Por esa mujer no parecía que hubiese pasado el tiempo.

—El secreto está en el amor, Tiffany, solo en el amor. El amor lo vuelve todo fantástico y tiene incluso e poder de parar el tiempo, chica. Y hacerlo ya no te digo nada…

Su comentario causó la risa de Ylenia, quien en ese momento se atragantó y Hayden tuvo que darle golpecito en la espalda.

—¿Lo veis? El amor es puro y espontáneo, como el de este muchacho al que parece que le han dado u calambrazo en el trasero cuando ha visto toser a su novia.

Madeline era muy simpática y resuelta. Una mujer valiente y decidida que no dudó en cambiar de vida cuand tuvo que hacerlo y que, pese a que siempre tuvo dinero y lo seguía teniendo (no solo no salió mal parada de s divorcio, sino que Klaus también era un rico empresario) se comportaba de la forma más sencilla y natural de mundo. Ya sabía yo quién le había dado clases de humildad a su hijo.

Hayden rio y enseguida asintió.

—Madeline, es que yo la amo, amo tanto a esta chica que a veces pienso que no tiene ni idea —le decía él.

—¿Cómo que no la tengo? Pero si atosigas mucho, me lo dejas claro a cada momento —le reprochaba m hermanita entre bromas, porque bastaba con que Hayden se distrajese un momento para que ya fuese ella buscarle, era la monda.

—Mamá, pues esta es mi familia, ¿qué te parece? —le preguntaba Derek, quien siempre respetó sus decisione y parecía tener muy buen rollo con ella.

—Pues qué me va a parecer, hijo, si es que no puedes tener una familia mejor.

Yo me ruborizaba con los comentarios de mi suegra, pues la mujer me ensalzaba que era un gusto, igual que a resto, y comprendí que lo mío con Madeline nada tendría que ver con el tópico de la suegra bruja y controladora sino todo lo contrario.

En un momento dado de la cena, mientras Derek hablaba con Klaus, ella me cogió por el brazo, y con todo e

,cariño del mundo me habló

l —Mi niña, no puedo estar más feliz de ver la buena pareja que hacéis. Siempre he soñado con que mi hij disfrutase del amor verdadero y mírate: tú eres ese amor para él. Nunca le había visto tan feliz ni entusiasmad ncon nadie, nunca. Os auguro una larga vida de dicha, y ojalá que yo pueda vivir una serie de años más para verlo eporque nada me gustaría más —me confesó.

—Tú vivirás muchos años para verlo, más que Matusalén, estoy segura —le dije mientras, de una maner otambién espontánea, me salió darle un bonito beso en la mejilla.

a La quería, ya también quería a esa mujer que me acogió con los brazos abiertos. Nos había costado much llegar hasta el lugar en el que estábamos, pero era evidente que cuando lo hicimos no echaríamos atrás ni par coger impulso.

La maquinaria del amor se había puesto en marcha, y lo hizo a lo grande.

s La gente se mostraba maravillada con la cena y el asado hizo las delicias de la mayoría. En realidad, de todo aquellos que comían carne. Tanto es así que la gente pidió que saliera la cocinera a saludar y el mismo Derek fue buscarla.

Para verla a ella, que se negaba y que venía con los talones marcando el césped, resistiéndose mientras u adivertidísimo Derek tiraba de ella. Madeline fue la primera en levantarse a aplaudir y todos los demás l rseguimos. Como digo, era un verdadero ejemplo de sencillez.

—Muchas gracias, pero yo solo he hecho mi trabajo —les decía Molly antes de irse corriendo de nuevo para l ecocina, cosa que hizo en cuanto Derek se despistó un segundo, mirándome, porque él no podía estar demasiad tiempo sin buscarme con la mirada y sin dedicarme uno de sus sugerentes guiños de ojo, esos que provocaban qu syo hiciese un charco allí donde estuviese.

s Lo cierto es que Molly había puesto toda la carne en el asador, y nunca mejor dicho, porque el asado estuv acompañado de otra serie de exquisiteces que deleitaron a todos los presentes.

a A la hora de las postres, ya se desató la locura. Habría sido demasiado que eso también corriera a cargo de un ícocinera a la que, pobre mía, habríamos tenido que jubilar al día siguiente, así que Derek los dejó en manos de l mejor pastelería de la zona, que montó una mesa de postres y dulces que no se la saltaba un galgo.

a Golosos y no golosos, todos, dieron cuenta de esos azucarados primores que fueron el colofón de una cena a l ,que seguiría un baile memorable.

A nosotros nos sirvieron una selección de esos dulces en la mesa y tras degustarlos, nos sirvieron también u vino de lo más selecto que yo creí reconocer, con un toque dulce y afrutado.

No era extraño, ya que entre los amigos de Derek que acudieron a la fiesta estaba Sam, y los vinos corriero por su cuenta. Tampoco faltaron mis amigas de toda la vida, que se desplazaron hasta Ohio para vivir conmig elaquella bonita noche. Samantha, Marie y Rachel levantaron como todos su copa, brindando por nosotros. Ella estaban sentadas en la misma mesa que Ava y Martín, y no paraban de reír con las ocurrencias del argentino.

s Yo esperaba unas palabras por parte de Derek en el momento del brindis, y no me equivoqué. Nada má comenzar a hablar, sentí que las mejillas me explotarían, pero él hizo caso omiso de ello.

n —Tiffany, sé que estás mirando a tu alrededor y que ves muchas cosas bellas, aunque nada tan bonito como tú quien verdaderamente tiene una vista bella en estos momentos soy yo —Creí morir de vergüenza y de amor a omismo tiempo—. Ahora es cuando me das un pisotón por debajo de la mesa y puedes intentarlo, no hay problema uhe hecho que refuercen las punteras de mis zapatos, sabes que soy un hombre previsor —causó la risa de todos— elAhora en serio, amor, hace muchos años te perdí por cretino y la vida te ha devuelto a mi lado, demostrándom que soy un hombre con suerte. Pero la suerte hay que aprovecharla y no permitir que pase a tu lado sin pena n gloria. Yo quiero honrar esa suerte pidiéndote esta noche eso que debí pedirte hace muchos años: que te casara conmigo.

i Me faltó la respiración. En ese momento me faltó porque no voy a decir que no se me hubiera pasado por l acabeza una y mil veces la idea de casarme con Derek Miller, pero no era algo que pensase que llegase tan pront ni mucho menos que fuera a pedirme en ese momento.

s De pronto lo entendí todo: entendí que había preparado una fiesta para el recuerdo porque era la fiesta d nuestra pedida de matrimonio, y entendí también qué era esa cajita que abrió ante mis ojos.

No me deslumbró el brillo del diamante de mi anillo de pedida en sí. Puedo prometer y prometo que no fu leso; lo que a mí me deslumbró por completo fue el significado de ese anillo.

, Derek quería casarse conmigo, quería formalizar nuestra unión y no quería esperar demasiado. Señales toda ellas, e inequívocas, de que me amaba. Y si él me amaba… No digamos ya cuánto le amaba yo.

l Un par de lagrimones cayeron de mis ojos en ese momento en el que mi barbilla comenzó también a temblar.

—Tiffany, cariño —me ofreció mi hermana un pañuelo de papel con el que borré esas lágrimas, aunque en vano, porque fueron sustituidas por otras.

La gente contenía la respiración y es que yo estaba tan emocionada que no me di cuenta ni siquiera que había de contestarle, ¿es que había alguna otra opción? Porque yo no la contemplaba.

—Tiffany, querida, todos están esperando —me animó Madeline y entonces caí en la cuenta.

—Derek yo… ¡Yo solo quiero casarme contigo! —exclamé mientras extendía mi mano hacia la suya, que ya portaba el anillo que encajó en mi dedo mientras sus labios y los míos se hacían uno.

La emoción me embargaba de pies a cabeza y, mientras todos comenzaron a aplaudir, yo solo podía notar el acalor de sus besos, al mismo tiempo que murmuraba en mi oído:

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo y solo viviré para que tú seas una mujer más feliz todavía.

Me abrazaba fuerte a él porque creía en sus palabras. Derek había logrado un milagro: que volviera a creer fielmente en él, que creyera a ciegas y que no me cuestionase un amor que parecía ser más que verdadero.

Terminó por cogerme en brazos. No sé ni en qué momento mis pies dejaron de entrar en contacto con el suelo pero aquella no era más que la representación de que con él volaría muy alto y de que juntos viviríamos un sueño.

Cuando por fin me dejó en el suelo, cuando aquel fortachón que me ponía a mil me soltó, mi hermanita corrió aa abrazarme.

—¡Te lo mereces, cariño! ¡Te lo mereces!

—¡Y tú lo sabías! ¡Tú lo sabías! —le dije porque lo noté.

—Sí, cariño, yo sabía que sería una de las noches más especiales de nuestras vidas. Tiffany, desde que nací me has cuidado como nadie, me has adorado y he sido tu niña. No tengo palabras para agradecerte y, aun así, soy yo quien quiere pedirte algo más todavía esta noche…

—¿Qué quieres pedirme, amor?

—¡Que empiece la fiesta! —chilló.

En ese momento, ella, que debía estar compinchada con Derek dio el pistoletazo de salida a la madre de todas las fiestas, una en la que comenzaron a sonar los acordes más románticos del mundo, los *de Rest of my life* que ambos comenzamos a bailar ante los aplausos de nuestros invitados, que nos rodearon.

Cuando llegó la parte en que dice «*Nunca en mis sueños pensé que esto me pasaría»* comencé a llorar otra vez porque él me la cantaba y yo estaba tan sensible y feliz a la vez…

—Yo tampoco lo creí. No lo creí ni en mis mejores sueños —le decía agarrada a él, con su cadera en la mía y deshaciéndome en halagos hacia el hombre que me había enamorado como lo había hecho.

—Te voy a querer tanto, ¿qué digo? Si es que ya te quiero tanto —me decía él, preso también de una osensibilidad que contrastaba con su aspecto de tipo duro.

Increíblemente guapo y con la felicidad saliendo de cada uno de los poros de su piel, comencé a amar sus oscuros ojos todavía más esa noche, mientras bailábamos esa balada que tenía un significado muy especial para snosotros, pero mucho, porque la escuchamos también la noche de nuestro reencuentro. Esa noche en la que meses atrás volvimos a hacer el amor, Bruno Mars sonó en ciertos momentos y ese tipo de detalles no son fáciles de ı,olvidar.

Con esa balada me recordaba una vez más que todo lo nuestro estaba muy presente en su vida, en esa vida que dedicaría a hacerme tan feliz. Yo le adoraba y me lo comía con los ojos, porque según la fue cantando me enamoré cada vez un poquito más de él, ¡ya lo había vuelto a hacer! Y eso que siempre pensaba que había llegado eal tope.

Cuando la balada terminó comenzaron a sonar otras muchas, y entonces fue el momento de bailar con el resto sHayden lo hizo conmigo mientras que mi emocionada hermanita lo hizo con Derek. Mi cabrilla alocada preferida estaba loca de alegría por mi enlace y quién sabía si en su juvenil cabecita no hacía el paralelismo y se veía ella amisma, años después, casándose con Hayden.

—Solo te pido que la cuides mucho, solo eso —le rogué mientras bailaba con ese chico que hacía más bonitos los días de Ylenia.

—La cuidaré tanto como Derek te cuida a ti, ¿te parece? —me preguntó.

—Me parece la mejor de las ideas del mundo, eso me parece, chaval —le dije dándole un abrazo.

Después de eso, bailé con Martín y tras el baile con el argentino, que fue de lo más divertido, le tocó el turno a Kevin, quien aguardaba.

Para mí se trató de un momento especialmente controvertido, y no solo por lo mucho que sabía que le gustaba sino porque al atractivo veterinario le debía yo mucho, y todavía como que sentía que no se lo había agradecido lo suficiente.

—Ahora contigo, ¿no? —le indiqué que se acercase.

—Eso parece, todo llega—me respondió sonriente.

Kevin demostraba tener no solo buen talante, sino buen perder. Supongo que, a aquellas alturas, ya se habrí resignado a perderme, así que se acercó y me dio un abrazo, antes de comenzar a bailar.

—Gracias, soy yo quien debería abrazarte. Te debo mucho y tengo la sensación de que todavía no te lo h agradecido lo suficiente, ¿puedo hacer algo por ti? —le pregunté.

—¿Aparte de bailar conmigo? Porque desde ya te advierto que no soy el mejor bailarín del mundo, y que igua lte piso.

—Da igual, aparte de eso—afirmé.

—Romper tu compromiso con Derek no es viable, ¿no? —me sonrió.

—Me temo que no—le devolví la sonrisa.

—Pues entonces bailemos…

Me sentí muy en paz en ese momento en el que noté que todo estaba en su sitio, y que hay personas que sabe conformarse, aun cuando no logran aquello que tanto ansían.

En silencio, y mientras bailaba con Kevin, le deseé lo mejor del mundo al atractivo veterinario. Le deseé qu alguna chica también llegara a quererle como él se merecía y que él pudiera llegar a mirarla como me miraba a m en ese momento.

Tras nuestro baile, ya Derek aguardaba nuevamente su turno. Le tocó a Kevin cederle el paso, soltando mi ebrazos.

—Muchas gracias —me dijo antes de separarse de mí.

—Muchas gracias a ti —añadí yo y, loca de felicidad, moví las caderas mientras avanzaba hacia Derek enseñándole mi anillo de pedida como si él no lo hubiera visto nunca, como si no hubiera sido quien lo eligió.

Mi prometido me miró y me abrazó fuerte.

—No dudo que le gustes, pero no como me gustas a mí. A nadie en el mundo le puedes gustar tanto porque y eme muero por ti —me confesó antes de, romántico, comenzar de nuevo a moverse al son de la más melódica d las músicas.

Tras el baile con él, bailé también con las chicas, todas juntas. Para ese momento ya dejamos el romanticism a un lado y escogimos música pop con la que dar brincos como locas, porque parecíamos estar como cencerros.

Ylenia, Ava y mis amigas Samantha, Marie y Rachel formábamos un grupo de lo más chispeante qu finalmente se unió al formado por Derek, Hayden, Martín, Sam y algunos otros de los amigos de Derek, qu aacabaron también bailando con mis amigas en la noche más animada del mundo.

—La gente se lo está pasando de muerte —me decía Derek un rato después, cuando comenzaba a sonar salsa.

—Y más que se lo pasará ahora, porque vamos a partir la pana, ¡bailemos! —le dije.

Me flipaba bailar cualquier cosa con él, pero más todavía la salsa, porque en la salsa el hombre te lleva y a m sme ponía una cosita mala que Derek me llevase.

La primera que sonó fue la de *Vivir mi vida* de Mark Anthony y yo sí que la viví en colores, porque no podí resultarme más alegre.

«Voy a reír, voy a bailar
Vivir mi vida, la la la la.
Voy a reír, voy a gozar
Vivir mi vida, la la la la»

Nosotros sí que estábamos gozando, y en particular yo estaba alucinando, porque tenía la sensación de qu disfrutaría mucho con aquella fiesta, pero nunca tanto y mucho menos hubiera imaginado que era la de mi pedida.

—Tú me has hecho gozar increíblemente esta noche, una noche que no voy a olvidar en la vida —le decí mientras él me cantaba por lo bajini y yo… Yo es que lo que deseaba era devorarle allí mismo.

Me estaba poniendo mucho, me estaba poniendo tanto que confieso que hubo más de un momento en la noch en la que estuve a punto de tirar de él y llevármelo hacia algún lugar en el que la intimidad le permitie demostrarme en privado todo lo que me había confesado en público.

No lo hice por respeto a toda esa gente que acudió a acompañarnos, algunos llegados desde muy lejos, y que s merecían nuestra presencia, pero eso solo logró acrecentar mis ganas de Derek.

Unas horas más tarde, los invitados comenzaron a despedirse y eso tuvo su miga, porque eran muchos tuvimos que agradecerles a todos. Picante, mientras lo hacíamos, en algún momento Derek me pellizcó el traser

al mismo tiempo que se mostraba de lo más formal delante de quien fuese.

Le gustaba buscarme y esa noche me iba a encontrar, porque si había sido una leona en muchos momentos… aesa noche sería como una leona en celo.

Los tonos ocres de mi vestido, o quizás las copillas que llevaba en el cuerpo, me hicieron pensar en la selva y een esa leona en la que me convertiría esa noche, y la garganta se me secaba mientras me lo imaginaba. Por fin no quedamos a solas, los últimos en el jardín, y por fin me cogió en brazos, ¡llegaba nuestro momento!

al mismo tiempo que se mostraba de lo más formal delante de quien fuese.

Le gustaba buscarme y esa noche me iba a encontrar, porque si había sido una leona en muchos momentos… esa noche sería como una leona en celo.

Los tonos ocres de mi vestido, o quizás las copillas que llevaba en el cuerpo, me hicieron pensar en la selva y en esa leona en la que me convertiría esa noche, y la garganta se me secaba mientras me lo imaginaba. Por fin nos quedamos a solas, los últimos en el jardín, y por fin me cogió en brazos, ¡llegaba nuestro momento!

Capítulo 26



Por fin en nuestro dormitorio, mi vestido ya pasó a la historia.

Yo no llevaba sujetador, así que mi tanga era lo único que me separaba de la desnudez total, de esa desnude que deseaba mostrarle a un Derek que parecía tan ansioso de mí como yo de él.

—Me muero porque me haga el amor mi prometido —le dije mientras, revoltosa, jugaba con mi pelo.

Las palabras le llegaban directas mientras que mis senos apuntaban a él. Esos pezones que, como piedras habían endurecido a lo largo de la noche, se mostraban más duros aún, tanto que hasta me dolían.

Lubricada a más no poder, quise que lo notase, para lo que llevé su mano hasta mi entrepierna mientras su boca se dirigía hacia mis pezones, de los que comenzó a tirar con los dientes. Primero me escoció un poco, pero e que a mí me iba la marcha, por lo que chillé de placer en cero coma uno, momento en el que los soltó y entonce acudió a, con esos mismos dientes, partir mi tanga.

Si yo era una leona, él no era menos un fiero león en una noche más en la que lo daría todo en la cama, com Derek lo hacía siempre, aunque yo intuía que sería especial, por aquello de que el amor estaba en el aire.

Su lengua se introdujo en mí con el movimiento ágil de una culebra, y entonces sentí que me vaciaría para él que esa noche sacaría mi esencia hasta dejarme seca, como seca sentí ya mi garganta.

—Me muero, necesito beber algo —le pedí y entonces paró un segundo para servirme una copa.

—Te la pongo siempre que te toques para mí —me pidió.

—¿Tocarme para ti? Eso está hecho, le dije mientras llevaba el dedo corazón de mi mano derecha hasta mi labios, tras lo cual lo mojé y comencé a masajear mi clítoris, soltando, en pequeñas dosis, los más insinuantes d los gemidos.

Moría de morbo por la forma en la que él me miraba, por la forma en la que bebió de esa copa que me pus porque la garganta se le secó al mismo tiempo que el resto de su cuerpo ardió, mientras mi dedo continuab dibujando círculos sobre un clítoris cuya extrema sensibilidad me llevaba a pensar que ya estaba a punto d caramelo.

Yo no podía sentirme más excitada, y a él le sucedía exactamente lo mismo.

—Si sigues bebiendo de mi copa, tendrás que ponerme otra —le aseguré.

—Y si tu sigues tocándote así, deberás correrte para mí —me pidió.

—¿Qué te apuestas a que lo hago antes de que la sirvas?

—No me apuesto nada, brindo por ello —me dijo antes de dar otro sorbo.

—Para brindar, has de venir hasta aquí con dos copas —le pedí.

—Y para eso quiero escuchar cómo te corres…

Tragué saliva, le miré fijamente a los ojos, luego recorrí su torso, tan fuerte y ancho, para llegar a su cintura encarar su erecta masculinidad. Solo con observarla noté ese extremo calor procedente de lo más interior, ese qu te desboca el corazón y que te indica que el momento ha llegado.

Mis dedos, que ya se movían con agilidad en ese instante, comenzaron a hacerlo todavía a más velocidad entonces… Entonces exploté de placer para él.

El endurecimiento de Derek llegó a su culmen. Poco a poco se acercó a mí con esa copa en la mano. L apuesta la gané yo, porque no le dio tiempo a servir una más, aunque rellenó esa misma de la que me dio a bebe para a continuación volver a besar mis labios como solo él sabía hacerlo.

Derek no se conformaría con que mi esencia se desparramase. Yo lo conocía muy bien y tenía claro qu querría beber igualmente de mí, como hizo. Sin duda que lo haría…

Bajó y metió su lengua de nuevo en lo más íntimo de mí, moviéndola y aprisionando mis muñecas con su fuertes manos. Cuando no podía moverme porque él así lo decidía me volvía más loca aún, sentía que me correría de nuevo en breve, porque me resultaba irresistible.

Una vez hubo bebido de mi interior, me sonrió y comenzó a jugar conmigo a un juego tan morboso como perversillo, dado las muchas ganas que ambos teníamos de que su pene hiciera blanco en mi vagina.

Así, jugando con mi cintura, metía únicamente la punta de su flecha afilada, y cuando yo cerraba los ojos y creía que rozaría el cielo, la sacaba, dejándome con la miel en los labios.

Yo entonces me quejaba y él volvía a la carga. Punta va y punta viene me dejaba con las ganas una y otra vez hasta que una de las veces que lo hizo, un certero movimiento de cintura por mi parte le llevó a deslizarse por completo, ¡ya lo tenía!

—Así que esto es lo que quieres, ¿no? —me preguntó.

—Eso es lo que quiero, ¿cuánta caña puedes darme, vaquero? —le pregunté en lo que representaba toda una provocación por mi parte.

—¿Igual más de la que podrías aguantar? —me preguntó con tanta sorna como excitación.

—Igual, pero si no lo haces, entonces no podrás comprobarlo. Y sería toda una pena —le dije mientras nuevamente mojaba mi dedo corazón en la boca y lo llevaba hacia mi clítoris, el cual no pude encontrar más inflamado.

Fue el colmo para él, así que comenzó a entrar y salir en mí con tanta fuerza y excitación que apenas podía cogerme al colchón, con la sensación de que en una de esas nos íbamos los dos directos al suelo, cosa que no llegaría a suceder, por otra parte, puesto que él controlaba.

Derek controlaba hasta el punto de que, cada vez que creía que se correría, y que ese primer episodio amatorio de la noche llegaría hasta ahí (porque tenía claro que no sería el último), paraba un segundo y era como si recargara pilas y comenzara de nuevo, no pareciendo tener fin su ímpetu sexual, ese que tantísimo me ponía.

En la posición del perrito, con él de pie delante de mí y yo a cuatro patas recibiendo sus poderosas embestidas, pude ver a través del espejo mural que tenía enfrente que su excitación iba a más, momento en el que también se mojó varios dedos que, poco a poco, fue introduciéndome por detrás.

Conforme lo iba haciendo, ese estrecho canal se dilataba y sus ganas llamaron a mis ganas, porque todavía había universos sexuales que habríamos de explorar juntos, y a mí me excitaba mucho que así fuera.

—¿Y por qué no me posees por ahí? —le pregunté en el momento en el que yo misma me di una de esas nalgadas que él solía administrarme en la dosis justa para sacar la parte más viciosa de mí.

—¿Es eso lo que quieres, preciosa? —me preguntó.

—Eso es lo que quieres tú, me lo dicen tus ojos, ¿y sabes qué? Que me has contagiado las ganas —le comenté porque así lo pensaba y porque deseaba que aquella noche fuera memorable en todos los sentidos.

Yo había tenido fantasías sexuales en las que Derek me penetraba analmente si bien el tamaño de su miembro viril, que hacía juego con el del resto de su cuerpo, me hizo pensármelo.

Era obvio que la cuestión no sería tan sencilla, si bien tenía claro que él lo haría con todo el tacto del mundo y que pararía antes incluso de que yo se lo pidiera.

—¿Te las he contagiado? ¿De veras te las he contagiado? —me preguntaba mientras tiraba de mi pelo para que mi boca se ladease, uniendo sus labios a los míos y haciendo que nuevamente me desparramase de amor por él.

—Sí, de veras, venga, hazlo —le pedí, volviendo a darme otra nalgada…

—Solo te digo que iré despacio y no hace falta que…

—Sé lo que me vas a decir, si no aguanto la entrada de la cabeza del misil, paso de sufrir el resto —le advertí entre lujuriosas bromas para su tranquilidad.

Noté cómo gestionaba la entrada de aire en sus pulmones por la suma excitación. También noté cómo iba hacia la mesilla de noche y cogía un gel de esos dilatadores que hicieran la operación más sencilla.

Con sumo mimo, lo colocó en mi entrada trasera, masajeándola e introduciendo sus dedos circularmente dilatándome, mientras que con la otra mano masajeaba mi clítoris, el cual volvía a estar increíblemente excitado y a punto de hacer que mis gritos resonaran en el dormitorio.

Ocurrió justo después de que él terminase de aplicarme el gel, en el momento en el que se empleó a fondo en provocarme ese otro orgasmo que me relajara lo suficiente como para facilitar la maniobra que tenía por delante.

Después me tumbó sobre la cama, por completo y bocabajo.

—Así será más fácil, seré yo quien vaya entrando con lentitud.

Mientras me lo decía, yo todavía disfrutaba de los coletazos de ese orgasmo que me había llevado al mismo éxtasis, a un éxtasis que disfruté lo más grande al tiempo que me preparaba para lo que estaba por venir.

La cabeza de su miembro se asomó decidida, pero lentamente, por la puerta de mi ano. En ese instante sentí un acierto hervor que fue a más en cuanto hizo por ir avanzando.

—Para, para un momento —le pedí pensando que necesitaba un respiro y él no solo lo hizo de inmediato, sino que mientras me regaló un buen montón de caricias y besos por todas las partes de mi cuerpo.

—¿Quieres que salga del todo? —me preguntó en el más comprensivo de los tonos.

—En absoluto, no soy de las que da marcha atrás tan fácilmente —le recordé mientras una fina capa de sudor comenzaba a recorrer mi cuerpo porque aquello tenía lo suyo.

—Está bien, tú marcas el ritmo, no hace falta que te lo recuerde —me dijo sin dejar de venerarme con sus besos y sus caricias.

—Y yo no hace falta que te recuerde que tu madre te dejó muy bien rematado y que eso hace que esto tenga su mérito —le dije sacando su risa.

Reírnos hizo que me relajase más y a continuación le pedí que siguiera.

—Voy poco a poco, mi amor…

—Sí, a no ser que quieras sacarme las bolas de los ojos —le recordé porque para mí era demasiado, como para hacerlo con prisas.

Obvio que no hacían falta y obvio también que solo podríamos acoplarnos yendo a un ritmo moderado, aunque Derek tuvo razón en que, pasado el comienzo, pasado lo peor.

Cuando por fin, tras sudar lo mío, él llegó al final, noté que la posición me resultaba bastante más aliviada porque él podía moverse con algo más de soltura sin que yo sintiera dolor.

Con cuidado, comenzó a hacerlo y el ardor inicial dio lugar a un cierto gusto que tenía mucho que ver con el morbo y otro mucho con que sus manos volvieron a mi excitado clítoris, y él procuró darme placer por varios frentes a la vez mientras su boca buscaba de lado la mía para besarme al mismo tiempo.

Cuando por fin terminamos, habían pasado varias horas y concluí que fue la noche más excitante para mí hasta la fecha, esa en la que conocí el sexo anal y, una vez más, de su mano… Bueno, más bien lo conocí con otra parte de su cuerpo, pero es un decir.

Derek se tumbó a mi lado y me echó aire en mi acalorado rostro.

—¿Te ha gustado? —me preguntó mientras me abrazaba.

—Primero he pasado lo mío, pero luego me ha dado un morbo que has destapado la caja de los truenos, te lo advierto —reí.

—Eres una campeona, siempre fuiste mi campeona, y ahora serás mi mujer, todavía no me lo creo…

—Eso es cierto, ¿cuándo nos casaremos?

—¿Y qué tal la próxima primavera? —me preguntó.

—¿Con el *Derby* de por medio? Lo veo un tanto complicado, imagínate cómo estaré para entonces.

—Pues yo muero por casarme contigo, ¿y una boda de invierno? El rancho es tan hermoso en invierno como en otras épocas del año, y las bodas de invierno son también muy bonitas —me propuso.

—Mira, esa idea me gusta, ¿pero nos daría tiempo?

—Ya has visto el tiempo en el que he preparado la fiesta de anoche, yo cuando me empeño en algo…

—En eso tienes razón, enero puede ser un buen mes. Le daremos la bienvenida al nuevo año con una boda ¡nos casamos! —le chillé.

La cabeza de su miembro se asomó decidida, pero lentamente, por la puerta de mi ano. En ese instante sentí un cierto hervor que fue a más en cuanto hizo por ir avanzando.

—Para, para un momento —le pedí pensando que necesitaba un respiro y él no solo lo hizo de inmediato, sino que mientras me regaló un buen montón de caricias y besos por todas las partes de mi cuerpo.

—¿Quieres que salga del todo? —me preguntó en el más comprensivo de los tonos.

—En absoluto, no soy de las que da marcha atrás tan fácilmente —le recordé mientras una fina capa de sudor comenzaba a recorrer mi cuerpo porque aquello tenía lo suyo.

—Está bien, tú marcas el ritmo, no hace falta que te lo recuerde —me dijo sin dejar de venerarme con sus besos y sus caricias.

—Y yo no hace falta que te recuerde que tu madre te dejó muy bien rematado y que eso hace que esto tenga su mérito —le dije sacando su risa.

Reírnos hizo que me relajase más y a continuación le pedí que siguiera.

—Voy poco a poco, mi amor…

—Sí, a no ser que quieras sacarme las bolas de los ojos —le recordé porque para mí era demasiado, como para hacerlo con prisas.

Obvio que no hacían falta y obvio también que solo podríamos acoplarnos yendo a un ritmo moderado, aunque Derek tuvo razón en que, pasado el comienzo, pasado lo peor.

Cuando por fin, tras sudar lo mío, él llegó al final, noté que la posición me resultaba bastante más aliviada y que él podía moverse con algo más de soltura sin que yo sintiera dolor.

Con cuidado, comenzó a hacerlo y el ardor inicial dio lugar a un cierto gusto que tenía mucho que ver con el morbo y otro mucho con que sus manos volvieron a mi excitado clítoris, y él procuró darme placer por varios lados a la vez mientras su boca buscaba de lado la mía para besarme al mismo tiempo.

Cuando por fin terminamos, habían pasado varias horas y concluí que fue la noche más excitante para mí hasta la fecha, esa en la que conocí el sexo anal y, una vez más, de su mano… Bueno, más bien lo conocí con otra parte de su cuerpo, pero es un decir.

Derek se tumbó a mi lado y me echó aire en mi acalorado rostro.

—¿Te ha gustado? —me preguntó mientras me abrazaba.

—Primero he pasado lo mío, pero luego me ha dado un morbo que has destapado la caja de los truenos, te lo advierto —reí.

—Eres una campeona, siempre fuiste mi campeona, y ahora serás mi mujer, todavía no me lo creo…

—Eso es cierto, ¿cuándo nos casaremos?

—¿Y qué tal la próxima primavera? —me preguntó.

—¿Con el *Derby* de por medio? Lo veo un tanto complicado, imagínate cómo estaré para entonces.

—Pues yo muero por casarme contigo, ¿y una boda de invierno? El rancho es tan hermoso en invierno como en otras épocas del año, y las bodas de invierno son también muy bonitas —me propuso.

—Mira, esa idea me gusta, ¿pero nos daría tiempo?

—Ya has visto el tiempo en el que he preparado la fiesta de anoche, yo cuando me empeño en algo…

—En eso tienes razón, enero puede ser un buen mes. Le daremos la bienvenida al nuevo año con una boda, ¡nos casamos! —le chillé.

Capítulo 27



Mi ilusión era máxima al bajar por la mañana a la cocina, donde ya estaban todos.

—Alguien ha celebrado una noche de bodas por adelantado —le decía Ylenia a Madeline, con quien había cogido gran confianza, ya que la mujer también se hacía querer.

—Y yo que me alegro. Todavía se me ponen los pelos de punta de acordarme de la celebración de anoche —nos confesó.

—Y no pensarás que la celebración ha terminado, mamá. Ya me conoces, yo todo lo hago a lo grande —le dijo Derek, quien parecía estar tan contento que deseaba que siguiéramos disfrutando juntos al día siguiente.

También era normal. Madeline se quedaba como una semana y lo lógico era que su hijo quisiera hacer cosas especiales ese día.

—¿Y hoy qué se supone que vamos a celebrar? —le pregunté.

—Hoy celebraremos el darles la noticia de que nos casamos en enero, muñeca, ¡y lo haremos con una excursión por el rancho!

—¿A caballo? —le preguntó mi hermana, a quien siempre le faltaba el tiempo para querer montar.

—Pues sí, pequeña, y estoy seguro de que tú querrás liderar la expedición.

—Y tanto que sí…

—La zona de la catarata se pone increíblemente bonita en esta fecha, es mi favorita, y mi madre…

—No, hijo, ya sabes que no monto a caballo desde hace años y no lo haré hoy.

—¿Qué dices, Madeline? —le preguntó mi hermana, para quien no montar a caballo suponía como una especie de aberración.

—Chica, es que yo me caí una vez y le cogí aversión al tema. No quiero ni escuchar hablar de ello.

—Mamá, tienes que perderle el miedo alguna vez. Tú antes disfrutabas mucho montando…

—Y ahora también, hijo, pero de otro modo —le guiñó pícara el ojo, porque su madre sería una mujer mayor pero no parecía haber perdido el gusto por disfrutar las cosas buenas que tiene la vida.

—No, mamá, ha estado bien, pero eso no cuela. Además, las chicas te ayudarán, ellas tienen una mano increíble con los caballos, todas…

—Nosotras menos —añadieron mis tres amigas, que ellas también se habían quedado el día siguiente con nosotros.

—Qué menos y qué nada, ¡a montar todas! —las animó Ylenia—. Y otra cosa, ¿*habemus* boda en enero? Ay Dios mío, qué frío vamos a pasar, ¿tiene que ser en enero?

—Sí, cariño, porque las bodas en invierno son muy bonitas —le comenté.

—¿Y en primavera son feas?

—No, pero en primavera tenemos el *Derby* y no podemos permitirnos distracciones…

—Acabáramos, pues nada, ¡a pasar frío!

Derek lo tenía ya todo controlado en el sentido de que nos habían preparado un picnic para llevarnos ese día.

Molly era incansable y, a pesar de lo mucho que trabajó la noche anterior, se empeñó en dirigir su preparación personalmente. Esa mujer sí que era una campeona realmente incombustible.

En una hora lo tuvimos todo preparado, y llegó el momento en el que Madeline tuvo que montar. Un verdadero número, ya os lo adelanto…

—Yo es que me muero, me muero —Salió corriendo y su hijo detrás, trayendo a esa mujer menuda en brazos.

El padre de Derek sí que fue un hombre grande, pero Madeline no abultaba nada. Impresionaba que Derek

hubiera salido de su interior, claro que en esos momentos era más pequeño, solo hubiera faltado.

—Vos vas a disfrutar, relinda —le decía Martín mientras su hijo la subía en el caballo y ella chillaba.

—Yo iba a disfrutar en la boda, pero Derek se ha empeñado en que no llegue viva. Con la ilusión que me hací verle casarse con Tiffany.

—Mamá, te advierto que no te valdrán los dramatismos.

—No son dramatismos, hijo —se quejó ella.

—Lo son un poco, amor —intervino Klaus, su marido, quien tenía algo de malas hechuras montado en e caballo, como si no dominara mucho la técnica, pero le avergonzara decirlo.

—Pues tú ten cuidado, que muy fino no te veo, ¿tú has montado alguna vez, cariño? —le preguntó ella.

—Yo sí, no es que no sea profesional, pero claro que he montado —le respondió él como un poco ofuscado.

—Bueno, bueno, yo no digo nada, vale… Pero ten cuidadito, que tampoco me quiero quedar viuda…

—No, pelotudo, tu esposa tiene razón, vos y ella formáis una pareja relinda —le decía Martín, que ese estab en todo y que tampoco parecía fiarse mucho de las dotes de Klaus para montar.

Mis amigas, que habían recibido clases de niñas pero que no eran demasiado amantes del mundo ecuestre, l miraban de reojo.

a —No le pasará nada a nadie, Ava y yo nos encargaremos de todo —trataba de tranquilizar Ylenia al personal.

—Y Martín y yo también —añadió Hayden, caballeroso.

– —¿A mí me toca laburar en día de fiesta? ¿Y eso por qué? —le preguntó el argentino en broma, porque l cierto es que también era muy colaborador.

o —Porque igualmente hemos de hacer méritos para que estas chicas quieran, algún día, ser algo más qu nuestras novias —repuso contundente Hayden, quien parecía tenerlo claro.

s —Pibe, vos rezumas romanticismo como el otro —señaló a Derek.

—Y a ti no te valdrá solo con ese pico de oro que tienes —le recordó su novia, que también tenía mucho arte igual que él.

a Para arte, arte, el del momento en el de echar a andar y esos chillidos de Madeline, quien no las tenía toda consigo.

—Suegra, si lo haces muy bien, solo debes confiar un poquito —le decía yo, colocándome a su lado.

—Y ese es el problema, hija, que no confío, que no confío nada…

El caso es que ella era la que se quejaba, pero dominaba. Y su marido iba callado, cuando ese parecía llevar e lo alto del caballo más miedo que vergüenza, a ver qué salía de todo aquello.

e

:,

o

n

r,

n

o

k

hubiera salido de su interior, claro que en esos momentos era más pequeño, solo hubiera faltado.

—Vos vas a disfrutar, relinda —le decía Martín mientras su hijo la subía en el caballo y ella chillaba.

—Yo iba a disfrutar en la boda, pero Derek se ha empeñado en que no llegue viva. Con la ilusión que me hacía verle casarse con Tiffany.

—Mamá, te advierto que no te valdrán los dramatismos.

—No son dramatismos, hijo —se quejó ella.

—Lo son un poco, amor —intervino Klaus, su marido, quien tenía algo de malas hechuras montado en el caballo, como si no dominara mucho la técnica, pero le avergonzara decirlo.

—Pues tú ten cuidado, que muy fino no te veo, ¿tú has montado alguna vez, cariño? —le preguntó ella.

—Yo sí, no es que no sea profesional, pero claro que he montado —le respondió él como un poco ofuscado.

—Bueno, bueno, yo no digo nada, vale… Pero ten cuidadito, que tampoco me quiero quedar viuda…

—No, pelotudo, tu esposa tiene razón, vos y ella formáis una pareja relinda —le decía Martín, que ese estaba en todo y que tampoco parecía fiarse mucho de las dotes de Klaus para montar.

Mis amigas, que habían recibido clases de niñas pero que no eran demasiado amantes del mundo ecuestre, le miraban de reojo.

—No le pasará nada a nadie, Ava y yo nos encargaremos de todo —trataba de tranquilizar Ylenia al personal.

—Y Martín y yo también —añadió Hayden, caballeroso.

—¿A mí me toca laburar en día de fiesta? ¿Y eso por qué? —le preguntó el argentino en broma, porque lo cierto es que también era muy colaborador.

—Porque igualmente hemos de hacer méritos para que estas chicas quieran, algún día, ser algo más que nuestras novias —repuso contundente Hayden, quien parecía tenerlo claro.

—Pibe, vos rezumas romanticismo como el otro —señaló a Derek.

—Y a ti no te valdrá solo con ese pico de oro que tienes —le recordó su novia, que también tenía mucho arte, igual que él.

Para arte, arte, el del momento en el de echar a andar y esos chillidos de Madeline, quien no las tenía todas consigo.

—Suegra, si lo haces muy bien, solo debes confiar un poquito —le decía yo, colocándome a su lado.

—Y ese es el problema, hija, que no confío, que no confío nada…

El caso es que ella era la que se quejaba, pero dominaba. Y su marido iba callado, cuando ese parecía llevar en lo alto del caballo más miedo que vergüenza, a ver qué salía de todo aquello.

Capítulo 28



Un rato después, y tras morirnos de la risa con los gritos de Madeline, llegamos a la zona de la catarata, qu ciertamente estaba todavía preciosa.

La temperatura ya no era la misma que en verano, así que yo no pensaba en meterme debajo del agua, porqu metí la punta del pie y me dije a mí misma que de eso nada, que a mí no me cogían en esas…

Los chicos, sin embargo, sí que se atrevieron, incluso a hacer algunos saltos desde la parte superior de l catarata.

—Derek, por el amor del cielo, tú ten mucho cuidado que tenemos una boda que celebrar —le pedí porqu sentí cierto miedo en el cuerpo.

—Tranquila, cariño, llevo toda la vida saltando desde aquí y nunca me pasó nada. No entra en mis plane dejarte viuda antes de que nos casemos.

—Y yo tampoco quiero quedarme viuda, ¡dile ahora mismo a ese hombre que se baje de ahí! —le pidió s madre en relación con Klaus, a quien le temblaban un poco las rodillas, pero que fue para arriba sin encomendars siquiera a ningún santo. Me refiero arriba de la catarata, aunque como siguiera haciendo oposiciones, él, que er de la edad de su mujer, ese día llegaba hasta el cielo, aunque fuese de rebote.

Mis amigas estaban flipando mientras miraban de cerca mi anillo de pedida, que era una verdadera virguería.

—Estás viviendo un sueño, lo que tú te merecías —me comentaba Samantha.

—Un sueño erótico, por lo que veo —prosiguió Marie, quien no podía dejar de mirar los marcado abdominales de Derek.

—Y encima es rico, yo en la boda me agencio a uno de sus amigos. De hecho, anoche, bailé con todos ellos para ir haciéndome notar. Ya escogeré, ya, ¿tú me puedes ir recomendando alguno, Tiffany? —me pregunt Rachel.

—Ya iré pensando candidatos, a ver si os quedáis cerquita de mí alguna, que me haría mucha ilusión. Os ech de menos.

—Y otra cosa, despedida de soltera a lo grande, ¿eh? —me advirtió Marie—. Tú pones la fecha y nosotras… Nosotras ponemos las ganas de bailar.

—Claro que sí, mis niñas, ¡me caso! —chillé yo y Madeline se acercó.

—¿A qué se debe esta revolución? Tengo derecho a saberlo después de haber sido asaltada a traición, todaví no me creo que haya montado a caballo, no de nuevo —nos decía.

—Pues estamos revolucionadas pensando en la despedida de soltera, Madeline —le dijo Ylenia, que ya s había unido a la conversación.

—¡Me apunto! —chilló ella con ese espíritu tan juvenil y nos miramos las unas a las otras, porque nos caí genial.

—¡Pues vale! —le respondió mi hermana mientras miraba para arriba.

—¡Te apuntas y ya viuda, sí! —le advirtió Ava, porque Klaus insistía en tirarse. El austríaco parecía quere impresionar a su mujer, cuando lo cierto es que no tenía demasiado sentido.

—¡Pelotudo, apártate, que iremos a un funeral en vez de a una boda por culpa de vos! Con las ganas de jod que yo tengo, venga ya —le pedía Martín.

—¡Que me tiro! —le respondió Klaus y Derek lo pilló al vuelo y en el último momento, evitando la tragedia.

—Yo sí que te daré un buen tirón de orejas cuando bajes, ¿se te ha ido la cabeza? Si a mí ya me impresionast con tu cuenta corriente, tonto, no hace falta que hagas malabares —le decía su mujer, haciendo que no

tronchásemos.

El día lo pasamos sensacional y, entre todas las bromas habidas y por haber, el tema de la boda no dejó de sali en ningún momento.

Tanto Derek como yo teníamos muchas ideas para la celebración, además de que apuntamos mentalment todas las que nos fueron dando los demás, que estaban muy implicados.

Al atardecer fuimos volviendo después de un día cargado de emociones en el que todo salió genial.

—Si es que le he perdido el miedo, Tiffany —me decía Madeline montando con el garbo de una amazona.

—Si es que no sé cómo tú le has podido tener miedo a algo con esa personalidad tan arrolladora —le coment yo.

—Pues también es verdad, porque yo siempre he sido muy echada para adelante, a la vista está, que he vivid la vida con mucha alegría y sin temores…

—Claro que sí, cariño, y ahora te voy a dar yo otra alegría, que le he cogido el tranquillo a esto del caballo — le dijo su marido.

—Klaus, tú tranquilito, que yo no te veo demasiado suelto —le pidió ella.

—No, tranquila tú, que te va a encantar ver cómo salto ese charco —le advirtió él.

—Mamá, ¿ese hombre se ha insolado? ¿En pleno otoño? Que eso no es un charco, que es un lago —le advirti Derek.

—Ay, Dios mío, que él de lejos no ve muy bien y se ha olvidado las gafas. ¡¡Klaus, no hagas ni una tontería ¿eh?!? Ni una —le advirtió ella.

—No, cariño, solo quiero que veas lo bien que se me da…

¿Qué creía ese hombre que se le daría así de bien? No hubo manera de agarrarle, y mirad que lo intentamo entre todos.

El caballo, cuando vio el plan, se encabritó y lo mandó más o menos al medio del lago, donde Cristo perdió e mechero.

—Se me ha matado, se me ha matado —decía Madeline.

—No, pero da unos gritos que para mí que algo se ha roto —le decía mi hermana.

La muñeca, se rompió la muñeca, y encima la derecha y siendo diestro. La de Madeline no fue boca al respect el resto de los días que permanecieron allí, antes de marcharse a Viena, prometiendo volver para mi despedida d soltera y la boda.

tronchásemos.

El día lo pasamos sensacional y, entre todas las bromas habidas y por haber, el tema de la boda no dejó de salir en ningún momento.

Tanto Derek como yo teníamos muchas ideas para la celebración, además de que apuntamos mentalmente todas las que nos fueron dando los demás, que estaban muy implicados.

Al atardecer fuimos volviendo después de un día cargado de emociones en el que todo salió genial.

—Si es que le he perdido el miedo, Tiffany —me decía Madeline montando con el garbo de una amazona.

—Si es que no sé cómo tú le has podido tener miedo a algo con esa personalidad tan arrolladora —le comenté yo.

—Pues también es verdad, porque yo siempre he sido muy echada para adelante, a la vista está, que he vivido la vida con mucha alegría y sin temores…

—Claro que sí, cariño, y ahora te voy a dar yo otra alegría, que le he cogido el tranquillo a esto del caballo —le dijo su marido.

—Klaus, tú tranquilito, que yo no te veo demasiado suelto —le pidió ella.

—No, tranquila tú, que te va a encantar ver cómo salto ese charco —le advirtió él.

—Mamá, ¿ese hombre se ha insolado? ¿En pleno otoño? Que eso no es un charco, que es un lago —le advirtió Derek.

—Ay, Dios mío, que él de lejos no ve muy bien y se ha olvidado las gafas. ¡¡Klaus, no hagas ni una tontería, ¿eh?!? Ni una —le advirtió ella.

—No, cariño, solo quiero que veas lo bien que se me da…

¿Qué creía ese hombre que se le daría así de bien? No hubo manera de agarrarle, y mirad que lo intentamos entre todos.

El caballo, cuando vio el plan, se encabritó y lo mandó más o menos al medio del lago, donde Cristo perdió el mechero.

—Se me ha matado, se me ha matado —decía Madeline.

—No, pero da unos gritos que para mí que algo se ha roto —le decía mi hermana.

La muñeca, se rompió la muñeca, y encima la derecha y siendo diestro. La de Madeline no fue boca al respecto el resto de los días que permanecieron allí, antes de marcharse a Viena, prometiendo volver para mi despedida de soltera y la boda.

Capítulo 29



A primeros de diciembre, yo me moría de la emoción.

Los preparativos de la boda estaban muy adelantados, y aunque he de decir que yo hacía todo lo posible po tener tiempo libre para ellos, lo cierto es que la mayor parte del mérito era de mi futuro marido, puesto que Derel parecía hacer magia en ese sentido y las horas le daban para todo.

Así las cosas, yo estaba súper contenta e ilusionada aquella mañana de sábado mientras en el desayuno él m comentaba todos los avances e incluso, a través de la vidriera del salón, me indicaba dónde iría colocada cad cosa.

La boda, como no podía ser de otra manera, se celebraría en el rancho. Así nos ilusionaba a los dos y así s haría. Derek sentía pasión por el que era su hogar y que se había convertido en el nuestro, contagiándome dich pasión.

Yo no podía sentirme más dichosa, y más teniendo en cuenta que ese fin de semana volvían a estar co nosotros Ava y Martín, así como Ylenia con Hayden, por supuesto.

Rodeados de todos esos chicos, nos lo pasábamos de miedo, aunque de miedo fue la propuesta que me hicieron ellas.

Estábamos a tan solo un mes de la boda y todo se me representaba de lo más feliz.

—Tenemos que hacerte una propuesta —me indicaron ambas esa mañana.

—Derek, amor, ¿tú les estás viendo la cara? Yo es que no puedo con ellas, es que no puedo —le decía entr incontenibles risas, porque tenía la corazonada de que me estaban queriendo liar.

—Yo es que ya sé lo que te van a proponer —me dijo mientras enarcaba una ceja—. Y me parece una ide perfecta, te lo advierto antes de que comiences a poner pegas —me dijo riendo.

—¿He de poner pegas? Entonces es que no se trata de una idea tan perfecta —reí porque así lo pensaba. A saber la que me podían liar entre todos.

—Se trata de tu despedida de soltera, Tiffany —añadió mi hermana.

—Ya, ¿y por qué me imaginaba yo que se trataba de eso?

—Porque estamos muy calladas al respecto y porque sabes que viene bomba a la vista.

—¿Bomba? No, bomba, no. Nosotras estamos muy centradas en lo que estamos, Ylenia.

—Ya, en mi entrenamiento, ¿y acaso te he defraudado en algún momento? Aunque solo sea un día, dime, ¿t he defraudado?

Ella sabía a la perfección cómo tocarme la fibra sensible. Y lo hacía divinamente.

—No, cielo, lo haces genial. Te esfuerzas muchísimo. Ya sabes que incluso a veces te digo que te esfuerza demasiado, que superas todas mis expectativas.

—Ok, lo que se traduce en que podemos tomarnos unos días de descanso, ¿no?

—¿Unos días? ¿Cuántos días? —le pregunté un tanto temerosa.

—Pocos… Un fin de semana un poco largo, unos cuatro días en total —murmuró.

—¿Y por qué necesitamos cuatro días? A ver, dame una razón de peso, di, que me tienes intrigada…

—¡Porque nos vamos a Las Vegas! —chillaron tanto ella como Ava, súper entusiasmadas ambas.

Yo me quedé estupefacta porque estaba esperando que movieran ficha, pero no tan a lo grande.

—¿A Las Vegas? ¿Y qué se nos ha perdido a nosotras en Las Vegas? —les pregunté con temor.

—Lo sabes muy bien, así que deja ya de hacerte la tonta, ¡celebraremos tu despedida de soltera allí! — exclamaron.

—¡¿Mi despedida de soltera en Las Vegas?! Pero… pero eso no puede ser —negué con la cabeza porque m parecía un exceso.

—¿No puede ser? ¿Y eso por qué? —intervino Derek, que estaba escuchando la conversación.

—Porque no, porque no puede ser, hombre. Las Vegas están muy lejos y…

—Y nos vamos en avión, hermanita, a ver si te crees que llegaremos hasta allí andando. Entonces, en vez d cuatro días, necesitaríamos cuatro meses —rio Ylenia.

—¡Es demasiado ¡Es demasiado! —les decía yo.

—Nada es demasiado para mi prometida —añadió Derek, a quien parecía encantarle la idea.

—¿No te parece excesivo? —le pregunté.

—Lo que me parece excesivo es que trabajéis tanto y descanséis tan poco, cariño, eso es lo que me lo parece Te mereces una despedida de soltera inolvidable, y la vas a tener —me dio un beso.

Todos me mimaban y me cuidaban mucho. Yo me quedé unos segundos pensando y, ¡qué caramba! La idea d ir a Las Vegas todas juntas (Madeline incluida), era una verdadera pasada, ¡la disfrutaríamos a lo grande!

—Está bien, está bien. Total, yo solo me pienso casar una vez —le dije, mirándole a sus oscuros ojos pensando que no existía otro par como ese, otro par que yo pudiera adorar como adoraba al que me dedicaba la más profundas de las miradas.

Le adoraba, adoraba al hombre que me apoyaba en todo y que siempre estaba dispuesto a que yo me lo pasar fenomenal y a que disfrutara de cada una de las oportunidades que la vida me pusiera por delante.

A partir de ese instante lo dejé todo en manos de las chicas. Ellas parecían de lo más emocionadas y yo… Y no cabía en mí de gozo. Estaba a un tris de casarme con el hombre de mis sueños y ya, de paso, de hacer u emocionante viaje relámpago con las chicas a Las Vegas, un viaje que supondría el broche de oro a una etapa d mi vida, la de soltera, que por fin daría paso a esa otra que tanto me emocionaba; la de casada.

Ya no pude perder de vista esa escapada de chicas que, simplemente, era imperdible. Todos ellos tenían razón porque nos había costado mucho estar en el punto en el que estábamos y porque nos lo merecíamos. Punto final.

—¡¿Mi despedida de soltera en Las Vegas?! Pero… pero eso no puede ser —negué con la cabeza porque me parecía un exceso.

—¿No puede ser? ¿Y eso por qué? —intervino Derek, que estaba escuchando la conversación.

—Porque no, porque no puede ser, hombre. Las Vegas están muy lejos y…

—Y nos vamos en avión, hermanita, a ver si te crees que llegaremos hasta allí andando. Entonces, en vez de cuatro días, necesitaríamos cuatro meses —rio Ylenia.

—¡Es demasiado ¡Es demasiado! —les decía yo.

—Nada es demasiado para mi prometida —añadió Derek, a quien parecía encantarle la idea.

—¿No te parece excesivo? —le pregunté.

—Lo que me parece excesivo es que trabajéis tanto y descanséis tan poco, cariño, eso es lo que me lo parece. Te mereces una despedida de soltera inolvidable, y la vas a tener —me dio un beso.

Todos me mimaban y me cuidaban mucho. Yo me quedé unos segundos pensando y, ¡qué caramba! La idea de ir a Las Vegas todas juntas (Madeline incluida), era una verdadera pasada, ¡la disfrutaríamos a lo grande!

—Está bien, está bien. Total, yo solo me pienso casar una vez —le dije, mirándole a sus oscuros ojos y pensando que no existía otro par como ese, otro par que yo pudiera adorar como adoraba al que me dedicaba las más profundas de las miradas.

Le adoraba, adoraba al hombre que me apoyaba en todo y que siempre estaba dispuesto a que yo me lo pasara fenomenal y a que disfrutara de cada una de las oportunidades que la vida me pusiera por delante.

A partir de ese instante lo dejé todo en manos de las chicas. Ellas parecían de lo más emocionadas y yo… Yo no cabía en mí de gozo. Estaba a un tris de casarme con el hombre de mis sueños y ya, de paso, de hacer un emocionante viaje relámpago con las chicas a Las Vegas, un viaje que supondría el broche de oro a una etapa de mi vida, la de soltera, que por fin daría paso a esa otra que tanto me emocionaba; la de casada.

Ya no pude perder de vista esa escapada de chicas que, simplemente, era imperdible. Todos ellos tenían razón, porque nos había costado mucho estar en el punto en el que estábamos y porque nos lo merecíamos. Punto final.

Capítulo 30



Un par de semanas después todo estaba listo para nuestra partida al día siguiente.

Madeline ya se encontraba en la casa junto con Klaus (quien insistió en que él podía venirse con nosotras par hacernos de «guardaespaldas»). Obviamente, nos reímos mucho con él y declinamos su ofrecimiento, ¡sol hubiese faltado!

También mis amigas habían llegado el día anterior, y todas estábamos deslumbradas por la idea de comparti ese viaje.

Me metí en la cama con Derek y entendí que, pese a que pueda sonar a ñoñería, le iba a echar de menos e esos días, algo que no dudé en decirle.

—Te extrañaré, que lo sepas —le confesé graciosamente mientras le sacaba la lengua.

—Yo sí que te extrañaré a ti, muñeca, te quiero tanto…

—¿Me quieres? ¿Cuánto me quieres? —le pregunté.

—¿Y si en vez de decírtelo te lo demuestro? —me preguntó mientras, entre sus brazos, yo iba recibiendo la más insinuantes de las caricias por el cuello, camino de mi escote y en clara dirección a mis senos.

No iba a ser precisamente aquella, en la que nos separábamos para unos días, una noche distinta, puesto que e todas ellas hacíamos el amor… y en muchas repetíamos.

—Me parece una idea aceptable —le piqué.

—¿Aceptable solo? ¿Eso es cuanto tienes que decirle a tu futuro marido? —se burló él, sin dejar de abrazarme

—Sí, sí, aceptable —volví a la carga. Me lo pasaba genial cuando le picaba y él reaccionaba de ese modo.

Le faltó el tiempo para pasar más a la acción, recorriéndome con su lengua, enfatizando en mis senos, llegand hasta mi tanga con sus dedos y, aprovechando mi mucha lubricación, introduciéndolos.

Nada le gustaba más en el mundo que hacerme el amor y a mí… A mí las rodillas se me volvían gelatina cad vez que le veía presto a hacérmelo, que era a todas las horas, para qué vamos a decir otra cosa.

Esa noche le notaba especialmente revoltoso, como si quisiera regalarme una generosa porción de sexo qu llevarme conmigo durante esos días en los que estaríamos separados.

—Quiero que te vayas bien saciada —me confesó entre respiraciones de esas hondas que indican excitació máxima.

Bien sabía yo que él no temía que yo buscase sexo fuera de casa en esos días. Y, por suerte, yo ya tambié sabía que él tampoco lo buscaría, porque aprendí a confiar en Derek.

Él, junto con los chicos y Klaus, igualmente celebraría una despedida de soltero, pero por la zona, en la cercanías del rancho, nada que ver con el *show* que las chicas me habían montado.

Por lo demás, y como digo, yo me iba bien tranquila, aunque estaba viendo que me iría tranquila y bien servid de sexo, porque así se lo había propuesto.

Derek parecía incansable esa noche, una noche en la que todas las posturas se le hacían pocas para darm placer, y en la que buscaba provocarme un orgasmo tras otro, así era la cosa.

Yo no podía contener la suma excitación que sentía, y tampoco quería… Me gustaba mostrarme pletórica par él, fresca, sexy y excitada. Cuando él me intuía así, cuando Derek sospechaba que yo estaba a punto para él, s volvía totalmente loco y algo en su interior cambiaba, sacando ese lado salvaje que tantísimo me ponía.

Acabamos haciéndolo conmigo contra la pared, mientras él me tiraba del pelo, ambos de pie, y agachaba s cabeza para que sus labios y mis labios se encontrasen. Yo solo podía morir de pasión en esa tórrida noche en l que me regalaba nuevamente su lado más pasional, pero que olía a que era especial, olía a que…

—Yo también te voy a echar de menos, pequeña. Me he acostumbrado a tenerte aquí conmigo, todas la noches en mi cama y…

—Y no se te ocurra meter a ninguna otra, ¿eh? —comenzamos a charlar cuando, tras un par d apasionadísimas horas, caímos sudorosos sobre la almohada.

—Sabes que eso no podría ocurrir, lo sabes, ¿verdad?

—Pues no lo tengo del todo claro —me burlé—, aunque más te vale, porque te advierto que no encontrarás otra tonta que te quiera más que yo —le abracé.

—Tú no eres tonta, tú solo has comprendido que el tonto fui yo por dejarte ir en su momento y que no volverí a hacer una idiotez similar en mi vida, cariño —me abrazó—. Te amo tanto…

—Y yo también te amo, mi amor, y yo también te amo.

Si todas las noches era único conmigo, esa lo fue todavía más. También tenía yo la sensación de que deseab dejar en mis labios el meloso sabor de su dulzura, porque cuando a Derek le daba por ponerse romántico no hab quien le ganase.

—Ya no nos queda nada para casarnos, ¿sabes? Muchas noches sueño con nuestra boda y te veo vestida d novia…

—Por mucho que sueñes, no podrás dar con la tecla de mi *outfit* nupcial. Pienso ser la novia más sexy que s haya visto jamás por estos ranchos —le indiqué.

—Y yo no tengo la menor duda ni de eso ni de que soy el ranchero con más suerte del mundo. Qué caray, l que soy es el hombre con más suerte del mundo. Te amo, te amo mucho, bonita mía, te amo tanto que ya n concibo la vida sin ti, eso es lo que me está pasando…

—Es que no tienes que concebirla. Yo no me voy a ir de tu lado, Derek Miller. Cielos, cuántas vece pronuncié tu nombre en alto para sacarte de mi cabeza, cuando ahora lo pronuncio y me parece el nombre má bonito del mundo, ¡nos casamos! —di un chillido.

—¡Nos casamos, muñeca! Nos casamos en unas semanas y por medio celebraremos las Navidades. No sé l que he hecho para merecerme todo esto, pero lo que te prometo es que seguiré haciéndolo.

—Más te vale también, ¿eh? Porque a mí no me bajes el nivel. Ya sabes lo exigente que soy —le recordé entr bromas e incontables abrazos y besos en una noche en la que nos hicimos todavía más cómplices… En otr preciosa noche en la que caímos rendidos la una en brazos del otro, mientras él me regalaba un repertorio d caricias y yo murmuraba una y otra vez lo mucho que le amaba.

—Yo también te voy a echar de menos, pequeña. Me he acostumbrado a tenerte aquí conmigo, todas las noches en mi cama y…

—Y no se te ocurra meter a ninguna otra, ¿eh? —comenzamos a charlar cuando, tras un par de apasionadísimas horas, caímos sudorosos sobre la almohada.

—Sabes que eso no podría ocurrir, lo sabes, ¿verdad?

—Pues no lo tengo del todo claro —me burlé—, aunque más te vale, porque te advierto que no encontrarás a otra tonta que te quiera más que yo —le abracé.

—Tú no eres tonta, tú solo has comprendido que el tonto fui yo por dejarte ir en su momento y que no volvería a hacer una idiotez similar en mi vida, cariño —me abrazó—. Te amo tanto…

—Y yo también te amo, mi amor, y yo también te amo.

Si todas las noches era único conmigo, esa lo fue todavía más. También tenía yo la sensación de que deseaba dejar en mis labios el meloso sabor de su dulzura, porque cuando a Derek le daba por ponerse romántico no había quien le ganase.

—Ya no nos queda nada para casarnos, ¿sabes? Muchas noches sueño con nuestra boda y te veo vestida de novia…

—Por mucho que sueñes, no podrás dar con la tecla de mi *outfit* nupcial. Pienso ser la novia más sexy que se haya visto jamás por estos ranchos —le indiqué.

—Y yo no tengo la menor duda ni de eso ni de que soy el ranchero con más suerte del mundo. Qué caray, lo que soy es el hombre con más suerte del mundo. Te amo, te amo mucho, bonita mía, te amo tanto que ya no concibo la vida sin ti, eso es lo que me está pasando…

—Es que no tienes que concebirla. Yo no me voy a ir de tu lado, Derek Miller. Cielos, cuántas veces pronuncié tu nombre en alto para sacarte de mi cabeza, cuando ahora lo pronuncio y me parece el nombre más bonito del mundo, ¡nos casamos! —di un chillido.

—¡Nos casamos, muñeca! Nos casamos en unas semanas y por medio celebraremos las Navidades. No sé lo que he hecho para merecerme todo esto, pero lo que te prometo es que seguiré haciéndolo.

—Más te vale también, ¿eh? Porque a mí no me bajes el nivel. Ya sabes lo exigente que soy —le recordé entre bromas e incontables abrazos y besos en una noche en la que nos hicimos todavía más cómplices… En otra preciosa noche en la que caímos rendidos la una en brazos del otro, mientras él me regalaba un repertorio de caricias y yo murmuraba una y otra vez lo mucho que le amaba.

Capítulo 31



—Cuñado, por favor, que vamos a perder el avión —le decía Ylenia a Derek, comprobando que no podía deja de darme incontables besos.

Graciosamente, ella comenzó a tirar de mí.

—Hijo, tiene razón Ylenia, ¡que tenemos una despedida de soltera que celebrar! —le recordó su madre.

Madeline era de las que se apunta a una ronda de aspirinas. Esa mujer se caracterizaba por ser incombustible y ya nos había advertido que estaba deseando vivir la marcha de Las Vegas, ¡para verla! Ella era muy alegre y siempre iba a la última. Para el viaje se nos colocó un abrigo amarillo flúor que era la caña y con el que, desd luego, llamaba la atención.

—Cariño, ¡no te vayas a perder! ¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? —le preguntaba Klaus.

—¿Perderse con ese abrigo, requetepelotudo? Si tu mujer es única, no podría perderse ni en una manifestació en Tokio, ¿no viste lo que llama la atención con ese abrigo? Solo Madeline se lo podría colocar y encima parece divina —opinaba Martín, porque ciertamente ella tenía estilo y se hacía querer.

El argentino se acababa de despedir de Ava y Hayden lo hizo de mi hermanita.

—Cuídamela mucho, ¿eh? —me dijo dándome un abrazo también.

Me causó gran ternura porque de nuevo se acercó a ella para darle un beso en los labios, tras lo cual la besó e las manos. No podía ser más lindo y cariñoso, por lo que me resultaba total y absolutamente adorable.

Total, que allí nos estábamos despidiendo todos como si nos fuésemos a la guerra, cuando lo cierto era que no enfrentábamos a unos de los días más divertidos de nuestras vidas.

Ya desde que el avión despegó comenzó la fiesta. Mi amiga Marie le pidió champán a una de las azafatas contándole que nos íbamos de despedida de soltera.

En nada estábamos brindando, y la azafata nos comentó que las que se celebraban allí son míticas. Lo cierto e que el personal de vuelo no suele dar tanto carrete a los pasajeros, pero la chica se dejó caer.

—Una prima mía celebró su despedida en Las Vegas y, aunque yo creo que no me casaré nunca porque soy u alma libre, igual me lo pienso por hacer una despedida igual —nos comentó entre risas—. Os prometo que nunc me lo he pasado mejor, ¡qué días!

—¿Y tu prima también llevaba a su suegra? —le preguntó Madeline, que no podías ser más pizpireta, y qu quería destacar en su papel de madre del novio porque estaba súper orgullosa.

—¿Usted es la suegra? Por favor, qué simpática —le comentó ella, haciéndole gracia la idea.

—Sí, sí, que yo ya peino muchas canas, lo que pasa es que van teñidas. Y en la cara me he hecho un bue repasito para salir divina en las fotos —le contaba y todas nos tronchábamos.

—Se los hace porque le da la gana, porque está fenomenal de todos modos —le comentaba yo a la chica.

—Sí, sí, pero un buen repasito de chapa y pintura nunca viene mal. A Klaus le da vida que yo me ponga ta guapa, y eso que él la Viagra no la puede soltar ya, pero cuando le hace efecto la aprovechamos que da gusto —l contaba ella sin pelos en la lengua.

Lo único que le faltaba a Madeline, con el desparpajo que tenía y las inmensas ganas de pasárselo bien, era un copita de champán… Una que terminaron por ser unas cuantas, razón por la que la última hora del viaje se la pas dormida.

—Oye, ¿esta mujer no se habrá muerto? —me preguntaba Ava porque cierto que parecía haber caído en coma.

—Que no, so burra, que respira… Y, además, que solo está dando una cabezadita para descansar, porque esta noche comienza la fiesta —le recordaba Ylenia.

Sí, sí, ellas lo tenían todo planeado para cada una de las noches. A Las Vegas llegaríamos por la tarde y, tras dejar las cosas en el hotel y demás, tenían la cena planteada y el posterior plan.

Según ellas, todas las noches serían la mismísima bomba, pero en la última ya estallaría. Pues sí, según eran corríamos el riesgo de estallar todas allí, no seré yo quien lo niegue. En cualquier caso, habría sido después de vivir unos días de ensueño con las mujeres a las que más quería en la vida.

Ylenia y Ava eran las que se habían encargado de todo. Yo supe que tenían un grupito para mensajearse todas las horas, y para que el resto no solo diera el visto bueno a sus ideas, sino que aportara más. Hasta Madelin aportó un buen montón de ellas, como no se podía esperar menos de su parte.

A la hora de bajar del avión, nos costó un poquillo despertarla, también es innegable. Cuando por fin volvió en sí, un poco desorientada, nos informó:

—Para mí que ha sido cosa de las pastillas de la tensión, que me han dejado un poco atontolinada—. Había que morir con ella, como si no hubiese bebido. Pero es que si encima era verdad que se había tomado las pastillas de la tensión, apaga y vámonos.

En definitiva, que la tuvimos que bajar del avión entre todas y ella comenzó a saludar con la manita a los que esperaban a la salida de la terminal, como si fuera la difunta reina Isabel II de Inglaterra y llegara en viaje oficial cuando lo único cierto fue que era oficial que habíamos llegado, ¡ya estábamos en Las Vegas!

—Que no, so burra, que respira… Y, además, que solo está dando una cabezadita para descansar, porque esta noche comienza la fiesta —le recordaba Ylenia.

Sí, sí, ellas lo tenían todo planeado para cada una de las noches. A Las Vegas llegaríamos por la tarde y, tras dejar las cosas en el hotel y demás, tenían la cena planteada y el posterior plan.

Según ellas, todas las noches serían la mismísima bomba, pero en la última ya estallaría. Pues sí, según eran corríamos el riesgo de estallar todas allí, no seré yo quien lo niegue. En cualquier caso, habría sido después de vivir unos días de ensueño con las mujeres a las que más quería en la vida.

Ylenia y Ava eran las que se habían encargado de todo. Yo supe que tenían un grupito para mensajearse a todas las horas, y para que el resto no solo diera el visto bueno a sus ideas, sino que aportara más. Hasta Madeline aportó un buen montón de ellas, como no se podía esperar menos de su parte.

A la hora de bajar del avión, nos costó un poquillo despertarla, también es innegable. Cuando por fin volvió en sí, un poco desorientada, nos informó:

—Para mí que ha sido cosa de las pastillas de la tensión, que me han dejado un poco atontolinada—. Había que morir con ella, como si no hubiese bebido. Pero es que si encima era verdad que se había tomado las pastillas de la tensión, apaga y vámonos.

En definitiva, que la tuvimos que bajar del avión entre todas y ella comenzó a saludar con la manita a los que esperaban a la salida de la terminal, como si fuera la difunta reina Isabel II de Inglaterra y llegara en viaje oficial, cuando lo único cierto fue que era oficial que habíamos llegado, ¡ya estábamos en Las Vegas!

Capítulo 32



Hay a quien no le gusta viajar a Las Vegas en invierno argumentando que se trata de una ciudad que gust disfrutar al aire libre.

Cuando llegan los meses más fríos, la cosa cambia notablemente, pues, aunque los días cuentan co temperaturas suaves y con ambiente soleado, durante las noches sí descienden las temperaturas, y a algunos le molesta.

A nosotras nos importaba un bledo el frío, ya que la temperatura la elevaríamos entre todas con las mucha ganas que llevábamos de pasárnoslo bien, aparte de que íbamos bien protegidas con nuestros abrigos, que en e caso de Madeline seguía llamando la atención por su color por allí por donde pasaba.

Hasta el taxista, que no podía dejar de mirar hacia atrás, terminó preguntándole.

—Señora, por Dios, ¿dónde se ha comprado usted ese abrigo? Es que mi madre también es muy moderna y l encantaría tener uno igual. La haría yo más feliz.

—Yo no es por desanimarte, pero te anuncio desde ya que me lo he comprado en Milán y que el abrigo cuest más que este taxi.

—Joder, pues entonces mejor le tuneo uno a mi madre, señora, pero hágame el favor de que nos tomemos un foto juntos en la puerta del hotel, que se lo quiero enseñar a ella.

A Madeline le encantaba hacerse notar, y accedió, por supuesto.

—Pues claro que sí, joven, y no te propongo que te subas conmigo a la habitación porque estoy felizment casada, que si no te enseñaba yo lo que llevo debajo del abrigo.

Las carcajadas de todas nosotras no se hicieron esperar porque ella tenía unas salidas que no eran normales motivo por el que estábamos seguras de que nos reiríamos lo más grande. Y justo lo que le faltaba era esta "achispadilla".

Llegamos y yo me quedé alucinada porque el hotel era ciertamente de película. Miré a mi hermana y ella s encogió de hombros.

—A mí no se te ocurra decirme nada, estas son las cositas de tu prometido. Y Tiffany, es que tú lo vales —M guiñó el ojo y salió decidida a hacer la reserva.

Contábamos con tres habitaciones para las siete; un par de ellas dobles y una triple. Ava dormiría junto con e resto de mis amigas, mientras que mi hermana, Madeline y yo nos alojaríamos en la más grande.

En el hotel, el lujo se respiraba en cada uno de sus detalles, por lo que enseguida, tras dejar el equipaje, la chicas me hicieron una propuesta irresistible.

—Ahora nos vamos a que nos den un relajante masaje antes de prepararnos para la hora de la salida, ¿ok?

—Ok, ok, me tenéis con la boca abierta, queridas. Nunca habría imaginado una despedida de soltera así.

—Para mi nuera lo mejor —intervino Madeline, que todavía no estaba del todo sobria, le quedaba un puntit por ahí que la hacía de lo más chisposa.

Nos metieron en diversas salas en las que recibir el relajante masaje de una hora durante el cual yo me dormí ¿a quién no le fascina que le den un masaje? Para mí es uno de los grandes placeres de la vida, uno de eso placeres irrenunciables y fabulosos.

Madeline estaba en la camilla de al lado, porque, aunque ella nos adoraba a todas, por mí sentía una pasió especial por eso de que me convertiría en breve en su nuera.

Los masajistas se estaban riendo a mandíbula batiente cuando yo me dormí y, cuando me desperté, yo no s cómo se las había arreglado, pero volvía a brindar con una copita de champán que había hecho traer para ella

para ambos chicos. Y no debía ser la primera.

—¡Chinchín, por la boda de mi nuera! —les decía justo cuando abrí los ojos.

—Madeline, por Dios, ¿qué te pasa? Estás de un contento… Deja ya el champán, mujer, que ya brindaremos e día de la boda —yo estaba regañándola como si fuera una niña, ¿en qué mundo vivíamos?

Madeline no era ninguna loca, lo que ocurría es que estaba feliz por el tema del enlace y que se habí despendolado un poco.

—Cariño, es que tú tienes muchas despedidas de soltera a las que acudir, pero a mi edad voy a más funerale de maridos de amigas que a estas cosas. Tú déjame que desfase un poquito, que no pasa nada.

La miraba por el rabillo del ojo porque era capaz de pedirse otra y llegar al ascensor a cuatro patas, o lo que er peor, querer subir las escaleras en esa postura y que alguien la grabase y nos hiciéramos virales, que todo podí ocurrirnos.

Después comenzamos a arreglarnos, ayudándonos las unas a las otras. A unas se nos daba mejor la peluquería a otras el maquillaje… Y a Madeline se le daba bien que se lo hiciéramos todo mientras ella nos miraba con l chispita todavía en los ojos.

—Guapísimas—les dije a las chicas después de tomarnos un selfi en el que nos vi maravillosas y que le envi del tirón a Derek.

«Preciosas, pero ¿qué le pasa a mi madre en los ojos?»

Yo no le di muchas explicaciones y salimos a la calle, con ella del brazo.

—Y dicen que en Las Vegas te pelas de frío por la noche, si yo tengo calor —decía ella.

—Tú tienes calor porque si ahora mismo salimos ardiendo a ti no te apagan ni en una semana, del alcohol qu me llevas encima —le decía mi hermana y ella se desternillaba. Íbamos camino del restaurante y todavía no quedaba mucha noche por delante.

para ambos chicos. Y no debía ser la primera.

—¡Chinchín, por la boda de mi nuera! —les decía justo cuando abrí los ojos.

—Madeline, por Dios, ¿qué te pasa? Estás de un contento… Deja ya el champán, mujer, que ya brindaremos el día de la boda —yo estaba regañándola como si fuera una niña, ¿en qué mundo vivíamos?

Madeline no era ninguna loca, lo que ocurría es que estaba feliz por el tema del enlace y que se había despendolado un poco.

—Cariño, es que tú tienes muchas despedidas de soltera a las que acudir, pero a mi edad voy a más funerales de maridos de amigas que a estas cosas. Tú déjame que desfase un poquito, que no pasa nada.

La miraba por el rabillo del ojo porque era capaz de pedirse otra y llegar al ascensor a cuatro patas, o lo que era peor, querer subir las escaleras en esa postura y que alguien la grabase y nos hiciéramos virales, que todo podía ocurrirnos.

Después comenzamos a arreglarnos, ayudándonos las unas a las otras. A unas se nos daba mejor la peluquería, a otras el maquillaje… Y a Madeline se le daba bien que se lo hiciéramos todo mientras ella nos miraba con la chispita todavía en los ojos.

—Guapísimas—les dije a las chicas después de tomarnos un selfi en el que nos vi maravillosas y que le envié del tirón a Derek.

«Preciosas, pero ¿qué le pasa a mi madre en los ojos?»

Yo no le di muchas explicaciones y salimos a la calle, con ella del brazo.

—Y dicen que en Las Vegas te pelas de frío por la noche, si yo tengo calor —decía ella.

—Tú tienes calor porque si ahora mismo salimos ardiendo a ti no te apagan ni en una semana, del alcohol que me llevas encima —le decía mi hermana y ella se desternillaba. Íbamos camino del restaurante y todavía nos quedaba mucha noche por delante.

Capítulo 33



El restaurante que habían elegido no podía ser más ideal, aparte de que eran muchas las sorpresas que m depararía esa noche, ¡y tanto que muchas! ¡Muchísimas!

Lo primero que sucedió y que me dejó boquiabierta fue que los camareros no parecían dar pie con bola, alg que me alucinó.

Sobra decir que el restaurante era de postín y que todos ellos iban con una indumentaria perfecta, pero qu algunos, por mucha pajarita que llevaran en el cuello, se comportaban de una forma tan extraña que podía se calificada como insólita. En concreto, había uno que parecía ser más guarro que hecho de encargo.

En particular, resulta que mi querida "suegri" se pidió una sopa, y él se la trajo, pero vamos por partes.

—Es que no sé lo que me pasa, que parece que tengo el cuerpo cortado —decía ella sin querer quitarse s colorido y original abrigo ni siquiera dentro del restaurante.

—Te pasa que te entran sudores fríos por la cogorza, yo es que alguna me he cogido doblada con Ylenia —l respondió Ava y yo les lancé una mirada incendiaria, mientras que mi hermana le dio un codazo que casi le part el brazo.

—Ya hablaremos tú y yo —le advertí.

—¿En tu despedida de soltera? No me creo que le vayas a echar una bronca —me preguntó Madeline.

—Capaz es —le dijo Samantha—. Esta es peor que una institutriz alemana.

—No, no, pues te me vas relajando, ¿eh? No sea que me estreses a los nietos. Ya le diré yo a mi hijo que te d candela…

Había que morir con Madeline y sus cosas, por lo que todas nos doblábamos de la risa.

—Si le da, le da, se escucha en todo el rancho —le aclaró mi hermana.

Mis mejillas ardieron, pero lo que no debió arder tanto fue el plato de sopa de mi suegra, porque ella lo prob y llamó al aludido camarero.

—¿Puedes venir un momento por favor? Es que el plato de sopa parece que me lo han preparado en la cocin de un iglú. Le dices al cocinero que me lo traiga más caliente o voy a coger amigdalitis por su culpa —le indic para risas de todas nosotras.

—Pero señora, eso no es posible, voy a comprobarlo yo —le dijo mientras que metía el dedo en la sopa, si más.

Yo me quedé muda y Madeline bizca.

—Serás guarro, ahora me lo cambias, por listo. Y di tú que no te ponga una reclamación. Venga, quita esto d mi vista, qué asco…

—Pero asco, en mi plato hay una mosca —se quejó Rachel, echándose hacia atrás.

—¿Una mosca? ¿Qué dices? Pero ¿dónde está la higiene en este restaurante? —le pregunté yo al tipo aquel.

—Pues no sé porque a esa no la conozco, pero ahora mismo hago que la llamen por megafonía —me contest él.

—Pero qué dices, ¿tú qué te has metido antes de venir? —le pregunté.

Todavía no salía de mi asombro cuando a Ava, otro de los camareros, le dio tal empujón al tratar de evita caerse que su colgante terminó en el interior de su exquisito cóctel de mariscos.

—Espera que yo te lo rescato—se ofreció el guarro de su compañero, mientras la otra le gritaba que ya l sacaba ella.

Era para salir corriendo de allí, si bien Madeline estaba apoltronada y no tenía la más mínima intención.

—A mí me traes un vinito, que veo que se está caldeando mucho el ambiente y ya me puedo quitar el abrigo y todo —le pidió.

Ella se lo fue quitando, dejándose su abrigo debajo cuando el camarero le echó un ojo y avisó con la mirada a otro, de mayor edad, para que no se la perdiera, ¿es que le estaba buscando un pretendiente?

Yo no me lo podía creer, si bien aún me quedaba mucho por ver. De hecho, el mayor se acercó y comenzó a tratar de ligar con ella.

—Señora, no he podido evitar observar cómo se quitaba usted el abrigo y he pedido al encargado que apague las luces, puesto que será un gasto innecesario; usted me ha deslumbrado —le confesó aquel donjuán de pacotilla mientras le besaba la mano.

Yo sí que iba a comenzar a sudar, y la gota gorda, porque aquello no era normal. Así, cuando el otro le trajo el vino, cogí la copa y me la eché a pecho. No fue hasta que me la terminé, ya que la garganta se me había secado cuando me di cuenta de que el vino no estaba bien.

—¿Otra cosa más? A mí me da que voy a necesitar varios pliegos para poneros la reclamación, porque esto ya es muy fuerte, ¡este vino está picado!

—Picado, pero eso no puede ser —El tío cogió mi propia copa y se sirvió, probando como si nada.

—Bueno, pues la verdad es que igual un poco picadillo sí que está, pero que también usted es muy tiquismiquis.

—No como mi flor de invierno, que parece un encanto —añadió el otro camarero, el mayor que seguía tratando de camelarse a mi suegra.

—Es que una siempre partió cuellos, eso no se puede evitar, ¿tan picado está el vino? Igual se puede aprovechar —Le echó ella mano a la botella, la cual le aparté, menudo peligro que tenía…

—¡Bueno, ya está bien! —chillé porque me estaban dando la noche y no ella, sino aquellos tíos que parecían haber sido sacados de un zoo, aunque un macaco tiene muchos más modales que ellos—, ¿qué se supone que está pasando aquí? —les pregunté yo sin la menor idea.

—¡Que te estamos gastando una broma, hermanita! ¡Que son actores! Y por mí les diría que siguieran, pero como veo que al final tendremos que ponerte una pastillita debajo de la lengua, pues eso —rio Ylenia.

—¿Actores? Vosotras sí que sois buenas actrices. Me la habéis dado con queso, mis niñas… ¡La madre que me echó al mundo! Estaba a punto de lanzar los brazos para ambos lados, y sacudiros a los dos —les conté a los falsos camareros.

—Y se notaba, y se notaba —me contestaron ellos.

—Entonces, ¿yo no te gusto? —le preguntó Madeline a su pretendiente.

—Señora, usted es realmente deslumbrante y lo sabe, en eso no he actuado —le contestó él, muy caballeroso mientras le daba un beso en la mano.

—Ah, vale, me creía…

Mi futura suegra, a la que ya consideraba como tal, era todo un personaje con el que nos quedaban varios días por reírnos. Y más cuando, a partir de ese momento, nos trajeron el vino nuevo y se adueñaba de la botella sirviéndose dos copitas mientras nos servía una a las demás, ¡y cualquiera le decía nada!

—A mí me traes un vinito, que veo que se está caldeando mucho el ambiente y ya me puedo quitar el abrigo y todo —le pidió.

Ella se lo fue quitando, dejándose su abrigo debajo cuando el camarero le echó un ojo y avisó con la mirada a otro, de mayor edad, para que no se la perdiera, ¿es que le estaba buscando un pretendiente?

Yo no me lo podía creer, si bien aún me quedaba mucho por ver. De hecho, el mayor se acercó y comenzó a tratar de ligar con ella.

—Señora, no he podido evitar observar cómo se quitaba usted el abrigo y he pedido al encargado que apague las luces, puesto que será un gasto innecesario; usted me ha deslumbrado —le confesó aquel donjuán de pacotilla mientras le besaba la mano.

Yo sí que iba a comenzar a sudar, y la gota gorda, porque aquello no era normal. Así, cuando el otro le trajo el vino, cogí la copa y me la eché a pecho. No fue hasta que me la terminé, ya que la garganta se me había secado, cuando me di cuenta de que el vino no estaba bien.

—¿Otra cosa más? A mí me da que voy a necesitar varios pliegos para poneros la reclamación, porque esto ya es muy fuerte, ¡este vino está picado!

—Picado, pero eso no puede ser —El tío cogió mi propia copa y se sirvió, probando como si nada.

—Bueno, pues la verdad es que igual un poco picadillo sí que está, pero que también usted es muy tiquismiquis.

—No como mi flor de invierno, que parece un encanto —añadió el otro camarero, el mayor que seguía tratando de camelarse a mi suegra.

—Es que una siempre partió cuellos, eso no se puede evitar, ¿tan picado está el vino? Igual se puede aprovechar —Le echó ella mano a la botella, la cual le aparté, menudo peligro que tenía…

—¡Bueno, ya está bien! —chillé porque me estaban dando la noche y no ella, sino aquellos tíos que parecían haber sido sacados de un zoo, aunque un macaco tiene muchos más modales que ellos—, ¿qué se supone que está pasando aquí? —les pregunté yo sin la menor idea.

—¡Que te estamos gastando una broma, hermanita! ¡Que son actores! Y por mí les diría que siguieran, pero como veo que al final tendremos que ponerte una pastillita debajo de la lengua, pues eso —rio Ylenia.

—¿Actores? Vosotras sí que sois buenas actrices. Me la habéis dado con queso, mis niñas… ¡La madre que me echó al mundo! Estaba a punto de lanzar los brazos para ambos lados, y sacudiros a los dos —les conté a los falsos camareros.

—Y se notaba, y se notaba —me contestaron ellos.

—Entonces, ¿yo no te gusto? —le preguntó Madeline a su pretendiente.

—Señora, usted es realmente deslumbrante y lo sabe, en eso no he actuado —le contestó él, muy caballeroso mientras le daba un beso en la mano.

—Ah, vale, me creía…

Mi futura suegra, a la que ya consideraba como tal, era todo un personaje con el que nos quedaban varios días por reírnos. Y más cuando, a partir de ese momento, nos trajeron el vino nuevo y se adueñaba de la botella, sirviéndose dos copitas mientras nos servía una a las demás, ¡y cualquiera le decía nada!

Capítulo 34



El resultado fue que Madeline hacía eses cuando salimos del restaurante ya que, entre unas cosas y otras llevaba un buen día de bebida… uno de campeonato.

—Y ahora nos vamos a apostar al casino, querida nuera —me decía mientras yo trataba de que no se cayera.

—Sí, sí, y tanto que vamos a apostar, ¿qué te apuestas a que no llega? —le preguntaba Ava en tono jocoso a mi hermana, partida de la risa.

—Niñas, que os estoy escuchando y vosotras no sabéis cuánto alcohol puedo llegar a almacenar en mi cuerpo serrano. En mi primera boda, con el padre de Derek, casi lo tumbo a él y a todos sus amigos con este físico tan menudo. Yo no es que suela beber, pero el día que me pongo no tengo fin…

—Ya lo vemos, ya lo vemos. Y ni te sienta mal ni nada, estás de lo más graciosa —la animaban las niñas.

—Pues ahora, por animarla, la lleváis vosotras, que voy a pillar una tendinitis —les advertí porque no podía con ella, ya iba yo hecha polvo de tirar de su cuerpo.

—Vamos a sentarnos en este banquito y esperamos un taxi —Cogió uno a lo justo—. Y así os cuento las cosas de mis bodas y…

Madeline era lo más salado que había parido madre, esa es la realidad, pero también lo era que iba borrachina como un piojo y que no parecía ser muy consciente de ello. Lo malo sería que quisiera seguir bebiendo…

—Yo, porque le soy fiel a mi Klaus, porque si no, ese camarero cae, ¿qué digo camarero, si en realidad es actor? Eso me pone… Con lo que me habría gustado a mí triunfar en Hollywood, ¿os he contado que una vez fui a probar suerte? Ya casi tenía el papel en mis manos, pero al final me lo robó Melanie Griffith, que era más joven que yo, tenía más morros y más altura… Como si las bajitas no valiéramos, con lo que encerramos.

—Desde luego, suegra, que tú tienes la gracia concentrada.

—Y la mala leche también cuando llega la ocasión, nuera, no te vayas a creer. Yo te digo una cosa: a los hombres hay que darles una de cal y otra de arena.

—Ya, ser dulces con ellos para tenerlos comiendo de la palma de tu mano, pero luego darles el zasca cuando hace falta, ¿no? —le preguntó Ava.

—Claro que sí, niña, ahí está el truco. Así tengo yo loquito a mi Klaus, porque lo tengo, lo sabéis…

Todas dábamos fe. Yo del todo no estaba de acuerdo con sus métodos porque no creía que fuese necesario.

—Madeline, Derek es un cielo, al menos ahora. Yo no creo que se merezca que me ponga en plan sargento…

—Bueno, pero si alguna vez te hace falta, no dudes en ponerle en su sitio, que los hombres si no… Ay, dios mío, yo lo que necesito es un baño, he bebido demasiado.

—¡Que esta mujer echa la pota! —nos advirtió mi hermana, mientras salía corriendo con ella y con Ava ambas llevándola en volandas.

Salieron corriendo hacia la puerta de un local en la que un par de gorilas les dijeron que no podían entrar.

—Se trata de una fiesta privada para caballeros, no pueden pasar, lo sentimos mucho —les dijeron.

Yo ya estaba detrás de ellas tres y me caractericé.

—¿Acaso no tiene sentimientos? ¿No ve que esta mujer está mal? Qué poquísima vergüenza, necesita un baño

—Y yo necesito que me suban el sueldo y me jodo —me respondió la mala bestia esa a la que me dieron tremendas ganas de arrearle un bolsazo.

—Sobórnalo, que este lo que quiere es pasta —me pidió Madeline, volteando los ojos, ante lo que saqué la tarjeta de crédito.

—Claro que sí, te cobro con datáfono y te hago factura —se rio el gorila mirando a su compañero.

Abrí la cartera y les tiré un puñado de billetes mientras entrábamos a la carrera.

Nada más poner un pie en el local las niñas se fueron con ella hacia el baño y yo comprobé que la fiesta d caballeros debía ser también una despedida de soltero o algo parecido, si bien de algún maduro, porque las edade de ellos superaban los cuarenta.

En cualquier caso, no estaba la típica estríper (que tampoco quería imaginarme en la de Derek), sino que habí una legión de chicas, más jóvenes que ellos, en actitud muy complaciente.

—Ni una de estas son sus mujeres —decía Madeline con muy buen ojo mientras la perdía entre la multitud… Entre la multitud en la que reparé en una de las chicas y el pecho comenzó a latirme a toda velocidad, ¡era Kate!

Sí, digo bien, era Kate y parecía hacer de chica de compañía de un hombre maduro con pinta de adinerado Tuve que refregarme los ojos para comprobar que no estaba soñando, que todo lo que me enseñaban era real, y entonces escuché la voz de aquella mujer, que parecía ser la que manejaba el cotarro, tan glamurosa com decidida.

—La miras mucho, se llama Susan, ¿es que acaso te ha gustado? Lo siento, ella no acompaña a mujeres, solo hombres.

—¿Susan? No puede ser, ella se llama Kate y…

—¿Kate? Ella puede llamarse de muchas maneras, depende de cuánto le paguen por ello. Creo recordar qu hace poco estuvo trabajando un tiempo para un tío para el que se hizo llamar así, ¿tú quién eres?

—¿Trabajando para un tío? ¿A qué te refieres?

—Un camelo, el tío pretendía hacerla pasar por su prometida. Por lo visto quería atraer la atención de un incauta simulando una boda o algo parecido. No recuerdo más detalles, para mí trabajan muchas chicas y Susan e una de las que más tiempo lleva. El tío le pagó bien y era un trabajo fácil, no todos lo son. Y encima me contó qu estaba buenísimo, una suerte porque, como también comprenderás, no siempre lo están. Y hablando de estar, oye ¿tú estás bien? —me preguntó porque se me nubló la vista.

Abrí la cartera y les tiré un puñado de billetes mientras entrábamos a la carrera.

Nada más poner un pie en el local las niñas se fueron con ella hacia el baño y yo comprobé que la fiesta de caballeros debía ser también una despedida de soltero o algo parecido, si bien de algún maduro, porque las edades de ellos superaban los cuarenta.

En cualquier caso, no estaba la típica estríper (que tampoco quería imaginarme en la de Derek), sino que había una legión de chicas, más jóvenes que ellos, en actitud muy complaciente.

—Ni una de estas son sus mujeres —decía Madeline con muy buen ojo mientras la perdía entre la multitud… Entre la multitud en la que reparé en una de las chicas y el pecho comenzó a latirme a toda velocidad, ¡era Kate!

Sí, digo bien, era Kate y parecía hacer de chica de compañía de un hombre maduro con pinta de adinerado. Tuve que refregarme los ojos para comprobar que no estaba soñando, que todo lo que me enseñaban era real, y entonces escuché la voz de aquella mujer, que parecía ser la que manejaba el cotarro, tan glamurosa como decidida.

—La miras mucho, se llama Susan, ¿es que acaso te ha gustado? Lo siento, ella no acompaña a mujeres, solo a hombres.

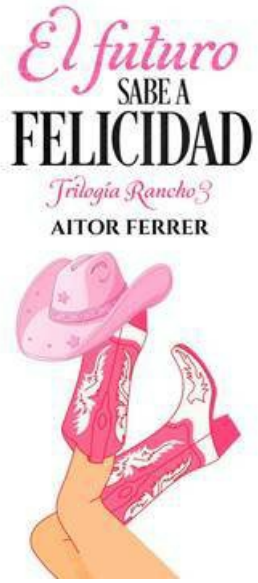
—¿Susan? No puede ser, ella se llama Kate y…

—¿Kate? Ella puede llamarse de muchas maneras, depende de cuánto le paguen por ello. Creo recordar que hace poco estuvo trabajando un tiempo para un tío para el que se hizo llamar así, ¿tú quién eres?

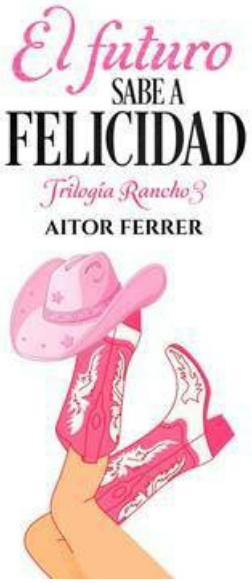
—¿Trabajando para un tío? ¿A qué te refieres?

—Un camelo, el tío pretendía hacerla pasar por su prometida. Por lo visto quería atraer la atención de una incauta simulando una boda o algo parecido. No recuerdo más detalles, para mí trabajan muchas chicas y Susan es una de las que más tiempo lleva. El tío le pagó bien y era un trabajo fácil, no todos lo son. Y encima me contó que estaba buenísimo, una suerte porque, como también comprenderás, no siempre lo están. Y hablando de estar, oye, ¿tú estás bien? —me preguntó porque se me nubló la vista.

Continuará…



Continuará…



Mis redes sociales

Facebook: Aitor Ferrer
IG: @aitorferrerescritor
Amazon: relinks.me/AitorFerrer
Twitter: @ChicasTribu

Mis redes sociales

Facebook: Aitor Ferrer
IG: @aitorferrerescritor
Amazon: relinks.me/AitorFerrer
Twitter: @ChicasTribu